

DEMIAN
LA LEYENDA
DEL REY INDIO

HERMANN HESSE

VERSIÓN ÍNTEGRA DE
MARÍA ELENA CERTNER



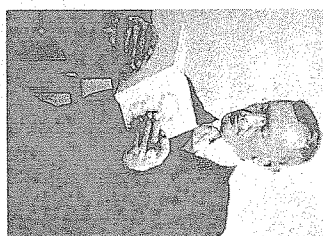
ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	7
DEMIAN	11
1. DOS MUNDOS	13
2. CAÍN	30
3. EL MAL LADRÓN	45
4. BEATRICE	62
5. EL PÁJARO ROMPE EL CASCARÓN	79
6. LA LUCHA DE JACOB	93
7. EVA	113
8. EL PRINCIPIO DEL FIN	134
LA LEYENDA DEL REY INDIO	143

odo
lio
apia,

Herman Hesse nació en 1877 en Calw, pequeña ciudad situada en la Selva Negra, Alemania. Su abuelo paterno y su padre eran pastores protestantes y ambos estuvieron como misioneros en la India. El padre, de nacionalidad rusa, provenía de un padre hanseático y una madre báltica; y la madre, a su vez, que también había vivido en la India, era hija de un profesor alemán especialista en hinduismo que había casado con una suiza-francesa. Esta mezcla de sangre de sus ascendientes y el variado ámbito cultural en que creció tendría gran influencia en la educación de Hesse, quien, desde niño, demostró tener un temperamento muy sensible, nervioso y dado a la introspección, a lo que se añadía una gran inquietud espiritual.

El niño vivió en Calw hasta los cuatro años y entre 1880 y 1886 en Basilea, Suiza. Muy pronto, junto con sus estudios formales, optó por darse una formación propia basada en múltiples lecturas y experiencias. No era un niño fácil de llevar y le incomodaba la educación que recibía, encaminada a someter y a destruir su fuerte individualismo y su tendencia a la soledad. Le rebelaba el puritanismo y el formalismo de sus padres y profesores; especialmente su autoritarismo, que más tarde consideraría precursor del autoritarismo de Estado. En varias ocasiones



PALABRAS PRELIMINARES

huyó de su casa y de los establecimientos educacionales en que lo matricularon.

Finalizados sus estudios secundarios, a los 16 años, el joven intentó aprender el oficio de librero y luego, en 1894 y 1895, el de mecánico relojero. Pero terminó por ganarse la vida trabajando en librerías y tiendas de antigüedades en Tübinga, Alemania, y Basilea, Suiza.

Hesse se inició en la literatura con *Canciones románticas* (*Romantische Lieder*, 1899), un breve libro de poemas que pasó casi inadvertido. Fue su novela *Peter Camenzind* (*Peter Camenzind*, 1904), escrita en Suiza, la que lo dio a conocer. Su éxito y el que la juventud alemana lo adoptara como suyo le permitió al escritor contraer matrimonio y trasladarse a vivir a la campaña suiza, donde se sentía a sus anchas, cerca de la naturaleza y lejos del bullicio de la ciudad.

A su primera novela le siguieron *Bajo la rueda* (*Unter Rad*, 1906) y *Knulp* (*Knulp*, 1915), obra esta última que narra la historia de un ser marginado y vagabundo. En todas ellas expresaba su disconformidad con la sociedad de su tiempo. "Quien no encaja en el mundo", diría uno de sus personajes, "está siempre cerca de encontrarse a sí mismo".

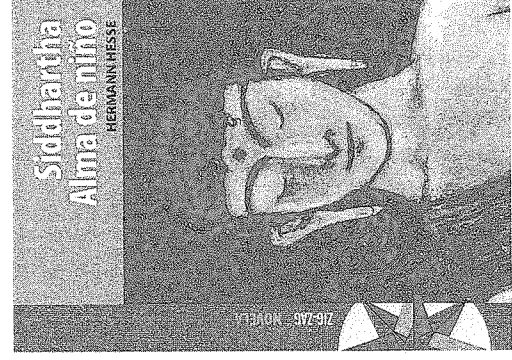
Su búsqueda de valores distintos a aquellos en los que se lo había educado, su acentuada introspección y su angustia existencial, lo sumieron, en 1916, en una profunda crisis nerviosa. Hesse se sometió entonces, y durante dos años, a sesiones de psicoanálisis conducidas por un discípulo de Jung. Esto lo puso en contacto con las ideas de Freud y de Jung acerca de la estructura de la mente y del comportamiento humano. En Jung, especial-

mente, encontró nuevos caminos para conocerse y conocer a los demás.

La influencia de las teorías de este último se pueden rastrear en sus principales novelas: en *Demian*, 1919, en *Klein y Wagner* (*Klein und Wagner*, 1919), en *El último verano de Klingsor* (*Klingsors letzter Sommer*, 1920), en *Siddhartha* (*Siddhartha*, 1922), en *El lobo estepario* (*Steppenwolf*, 1927), en *Narciso y Golmundo* (*Narzis und Golmund*, 1930), y en *El juego de abalorios* (*Das Glasperlenspiel*, 1943). En ellas hay siempre personajes opuestos, o tendencias en el interior de un mismo personaje, que representan, unos el mundo racional, ordenado y luminoso, y otros, el ámbito de la sensualidad, de lo irracional, lo oscuro. Muestran la eterna lucha entre lo angélico y lo dionisiaco o demoníaco, el intento de lograr estar más allá del bien y del mal en una unidad que los contenga, pero que los controle al mismo tiempo. Una lucha que se daba tanto en Hesse como en sus personajes novelescos.

A partir de *Siddhartha*, Hesse incorporó en sus escritos elementos del misticismo oriental, particularmente del budismo y del confucianismo. En su última novela, *El juego de abalorios*, se une a aquellos el mundo de los símbolos jungnianos.

Hasta el año 1914 al escritor le encantaba viajar. En



1901 había hecho su primer viaje a Italia y vagado, más tarde, por Alemania, Suiza, Austria y nuevamente Italia. En 1911 estuvo algunos meses en la India. Las culturas de este último país y la de Italia se avenían con su temperamento y dejarían huellas en varias de sus obras. El propio Hesse escribió que en su formación intelectual habían influido Platón, Spinoza, Schopenhauer y Nietzsche, pero ninguno de ellos tanto como la India y, más tarde, la filosofía china.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, hacía dos años que Hesse se había establecido en Suiza. Pronto entró en conflicto con el nacionalismo alemán, el que previó que acarrearía odio y destrucción. Escribió en libros y revistas contra la locura de la guerra y las ideas autoritarias que se habían adueñado de sus compatriotas. Finalmente, en 1923, renunció a la nacionalidad alemana y se hizo ciudadano suizo. Y como tal murió en 1962, en su casa de Montagnola, en el Tesino suizo, junto a su tercera esposa. De la primera había tenido tres hijos.

Hesse recibió en vida muchas distinciones. Entre ellas, el Premio Nobel de Literatura en 1942; el Premio Goethe de Frankfurt, como homenaje a quien el nazismo le había proscrito sus obras; y el Premio de la Paz concedido en 1955 por los libreros alemanes.

José Manuel Zañartu

DEMIAN

DOS MUNDOS

Inicio mi historia evocando un hecho que ocurrió cuando yo tenía diez años y asistía al Colegio Latino de nuestra pequeña ciudad. Hay diversas cosas de aquellos días que conservan su aroma para mí y me inundan de una leve nostalgia y vagos temores: callejuelas sombrías, casas, torres, campanas de reloj, rostros, habitaciones cálidas impregnadas de un acogedor bienestar y cuartos saturados de misterios y de miedo a los fantasmas. Allí se entrelazaban dos mundos, y la noche y el día brotaban de dos polos opuestos.

Uno de estos mundos respondía a los nombres de padre y madre, y en él se complementaban la honestidad y el amor con la enseñanza y el buen ejemplo. Era este un mundo nimbado por un suave resplandor, enraizado en la claridad y la pureza, resguardado por palabras afectuosas, manos bien lavadas, buenas costumbres y ropas limpias. En aquel mundo se cantaban los salmos cada mañana, se celebraba la Nochebuena y tenían su lugar los deberes y las culpas, las confesiones y los arrepentimientos, el perdón y la enmienda, el respeto y el cariño, los evangelios y la sabiduría. Sus caminos rectos llevaban al futuro y era preciso permanecer dentro de ellos para que la vida fuera ordenada, luminosa y bella.

El otro mundo, aunque se extendía dentro de nuestra propia casa, se expresaba y olía de manera diferente, y reclamaba y prometía valores muy distintos. Estaba habitado por criadas

*Sólo anhelaba vivir
lo que brotaba desde lo más
profundo de mí mismo.
¿Por qué
me resultaba tan difícil?*

y jóvenes obreros, animado por relatos de apariciones y murmullos pecaminosos; sostenido por oleadas multicolores de sucesos terribles, atractivos y tenebrosos, ocurridos en sitios como la cárcel o los mataderos, poblados por borrachos y mujeres impúdicas, y vacas pariendo y caballos que caían fulminados; era una olla en la que hervían asesinatos, robos y suicidios. En nuestro entorno existía todo ese acacecer fascinante y monstruoso. En una casa del barrio, en una callejuela cercana, había policías que perseguían a ladrones y vagaban hombres ebrios que golpeaban a las mujeres. Al caer la noche, grupos de muchachas salían de las fábricas y aparecían ancianas con oscuros poderes para embrujar y causar males, mientras en el bosque se ocultaban unos incendiarios buscados por los guardias. Desde todos los lados irrumpía ese mundo brutal, excepto en nuestras habitaciones, donde se encontraban nuestros padres. Y resultaba perfecto que fuera de este modo. Era magnífico que en nuestra intimidad se dieran la calma y el orden, la responsabilidad, la tranquilidad de conciencia y el amor, y que se mantuviera vivo, al acecho, lo otro, lo agresivo, estruendoso, turbio y feroz, de lo que se podía escapar en un segundo refugiándose en el regazo de la madre.

Lo más extraordinario era el límite que dividía esos dos mundos y, a la vez, lo unidos que se hallaban. Cuando Tina, nuestra criada, rezaba, uniendo su voz a las de nosotros en la sala de estar, y permanecía sentada, con las manos muy limpias extendidas sobre su immaculado delantal, era íntegramente parte de nuestro mundo. Pero luego, en la cocina, mientras me relataba el cuento del hombre sin cabeza, o en los momentos en que peleaba con las vecinas en la carnicería,

se transformaba, incorporándose de golpe al mundo ajeno y apareciendo envuelta en el misterio.

Este fenómeno abarcaba todo orden de cosas y en especial a mí. Como hijo de mis padres, yo pertenecía al mundo recto y luminoso. Sin embargo, hasta donde alcanzaban mis ojos y mis oídos llegaban los reflejos y las voces de ese otro mundo, lo cual me obligaba también a integrarlo, aunque lo percibiera raro y tortuoso y en sus ámbitos me asaltara el miedo. En ciertas oportunidades prefería vivir en él y consideraba aburrido el retorno de la luz. Y, a sabiendas de que la meta que me correspondía era la de mis padres, y que mi deber era convertirme en alguien tan superior y digno como ellos, el camino me parecía largo y abrumador. Para recorrerlo era necesario estudiar mucho, asistir al colegio y a la universidad, y cumplir tremendas obligaciones, y este camino avanzaba orillando el mundo prohibido, internándose algunas veces en él, y no resultaba imposible quedarse allí, atrapado para siempre. Yo leía con sumo interés diversas historias de hijos perdidos, que se basaban en estos casos, y, por cierto, el regreso al hogar era lo único recomendable y maravilloso. Pese a ello, consideraba muchísimo más atrayente todo lo que acontecía entre los seres corruptos, y, en el fondo, me desencantaban el arrepentimiento y el regreso al hogar del hijo pródigo. Obviamente, aquello no se decía, ya que no estaba permitido ni pensarlo y se agitaba en lo hondo de la conciencia sólo como un sentimiento turbio o una maligna y sombría eventualidad. Al imaginarme al demonio, con ropas de demonio, o con su diabólico rostro descubierto, yo lo veía en una taberna, o en el mercado, o en una calle; jamás lo vislumbre en mi casa.

Mis hermanas, por supuesto, formaban parte del mundo iluminado, y yo intuía que eran más semejantes a mis padres en diversos aspectos, y mejores que yo. Sus imperfecciones no llegaban a ser defectos graves, y no experimentaban el peso abrumador del contacto con la maldad. A las hermanas había que protegerlas y respetarlas en igual medida que a los padres, y si uno peleaba con ellas se sentía culpable, urgido por la propia conciencia a pedir perdón. Una ofensa a las hermanas se convertía en ofensa a los padres y, por consiguiente, al bien y a la dignidad. Había secretos que yo podría haber compartido más fácilmente con un pijo de la calle que con mis hermanas. Pero en los días amables en que todo era diáfano y la conciencia estaba en paz, resultaba agradable jugar con ellas, ser dulce y condescendiente y verse a sí mismo nimbado por destellos de perfección y nobleza; como los ángeles, que eran las criaturas más admirables de que teníamos noción. Ser ángel, envuelto en perfumes y melodías de Navidad, debía ser la felicidad máxima. Sin embargo, esos días y esos momentos eran poco frecuentes. Comúnmente, en nuestros juegos, aquellos inocentes y permitidos, yo reaccionaba con una impetuosidad y una violencia que, irremediablemente, nos conducían a tremendas peleas. Entonces me dejaba dominar por la ira y hacía y decía cosas espantosas, cuya maldad percibía, quemándome, en el segundo mismo de hacerlas y decirlas. Después, llegaban los minutos tensos y oscuros del arrepentimiento, y el amargo instante de pedir perdón para que brotara otra vez la luz y recobrar así la serenidad y la alegría.

Yo asistía al Colegio Latino, y el hijo del alcalde y el del guardabosque mayor estaban en mi curso y solían venir a mi

casa. Eran niños traviesos, pero provenían del mundo decente y aceptable. No obstante, eran muy amigos de algunos alumnos de la Escuela Popular, a los que desdenábamos.

Yo tenía diez años, y una tarde en que no había clases, salí a pasear con dos compañeros. De pronto se nos aproximó Franz Kromer, un muchacho de unos trece años, rudo y fornido, hijo de un sastre y alumno de la Escuela Popular. El sastre era un alcohólico y la familia era gente de muy dudosa reputación. Yo sabía cómo era aquel Franz Kromer, y me desagradó que se juntara con nosotros; en el fondo le temía. Utilizaba modales de hombre e imitaba los gestos y el lenguaje de los jóvenes obreros de las fábricas. Guiados por él, descendimos hasta el borde del río y nos escondimos bajo el primer arco del puente. La orilla, muy angosta, entre el puente y el río que se arrastraba con pereza, se veía cubierta de alambres oxidados, cacharros rotos, diversos trastos en desuso y basuras. Muy de tarde en tarde era posible hallar en ese lugar algún objeto aprovechable. Pero Franz Kromer nos ordenó recorrer aquel basural y traerle cuanto encontráramos. El seleccionaba nuestros hallazgos, arrojando al agua lo que le parecía inservible y guardando otras cosas en sus bolsillos. Los objetos de plomo y cobre le interesaban mucho y los atesoraba todos; también conservó una peineta vieja de cuerno. Yo estaba notoriamente cohibido en semejante compañía; no sólo porque mi padre me lo habría prohibido terminantemente si se hubiera enterado, sino porque realmente Franz me asustaba. No obstante, me alegraba de que me admitiera con los otros niños y me tratara igual que a ellos, aunque yo participaba de estas andanzas por primera vez.

Finalmente nos sentamos en el suelo a descansar. Franz escupía con la boca torcida, adoptando aires de hombre experimentado, y pronto se hiliaron una conversación en la que los niños comenzaron a jactarse con diferentes travesuras y proezas. Al principio yo guardé silencio, pero luego temí llamar la atención. Mis amigos se habían apartado de mí, manifestando su admiración por Kromer, y tenía conciencia de que mis modales y mi ropa debían resultar como una provocación. Entonces, impulsado por el miedo, me lancé a inventar mi propia historia, en la que asumí el papel protagonista.

Ocurrió en una huerta, al lado del molino, y ayudado por un amigo, había robado un saco de manzanas; no manzanas vulgares, sino las más exquisitas. Con tal de escapar del peligro que percibía allí, accehándome en la realidad presente, me refugué en cientos de peligros que surgían en el relato del robo de las manzanas. Finalmente, el saco pesaba tanto que habíamos tenido que abandonar la mitad y regresar a buscar la media hora más tarde. Al terminar mi cuento, aguardé la aprobación, ya que mi fantasía me había entusiasmado. Pero los niños callaron, esperando el veredicto de Franz Kromer. Este me escribió, con ojos en los que adiviné una amenaza.

—¿Es cierto todo eso? —preguntó.

—Sí, es cierto.

—¿De veras?

—¡Sí! —aseveré, ahogado de terror.

—Entonces júralo. ¡Júralo! Tienes que decir: lo juro por Dios y mi salvación eterna.

—¡Por Dios y mi salvación eterna! —repetí, casi sin voz.

Creía que ese juramento me liberaba de todo riesgo y traté

de decirles adiós y regresar a mi hogar. Pero estando ya sobre el puente, Franz me detuvo:

—No corras tanto. Vamos por el mismo camino. —No pude separarme de él.

Al llegar a mi casa, cuando vi la puerta con su aldaba de bronce y el sol quebrándose sobre los cristales de las ventanas, y las cortinas del dormitorio de mi padre meciéndose apenas, respiré liberado. ¡Bendito regreso al hogar y a la decencia!

Abrí la puerta para cerrarla de inmediato, pero Franz Kromer se interpuso. En el zaguán me cogió de un brazo y su mano me apretó como una tenaza.

—¿Tú sabes a quién pertenece la huerta junto al molino?

—No lo sé... Supongo que al molinero.

Franz me rodeó con un brazo y me arrajo para que nos miráramos cara a cara. Había un fulgor perverso en sus ojos, una mueca que torcía su sonrisa, y toda su expresión emanaba malignidad.

—Oyeme, chico, yo sé desde hace tiempo lo del robo de las manzanas y conozco al propietario de la huerta. El ha ofrecido dos marcos al que diga el nombre del ladrón.

—Dios mío! ¡Tú no se lo dirás! —supliqué, aunque comprendía que sería inútil recurrir a conceptos como la lealtad. El era un habitante del "otro" mundo, donde la traición no era un delito.

—¿Qué no lo diga? —Kromer se puso a reír—. ¿Crees que falsofisco monedas y que puedo tener dos marcos en cualquier momento? ¡No, yo no tengo un padre rico, como tú, y si se me presenta la ocasión de ganarme algún dinero, la aprovecho!

Repentinamente me soltó. Nuestro zaguán ya no olía a protección y tranquilidad. El piso se abría bajo mis pies. Ese

muchacho iba a denunciarme y me convertiría en un delincuente. Acudiría la policía y se lo comunicaría a mi padre. ¡Todo tipo de atrocidades me amenazaban, todo lo dañino y lo perverso se me venía encima! No importaba que en realidad yo no hubiera robado las manzanas. Además lo había jurado. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

No podía contener las lágrimas y busqué con desesperación en mis bolsillos, pensando que tenía que pagar un rescate. Desgraciadamente no encontré nada. De pronto me acordé de mi viejo reloj de plata. Ya no funcionaba, pero había sido de mi abuela y lo llevaba siempre conmigo.

—Kromer, escucha, no me denuncies —rogué—. Toma mi reloj, es de plata. Tiene una pequeña falla, pero la máquina es excelente y se puede componer...

Franz Kromer cogió el reloj en su mano de dedos gruesos y romos, y yo advertí lo cruel y agresiva que era esa mano, y cómo se aprontaba a caer sobre mi paz y mi existencia.

—Es de plata —insistí.

—¡Me da lo mismo! —exclamó con desprecio—. ¿Por qué no lo mandas a componer tú? —Dio media vuelta para marcharse—. Bueno, supondrás a quién voy a visitar. También conozco al sargento de policía y se lo puedo decir a él.

—¡Franz, no hagas tonterías! —imploré, sujetándolo por una manga—. ¡Dime lo que debo hacer! ¡Haré lo que tú digas!

—Lo sabes también como yo —dijo sonriendo—. No me daré el lujo de tirar a la calle dos marcos. Dámelos tú, y asunto arreglado.

Entendí su razonamiento. Sin embargo, para mí dos marcos significaban lo mismo que cien o mil. No disponía de dinero.

Aún no recibía cantidad alguna para mis gastos y sólo tenía una alcancía con algunas monedas.

—No tengo absolutamente nada —murmuré—. Sólo te puedo ofrecer mis soldados, mi brújula, un libro de aventuras, un...

—¡Guárdate tus porquerías! ¿Para qué quiero una brújula?

—Kromer escupió en el suelo con perversidad y descaro—. ¡Tráeme mañana los dos marcos y se acabó! Te esperaré en el mercado después de clases.

—¿Pero de dónde voy a sacarlos?

—¡En esta casa sobra el dinero! ¡Tú sabrás cómo conseguirlo! Volvió a escupir y me envolvió en una mirada siniestra. Luego desapareció como una sombra.

*

No me atrevía a subir. Mi vida se había destrozado. Pensamientos horribles cruzaron por mi mente: escaparme para siempre, arrojarme al río... Ideas confusas y aterradoras. El sol se ocultó y me quedé en la penumbra, ovillado en el último peldaño de la escalera, sumergido en mi desdicha. Así, llorando, me encontró Lina, al bajar en busca de leña. Le rogué que no dijera nada y subí.

El sombrero de mi padre y la sombrilla de mi madre estaban en el perchero, junto a la puerta vidriera, y los sentí venir a mi encuentro, devolviéndome sensaciones de calma y de ternura, de tibieza de hogar; sensaciones que recibí agradecido, como el hijo pródigo al penetrar en las estancias de la casa paterna. Sin embargo, nada de aquello me pertenecía ahora. Cuanto me rodeaba era parte del mundo ordenado y puro, y yo me

había hundido en aguas desconocidas y turbias. Ese sombrero y esa sombrilla, el gran cuadro que adornaba el vestíbulo, la voz de mi hermana mayor, que llegaba desde la sala de estar, todo aquello que me resultaba más precioso y amable que antes, ya no era mío. Yo traía los zapatos sucios con un barro que no podía limpiar en el felpudo de la puerta, y acarreaaba conmigo sombras que el mundo claro desconocía. Los miedos y los secretos que hasta entonces había ocultado, no eran más que juegos al compararlos con lo que hoy me atormentaba. Mi madre no podía protegerme de las manos que intentaban atraparme, y ni siquiera debía enterarse de su existencia.

Que mi falta se llamara mentira o robo, carecía de importancia. ¿No había jurado por Dios y mi salvación? Mi delito no era aquel o éste, era haberte dado la mano al demonio. ¿Qué me había empujado a ir con esos muchachos y obedecer a Kromer con más humildad que a mi padre? ¿Y qué podía haberme inducido a inventar esa historia y enorgullecirme de ella como de una proeza? El demonio me apretaba sus amarras.

De pronto la esperanza renació por unos instantes, al mirar de nuevo el sombrero colgado en el perchero. Le contaría toda la verdad a mi padre. El sería mi confidente y mi salvador, y yo recibiría su castigo y pediría perdón, como en otras ocasiones. Pero no podía hacerlo. Tenía que cargar solo con mi culpa y mi secreto. Tal vez me hallaba en el punto preciso en que mi camino se debía bifurcar, y desde ese minuto pasaría a formar parte del mundo de la infancia, seguiría a los canallas y me asemejaría a ellos, compartiendo la maldad y sus misterios. Esta era la consecuencia de haber querido ser un hombre sin escrúpulos.

Agradecí que mi padre me llamara la atención por venir con los zapatos mojados; esto lo distraía y le evitaba sospechas. No obstante, simultáneamente, nació en mí un sentimiento aflado e infame; me sentí muy superior a mi padre. Experimenté cierto desden por su preocupación por los zapatos húmedos y su desconocimiento de la realidad. “¿Si el pobre supiera!”, pensé, razonando como el criminal al que acusan por el hurto de un pan, en tanto que ha cometido un asesinato. Era un sentimiento repugnante y avasallador, aunque no exento de un atractivo que me ligaba más a mi pecado y a mi secreto. Me imaginaba que Kromer ya podría haberme denunciado a la policía, y vendrían a detenerme, mientras en mi casa me trataban como a un niño.

Esta fue la primera desgarradura que sufrió la perfección de mi padre, el primer remezón de los pilares que sostenían mi infancia y que todo hombre tiene que derribar para crecer y encontrarse a sí mismo. Muy pronto ese sentimiento que recién descubriría me atemorizó y me habría arrodillado para implorar perdón. Pero es imposible arrepentirse de lo que es esencial, y esto lo siente un niño con la misma intensidad que un sabio.

Necesitaba reflexionar y trazar planes para el día siguiente, pero no lo conseguí. El resto del atardecer se me fue tratando de acostumbarme a la atmósfera transformada de la sala de estar. El reloj mural, el espejo, la mesa de centro, los cuadros en las paredes, la estantería con los libros y la Biblia, me decían adiós. El corazón se me congelaba comprobando cómo mi existencia feliz y mi mundo delicado y puro se desligaban de mí y se convertían en pasado, mientras otras raíces, otras ataduras, me iban sujetando al mundo escabroso y sórdido.

Entonces descubrí el sabor de la muerte; un sabor amargo, saturado de recelo a lo desconocido, a una abismante e inentenable renovación.

Al llegar la hora de acostarme, soportar las oraciones de la noche fue el último tramo de aquel purgatorio. No logré que mi voz se uniera a las otras voces, confiadas y serenas, y en el instante en que mi padre dijo la acción de gracias, y las palabras "danos tu bendición", sentí que una ráfaga de viento helado me arrastraba fuera, muy lejos. La gracia de Dios estaba con ellos y no conmigo.

Cansado y aterido me fui a mi dormitorio.

En mi cama, en el segundo en que la tibieza y el sosiego iban a envolverme, regresé a la desesperación. Mi madre me había dado recién las buenas noches; sus pasos leves se oían todavía, y el resplandor de la vela titilaba aún en la ranura de la puerta entreabierta. Pensé: "Ahora volverá, tiene que haberse dado cuenta de lo que me pasa. Volverá y me hará preguntas, podré llorar, me abrazaré a su cuello, se lo diré todo, se me derretirá el filudo hielo que tengo en la garganta y respiraré de nuevo, y... ¡Dios mío, será la salvación!" No, la tenue luz desapareció, y vino la oscuridad total.

Y retorné a mi pena agobiante, y encaré al enemigo. Guiñaba un ojo y lanzaba su risa grosera, enchuecando la boca, y se agigantaba, volviéndose inmenso y repugnante. De sus ojos brotaban diabólicos destellos. Permaneció a mi lado hasta que me dormí. Después soñé que estaba en un claro día de vacaciones e íbamos en un bote con mis padres y mis hermanas, bañados por el sol. Desperté a medianoche, con el corazón todavía en calma y las imágenes de los vestidos blancos de las

niñas agitadas por la brisa, y de golpe rodé por un abismo y me encontré de nuevo con el rostro del enemigo, enfrentando sus ojos perversos.

Al llegar la mañana, cuando mi madre vino a preguntarme por qué no me había levantado aún, me halló mal aspecto y me preguntó si me sentía enfermo. Entonces vomité.

Siempre me había gustado estar un poco enfermo y quedarme toda la mañana en cama. Me daban una infusión de manzanilla y escuchaba a mi madre ordenando la habitación del lado, y la voz de Lina hablando con el carnicero en el pasillo. Eran amables esas mañanas sin ir al colegio. El sol entraba en mi cuarto, alegre, jugando sobre las paredes, y era otro sol, diferente de aquel contra el que se corrían las cortinas verdes en la sala de clases.

Sin embargo, nada de esto tenía hoy el significado de antes, y hasta los sonidos me parecían falsos.

"¡Ojalá me muiera!", pensé. Pero no tenía ninguna enfermedad grave. Sufría apenas de un malestar pasajero que me libraba de ir a clases, pero no de Franz Kromer, que me esperaba a las once en el mercado. El cariño y las atenciones de mi madre, lejos de consolarme me inquietaban. Fingí que dormía y aproveché de reflexionar. No tenía dónde elegir: debía ir a las once al mercado. Me levanté a las diez, asegurando que estaba mejor, y me comprometí a asistir al colegio en la tarde. Había trazado un plan.

En primer lugar, no podía ir al encuentro de Kromer sin dinero. Por lo tanto era indispensable apropiarme de mi alcancía, que guardaba en la habitación de mi madre. Yo sabía que era poquísimo lo que había allí, pero intuía que era un

medio para calmar a Kromer, ya que más valía eso que nada.

Con una mezcla de tristeza y susto, aunque menos atormentado que el día anterior, me deslicé hasta el escritorio de mi madre y cogí la alcancía. Mi corazón latía con fuerza y las palpitaciones aumentaron cuando descubrí que estaba cerrada. Afortunadamente no me fue tan difícil forzarla, ya que sólo tuve que romper una rejilla de hojalata. Sin embargo, al hacerlo tomé conciencia de cometer un robo, aunque se trataba de mi propio dinero. Sí, con este acto me adentraba más en el mundo de Kromer, y ya era tarde para volver atrás. Con miedo conté las monedas; esas monedas que hacían ruido dentro de la alcancía y que en mi mano resultaban una suma ínfima: ¡sesenta y cinco centavos! Apretando estos centavos, salí a la calle. Me pareció que me llamaban desde arriba, pero en vez de detenerme, apuré el paso.

Como todavía me quedaba tiempo, me fui dando algunos rodeos por las callejuelas de mi ciudad totalmente transformada, observando las casas diferentes, y las nubes en un cielo nunca visto, tropezando con gente que me miraba con aire de sospecha.

Franz Kromer se me acercó fingiendo no verme, y cuando estuvo a mi lado hizo un gesto ordenándome que lo siguiera. Cruzó el puente y caminamos hasta un edificio a medio construir. Nadie trabajaba en él y sus muros se alzaban sin puertas ni ventanas. Kromer observó en torno de sí y atravesó por el hueco de una puerta.

—¿Trajiste eso?—preguntó.

Yo saqué las monedas de mi bolsillo y las dejé caer en su mano.

—¿Qué es esto? ¡Son sesenta y cinco centavos!

—¡Es todo lo que tengo—dije.

—Te creía más inteligente—replicó con un tono casi cómico—pasivo—. Entre hombres las cosas deben ser más serias y hay que respetar los tratos. El otro, tú sabes quién, me dará lo que ha ofrecido.

—Es que yo no tengo más! ¡Son mis ahorros!

—Eso es cosa tuya. Pero no me interesa hacerte daño. Me debes un marco y treinta y cinco centavos. ¿Cuándo recibiré esa cantidad?

—¡No sé exactamente cuándo! ¡Quizás mañana..., o pasado!

—¡No puedo pedirle a mi padre!

—Y a mí qué me importa? Yo podría tener el dinero ahora, y tú sabes que soy pobre. Pero tendré paciencia. Te esperaré hasta pasado mañana. En la tarde pasaré por tu casa y te llamaré. ¿Conoces mi silbido?—Silbó aquel llamado que yo había oído casualmente en otras ocasiones.

—Sí, lo conozco—asentí.

Se marchó, con total indiferencia. Entre él y yo no existía más que un negocio.

*

Si hoy, inesperadamente, escuchara de nuevo aquel silbido, el miedo volvería a sobrecogerme. Desde ese día lo tuve que oír innumerables veces, hasta tener la sensación de estarlo oyendo siempre, y que no existían lugares, ni juegos, ni estudios, ni pensamientos en los que me pudiera refugiar, sin que llegara el silbido, persiguiéndome, convirtiéndome en su esclavo.

En ese tiempo, en las quietas tardes otoñales, yo solía bajar a nuestro pequeño jardín, y me dejaba llevar por el impulso de revivir juegos del pasado, regresando así a una etapa en que era un niño mucho menor, todavía puro y bueno, libre e inocente. Sin embargo, aun en esos instantes, destruyendo mis fantasías, irrumpía el silbido de Kromer, desesperante e implacable. Entonces estaba obligado a caminar siguiendo a mi verdugo hasta sitios solitarios y tenebrosos, a inventar disculpas y soportar sus amenazas y exigencias de dinero. Es probable que esta situación no se haya prolongado por más de dos o tres semanas, sin embargo para mí fueron años, una aniquilante eternidad. En escasas oportunidades yo lograba llevarle algunas monedas, casi siempre rapiñadas en la cocina, cuando Lina dejaba la bolsa de las compras encima de la mesa. Kromer se irritaba, acusándome de mentiroso y estafador, y de privarlo de su legítimo derecho a recibir su dinero. Jamás, a lo largo de mi vida, he vuelto a sentir una desdicha tan profunda; jamás he tenido que resistir tanta sensación de esclavitud y desesperanza.

La alcancía estaba otra vez guardada en el escritorio y tenía fichas para jugar en reemplazo de las monedas. Nadie se refería a ella, pero yo temía que ese problema también sobrevendría en el momento más inesperado. A veces, más que al silbido canalla le temía a la presencia de mi madre, cuando se aproximaba a mí, silenciosa. ¿Habría descubierto el robo?

Dado que, generalmente, comparecía ante mi juez con las manos vacías, éste principió a torturarme y explotarme por otros medios.

Aparte de cumplir, en su lugar, los encargos que le encomen-

daba su padre, me obligaba a realizar proezas difíciles como saltar en un pie durante diez minutos, o colgarle un cartel en la espalda a un transeúnte. El agotamiento y los temores que acompañaban a estos castigos se prolongaban en mis sueños y me revolvía en mi cama, sudoroso y extenuado. En el día sentía frío, y a menudo vomitaba. Estaba enfermo y mi madre aumentaba su preocupación y cariño por mí, entristeciéndome más porque me sentía indigno de su amor.

Una noche ella me trajo un chocolate, igual que cuando era pequeño y me había portado bien. Evocar esos días me causó un dolor agudo, y cuando trató de saber qué me pasaba, y me acarició la cabeza, revolviéndome el pelo, sólo atiné a responder:

—¡Nada! ¡No me pasa nada y no quiero nada!

Ella dejó el chocolate sobre el velador y salió sin añadir ni una palabra. A la mañana siguiente no respondí a sus preguntas, y actué igual que si no recordara lo sucedido. Entonces vino un médico que me examinó y recetó duchas frías en la mañana.

Durante aquellos días viví en un estado de desquiciamiento notorio. En medio del orden y el sosiego de nuestra casa, yo me arrastraba como un fantasma torturado y solitario. Me aislaba del resto de la familia y no lograba olvidar mi angustia en ningún momento. Frente a mi padre, que me interrogaba ansioso, mi actitud era de una frialdad impenetrable.

Mi salvación llegó de manera inesperada y trajo consigo aquello que yo desconocía y que siguió manifestándose en mí para siempre.

Hacia poco tiempo había ingresado al Colegio Latino un alumno nuevo, hijo de una viuda adinerada que venía a instalarse en la ciudad. Asistía a un curso superior, tenía algunos años más que yo y usaba un brazaletes negro en la manga. Igual que al resto de los alumnos, me llamó la atención enseguida. Era un muchacho sorprendente, que se desenvolvía aislado y digno como un hombre, o mejor dicho, como un gran señor. No gozaba de popularidad, ya que se mantenía al margen de los juegos y de las peleas. Sin embargo, la confianza en sí mismo que demostraba delante de los profesores, atraía a todos. Su nombre era Max Demian.

Un día, cosa que, por uno u otro motivo, solía pasar en nuestro colegio, instalaron otro curso en mi sala de clases que era bastante amplia. A ese curso pertenecía Max Demian. Los menores teníamos Historia Sagrada, y los mayores debían hacer una composición. Mientras el profesor nos hablaba de Caín y Abel, yo no dejé de observar a Demian. Su rostro, inclinado sobre lo que escribía, con expresión inteligente y luminosa, me fascinaba. Más que un muchacho realizando sus tareas, parecía un sabio entregado a profundas investigaciones. No podría afirmar que simpatizaba con él, ya que me parecía demasiado

seguro e inaccesible, rodeado de un halo de superioridad.

Además sus ojos eran como los de una persona madura, aparentemente tristes pero alumbrados por relámpagos de ironía. Sin embargo, no lograba dejar de mirarlo, pero cuando él levantaba la vista hacia mí, yo desviaba la mirada, desconcertado y temeroso. Hoy, al evocar al Demian de esos años, lo veo absolutamente distinto al resto de los muchachos; con una personalidad fuerte y excepcional, que atraía a todos, aunque él no hacía nada por llamar la atención. Al contrario, era igual que un príncipe disfrazado que se desenvuelve entre campesinos e intenta pasar por uno de ellos.

Al finalizar la clase, caminé detrás de mí, y cuando los demás se alejaron, se aproximó y me saludó. Su forma de saludar, pese a que trataba de imitar el modo de los escolares, tenía también la corrección propia de un adulto.

—¿Puedo acompañarte un rato?—me preguntó.

Acepté halagado y le expliqué dónde vivía.

—Ah, vives en esa casa!—exclamó entusiasmado—. La ubico perfectamente. Sobre la puerta hay algo que me interesa mucho.

Me costó un poco entender que se refería al escudo que había sobre el portón de entrada al zaguán, y que nada tenía que ver con mi familia.

—Parece un pájaro—dije—. Dicen que la casa perteneció a un convento, y debe ser muy antiguo.

—Sí, es un pájaro—asintió Demian—. Examinándolo con cuidado. Creo que es un gavilán.

Seguimos caminando, y de pronto él se puso a reír. —Hoy, en tu clase, hablaron sobre la historia de Caín ¿no es así? El que lleva una marca en la frente. ¿Te gustó esa historia?

—Sí, por supuesto. En general me gusta la historia...

Demian me dio una palmada afectuosa en el hombro.

—No tienes que fingir conmigo. Sin embargo, esta historia es realmente más apasionante que la mayoría de las que se aprenden en el colegio. El profesor sólo les dijo lo que siempre se dice sobre Dios y el pecado y esas cosas. Pero yo pienso... —se interrumpió bruscamente y me preguntó, sonriendo—: ¿Te interesa este tema? Yo pienso —prosiguió— que la historia de Caín, como la mayoría de lo que nos enseñan, se puede ver desde un punto de vista muy diferente al del profesor, y entenderse mejor y más profundamente. ¿No te parece que la explicación que dio sobre Caín y la señal en su frente, no deja satisfecho? Que un hombre mate a su hermano en una pelea, es posible, y que luego sienta miedo y se arrepienta, también, pero que su cobardía sea recompensada con un distintivo que inspira temor a los demás y lo protege, es muy extraño.

—Es cierto —admití, empezando a sentirme intrigado—. ¿Pero qué otra explicación le darías a la historia?

—¡Muy simple! Lo que existió en el principio fue la marca en la frente de Caín, y sobre esta base se tejó la historia. Hubo un hombre con algo especial en el rostro, algo que producía miedo a los otros, y se sentían cobardes frente a él y a sus hijos. Sin duda lo que llevaba sobre la frente no era exactamente una señal, una marca, como un sello de correos; no, eso sería muy tosco, muy vulgar. Debe haber sido algo menos perceptible pero infinitamente más perturbador. Podría ser una capacidad de inteligencia y de audacia muy superior, que se reflejaba en sus ojos. Lo importante es que ese hombre tenía un poder y causaba miedo; estaba marcado, llevaba una señal. A esto se

le pueden dar variadas explicaciones y siempre se elige la más fácil. El llevar la señal no se interpretó como un distintivo, sino al revés; se dijo que los hijos de Caín eran funestos. Y tal vez lo eran. La gente más dorada que lo común resulta funesta para los que están por debajo de ella. Esta raza diferente debe haber sido muy incómoda y por eso se inventó una leyenda, por venganza y por miedo. ¿Entiendes?

—Entiendo; pero si fue así, Caín no era malo y toda la historia de la Biblia sería mentira.

—Los relatos tan antiguos son siempre verdaderos. El problema es cómo han sido interpretados. Yo estoy convencido de que Caín era un hombre intrépido y valiente.

—¿Y tampoco crees que asesinó a Abel?

—Sí, lo creo. El hombre fuerte mató a uno débil. Que éste fuera su hermano merece dudas, aunque, por último, todos somos hermanos. Lo que interesa es que el fuerte mató al débil, y los demás débiles se aterraron y clamaron castigo. Sin embargo, al preguntarles por qué no mataban a su vez a Caín, no respondían “porque somos cobardes”, sino “porque tiene una señal y no se le puede matar. Está marcado por Dios”. Bueno, te estoy demorando mucho. Hasta mañana.

Demian dobló la esquina y quedó solo y lleno de asombro. En cuanto él desapareció, todo lo que me había dicho se me vino encima desconcertándome en extremo. ¿Así es que Caín era un hombre fuerte y valiente, y Abel un débil y un cobarde! ¿Y la marca era un distintivo! ¿Y Dios? ¿Qué papel tenía Dios en este relato? ¡Esto era un sacrilegio! Finalmente pensé que todo aquello era una jugarreta maligna, una burla de Demian.

Lo cierto era que jamás ninguna leyenda me había hecho

*

medir tanto, y que Franz Kromer salió de mi pensamiento durante largo rato. Llegando a mi casa fui a releer la versión de la Biblia. Era muy concisa y simple, y consideré un disparate buscarle otros significados. Lo excepcional era cómo Demian narraba su propio cuento y todo lo que sugería su mirada mientras hablaba.

No obstante, algo había desordenado mis conceptos sobre el bien y el mal, y me impedía rechazar abiertamente las afirmaciones de Demian. Hasta hace poco, en mi mundo límpido, yo era una especie de Abel, y hoy me hallaba sumido en el "otro" mundo... ¿Tenía, en el fondo, tanta culpa? Repentinamente me acordé de lo sucedido con mi padre. Durante un momento yo lo había despreciado, y en aquel momento, yo, como Caín, llevaba una marca en la frente, una marca que no sentía como una afrenta sino como un distintivo que me volvía superior a los bondadosos y puros.

Estos pensamientos no fueron claros y precisos. Estallaban en mi mente como llamaradas en las que se conjugaban desconocidas emociones que me causaban orgullo y dolor.

¡Qué impresionante era la visión de Demian de los valientes y los cobardes, y la señal de Caín! ¡Y aquel incendio en sus ojos de hombre! La idea me cruzó como un rayo ¡Demian era un Caín! Si no ¿por qué asumía su defensa, y por qué su mirada ostentaba ese innegable poder? ¿Por qué se refería a los temerosos, a los buenos, a los que en la Historia Sagrada son amables para Dios, en forma despectiva?

No logré llegar a ninguna conclusión. Pero una piedra cayó en el pozo que era mi alma de niño atormentado, y Caín y su marca en la frente comenzaron a determinar mi búsqueda de conocimientos y críticas.

Mis compañeros se preocupaban mucho de Demian y aumentaban los comentarios sobre el "nuevo". Los rumores aseguraban que su madre poseía una fortuna inmensa y que jamás asistían a misa. Más de alguno sostenía que eran judíos; otros aseguraban que su religión era la mahometana. También circulaban mitos respecto de la fuerza física de Demian. Decían que el campeón de pesas, el más fornido de su curso, lo había desafiado, y que Demian, después de negarse a luchar, obligado, lo había cogido por el cuello hasta que el otro, desfiliciente, imploró clemencia. Estas anécdotas provocaban una gran agitación. También se murmuraba que tenía "relaciones íntimas" con algunas niñas.

Entretanto, mi problema con Franz Kromer siguió su curso. Aunque me dejara en paz un día, me sabía encadenado a él, y era la sombra que me aplastaba en todos mis sueños, transformándome en su sirviente. Yo vivía más en los sueños que en la realidad, y en ellos sentía el peso de Kromer. Arrodlado sobre mi pecho, obligándome a cometer actos abominables. El más monstruoso fue asesinar a mi padre.

Todo esto me hacía pensar mucho en Caín y Abel; no tanto en Demian. Pero una noche apareció en mis sueños. En lugar de Kromer era Demian el que se arrodlaba en mi pecho, y todo lo que había sufrido con Kromer, la repugnancia y la tortura, se convertían en un placer insospechado, en un sentimiento en que se unían el miedo y la alegría. Este sueño lo tuve dos veces. Luego Kromer regresó a su sitio y reemplazó a Demian.

Una tarde de lluvia mi verdugo me citó en la plaza del castillo, y estuve allí, con los pies hundidos, pisoteando la

hojarasca mojada, esperándolo. Le traía dos trozos de pastel en vez de dinero. Cuando Kromer llegó, me dio unos amigables puñetazos en las costillas, se comió el pastel y me ofreció un asqueroso cigarrillo húmedo, que rechacé disimulando el asco.

—Oye, antes que se me olvide —susurró al marcharse—, la próxima vez quiero que vengas con tu hermana, la mayor.

Lo miré estupefacto:

—¡Eso es imposible, Kromer! Además, ella se negará a venir...

—¡Te digo que me traigas a tu hermana!

Pensé que era un nuevo método para torturarme. Era usual que actuara así. Me exigía cosas imposibles, me humillaba, y luego pactaba un nuevo compromiso. Esta vez fue distinto.

—Bueno, piénsalo —dijo—, yo quiero conocer a tu hermana. Saldrás con ella de paseo y yo me encontraré con ustedes casualmente. Mañana te llamaré.

Cuando se fue, me di cuenta de lo que significaba su nueva petición. Era un niño, pero sabía de las cosas indecentes y prohibidas que los muchachos podían hacer con las niñas, y... Bruscamente comprendí la ruindad de la exigencia de Kromer. ¡No, nunca me prestaría para eso! No me atrevía a imaginar cómo se vengaría él, y atravesé la plaza, agobiado, con las manos hundidas en los bolsillos.

Una voz joven, pero de tono grave, me llamó. Yo me asusté y escapé corriendo. Entonces alguien corrió detrás de mí, y una mano, sin violencia, me detuvo. Era Max Demian.

—¿Eres tú? —pregunté, alterado—. ¡Qué susto!

El me observó fijamente y su mirada fue más que nunca la de alguien superior.

—Lo siento —me dijo—. Jamás uno debe llegar a asustarse tanto.

—¡A veces... no se puede evitar!

—Es que si te asustas así frente a una persona que no te ha hecho nada, esa persona pensará que te alteras con demasiada facilidad y que sólo se llega a ese estado cuando se tiene mucho miedo. Los cobardes siempre tienen miedo y yo creo que tú no eres cobarde. Pero hay hombres y también cosas que aterran. ¡No debes permitir que eso te ocurra! ¡Jamás hay que temerles a los hombres! ¿A mí no me temes, no?

—¡Oh, no, a ti no!

—Pero a otras personas sí.

—¡No sé...! ¡Por favor, déjame!

Aceleré el paso. Necesitaba escapar. Sin embargo, Demian continuó a mi lado. Percibía su mirada clavada en mí.

—Yo te quiero ayudar —afirmó—. Y me interesa hacer un experimento contigo. Es muy entretenido y aprenderás algo nuevo. A veces yo consigo leer el pensamiento ajeno. ¡No, no se trata de magia! Aunque para los que no saben hacerlo es algo bastante sorprendente. Voy a probar ahora contigo. Sin proponérmelo, ya di el primer paso al asustarte. Por consiguiente ya sé que estás amedrentado. Lo que debo averiguar es por qué. Si alguien nos produce miedo, tiene un poder sobre nosotros. Quizás hemos cometido una falta que el otro conoce y eso le da el poder. ¿Comprendes?

Lo observé estupefacto. Como de costumbre hablaba con inteligencia y seguridad; no en un tono tierno, sino muy serio, casi severo.

—¿Me entiendes? —insistió.

Hice un gesto afirmativo.

—Te advertí que leer el pensamiento parece extraño, aunque

es algo simple. También podría decir lo que pensaste cuando te expliqué la historia de Caín; puede que hayas llegado a soñar conmigo después de eso. Pero nos estamos saliendo del tema actual, así es que olvidémonos de Caín. Tú eres muy inteligente. ¡Los demás muchachos son demasiado estúpidos! Y es agradable conversar con alguien inteligente. Bueno, volvamos a nuestro asunto. Hasta aquí, sabemos que tienes miedo de una persona con quien es posible que estés compartiendo un secreto; el secreto de algo que te angustia. ¿Voy bien encaminado?

Asentí de nuevo, subyugado, como en el sueño. ¿No era yo el que hablaba a través de su voz? ¿No lo sabía todo, mejor que yo? Demian me dio una palmada en la espalda.

—¿He acertado? Te haré una última pregunta. ¿Cómo se llama el muchacho que se fue de la plaza antes que tú?

Me quedé tímulo. En el fondo de mí, resistiéndose a aflorar, mi secreto se estremecía.

—¿Qué muchacho? No vi a nadie...

—Dilo de una vez!—exclamó Demian, riendo—. ¿Cómo se llama?

—¿Preguntas por Franz Kromer?

—Muy bien! ¡Eres un gran tipo y seremos muy amigos!—aseveró, y luego, dejando de sonreír, agregó—. Ahora ponme atención. Escal Kromer es una pésima persona. Me basta haber visto su cara para saber que es un asqueroso sinvergüenza. ¿Cuál es tu opinión?

—Oh, sí, es el demonio!—admití—. ¡Pero no debe saber que hemos hablado! ¡Por favor, que no lo sepa! ¿Tú lo conoces? ¿Él te conoce a ti?

—Cálmate. Debe estar lejos de aquí y no me conoce. Pero yo tengo interés en conocerlo. ¿Va a la Escuela Popular?

—Sí.

—¿En qué curso estás?

—En quinto. ¡Por Dios, no hables de él!

—Quédate tranquilo. No pasará nada. Me imagino que no quieres contarme más sobre Kromer.

—¡No, no puedo!

Demian calló unos instantes. Luego preguntó:

—¿Te has dado cuenta de que el miedo que le tienes te está destruyendo? ¡Debes liberarte de ese miedo para llegar a ser un hombre! ¿Entiendes?

—Sí..., pero tú no sabes... ¡No puedo!

—Sé más de lo que tú crees. ¿Le debes dinero?

—¡También, aunque ya no es lo que más importa! ¡No puedo contarte!

—Entonces no te servirá que yo te facilite ese dinero. Yo puedo dártele sin problemas.

—¡No, no, y no hables ni una palabra!

—Ten confianza en mí, Sinclair. Espero que algún día me cuentes tus secretos.

—¡Jamás! ¡Jamás!—exclamé desesperado.

—Como te parezca. ¿No creías que yo puedo actuar igual que Kromer?

—Oh, no, eso no! ¿Realmente tú no sabes nada?

—Nada. Y nunca me comportaré como Kromer.

Nos quedamos unos momentos en silencio y logré calmarme. —Tengo que regresar a mi casa—dijo Demian, ajustándose bien el abrigo para protegerse de la lluvia que amenazaba—. Sólo quiero decirte una cosa más. Es indispensable que quedes libre de Kromer, y si no hay otro remedio, mávalo. Te admiraría si lo hicieras, y estoy dispuesto a ayudarte.

El miedo volvió a sobrecogerme. Recordé la historia de Caín y no fui capaz de retener las lágrimas. Los misterios que me rondaban sobrepasaban mi resistencia.

—Vuelve a tu casa. Lo solucionaremos —dijo Max Demian, con voz suave, sonriendo—. Claro que lo más simple es matarlo, y, en un caso como éste, lo mejor es lo más simple.

Llegué a mi casa y tuve la sensación de que hacía más de un año que no entraba allí. La atmósfera había cambiado por completo. Un muro sólido se alzaba entre Kromer y yo; había una esperanza y un futuro. ¡Por fin yo no estaba solo!

*

Pero mis temores no desaparecieron tan pronto y me preparé para otros enfrentamientos terribles con el enemigo. Sin embargo, no ocurrió así.

No escuché el silbido de Kromer ni al día siguiente, ni al subsiguiente, ni durante una semana. Me parecía increíble pues no me habituaba a no esperarlo y seguía alerta. ¡Pero no lo escuchaba y no lo escuché más! Todavía desconfiaba de mi libertad cuando me tropecé con Franz Kromer en la calle. Al verme, retrocedió y torció la boca en una mueca abominable. Luego se dio media vuelta, evitando nuestro encuentro. Ese instante fue indescriptible y mágico. ¡El enemigo escapaba! ¡El torturador me tenía miedo! La sorpresa y la felicidad me colmaron.

Muy poco después, a la salida del colegio, me encontré con Demian.

—Buenos días, Sinclair —me dijo, sonriente—. Supongo que Kromer te ha dejado en paz.

—¡Gracias a ti, estoy seguro! No he vuelto a saber de él.

¿Cómo lo lograste?

—Me alegro mucho. Si volviera a molestarte, aunque no creo que lo haga, dile que se acuerde de Demian.

—¿Qué le hiciste? ¿Lo golpeaste?

—No. La violencia me desagrada. Hablé con él y le expliqué que lo único que le conviene es no acercarse a ti nunca más.

—¿Le diste dinero?

—No. Tú ya probaste ese camino.

Traté de hacerle más preguntas y Demian las eludió. Pronto se separó de mí, dejándome enredado con aquella mezcla de sentimientos que me inspiraba su personalidad: agradecimiento y recelo, fascinación y desconcierto, atracción y temor.

Decidí que volvería a verlo cuanto antes y hablaríamos largamente; también de Caín. No lo hice.

Nunca he confiado mucho en la gratitud y no me parece acertado exigirselo a un niño. En consecuencia, no me asombra haber sido ingrato con Demian. Actualmente tengo el más absoluto convencimiento de que si él no me hubiese arrancado de las garras de Franz Kromer, yo habría quedado deteriorado para siempre, y entonces tuve conciencia de que recuperar la libertad era el suceso más extraordinario de mi vida. No obstante, dejé de lado al autor de este prodigio. Lo que me extraña es mi falta de preocupación por el misterio. ¿Cómo conseguí vivir tan tranquilo, sin asomarme más a los secretos a los que Demian me había dado acceso? ¿Cómo dominé el interés por saber más acerca de Caín, de los métodos para conocer el pensamiento del propio y odioso Kromer?

Aunque inexplicable, ocurrió así. Libre de la repugnante trampa en que estaba atrapado, regresé a los espacios del mundo radiante

y feliz. Atrás quedaron el pavor y la desesperación. Destruído el hechizo, volví a ser el colegial de antes y mi naturaleza luchó por apartar de mi memoria todo lo amenazante y abyecto, devolviéndome el equilibrio y el sosiego. Olvidé rápidamente mi culpa y mis terrores, y, aparentemente, no me quedaron cicatrices.

Hoy entiendo que era lógico que olvidara también al que me había salvado del infierno. Al escapar hasta del recuerdo de mi esclavitud a Kromer, corrí al encuentro de mi paraíso perdido que reabría sus puertas, a las estancias protegidas de mis padres y mis hermanas, a respirar el aroma de la pureza y de la gracia de Dios de Abel.

Cuando me convencí de que definitivamente había recobrado la libertad, y que no sobrevendrían más peligros, hice lo que tanto anhelaba hacer: lo confesé todo. Me acerqué a mi madre y le mostré la alcancía con las fichas en vez de las monedas. Le hablé, sin omitir nada, de mi falta, y del yugo al que había permanecido atado por un ser perverso. Si mi madre no llegó a entender en su totalidad mi confesión, vio la alcancía, oyó mi voz que sonaba diferente, mis ojos que la miraban igual que antes, y supo que su hijo estaba sano y que lo recuperaba.

Con mi padre se repitió el mismo proceso, salpicado por múltiples preguntas y reacciones de asombro e indignación ante la vileza de que fui víctima. Mis padres me colmaron de cariño y respiraron aliviados. Como en los cuentos, el regreso al hogar del hijo pródigo era maravilloso y se celebraba dentro de una armonía perfecta.

Y en esa armonía me sumergí por entero, verificando a cada instante que contaba con la confianza plena de mis padres, y me convertí en un niño ejemplar. Era feliz jugando con mis

hermanas, y durante las oraciones me unía con profunda devoción a las plegarias, con el renovado sentimiento de aquel que ha recibido el perdón de todos sus pecados.

No obstante, existía un desorden. Y aquí surge la explicación de mi olvido de Demian. ¡Era a él a quien debí haberme confesado! Habría sido una confesión menos conmovedora, pero más positiva. Ahora yo me hundía con todas mis raíces en la tierra de un antiguo paraíso, donde Demian no encajaba. Él, aunque en forma opuesta a Kromer, también me arrastraba a un mundo sombrío. Y hoy, cuando yo volvía a ser un Abel, no quería traicionar a los Abeles magnificando a los Caínes.

Este era, hasta aquí, el acontecer exterior. Internamente las cosas se daban de otro modo. Me sentía liberado de Kromer y del demonio, pero no gracias a mi propio valor ni a mi fortaleza. La verdad es que era incapaz de caminar solo y que una mano amiga tuvo que sacarme del precipicio en el que me hallaba. Y entonces yo había escapado a esconderme en el regazo de mi madre y en mi infancia piadosa y resguardada. Así me volví más infantil y sobreprotegido, y sustituí la vil dependencia de Kromer por la dulce dependencia de mis padres. Si no hubiera actuado así, el único camino habría sido confiarle todo a Demian. La justificación para mi comportamiento fue el recelo que me producía su singular manera de pensar. Sin embargo, en el fondo, todo se reducía a miedo. Miedo, porque Demian me habría exigido el doble que mis padres, obligándome, forzándome a ser independiente. Y hoy, yo sé muy bien que no existe nada tan agobiante para el hombre como tomar el camino que le conduce a sí mismo.

Pese a todo, fue inevitable que, al cabo de seis meses, yo le

preguntara a mi padre por qué ciertas personas consideraban que Caín era mejor que Abel.

Él me observó, extrañado, y me contestó que era una teoría nacida en los primeros tiempos del cristianismo, sostenida por algunas sectas, como los cainitas, pero que no se trataba más que de una invención diabólica en contra de la fe. Porque si ensalzamos los derechos de Caín, y negamos los de Abel, estamos aseverando una equivocación de Dios. Afortunadamente los cainitas y su herejía habían desaparecido en tiempos muy lejanos, y lo dejaba perplejo que un alumno de mi colegio supiera algo sobre este tema. Terminó aconsejándome que me alejara para siempre de esos pensamientos insensatos.

3

EL MAL LADRÓN

Podría contar una bella historia de mi infancia. Hablar de muchas cosas delicadas y nobles, del amor filial y de esa plácida existencia en atmósferas iluminadas y tibias. Pero lo que realmente importa son los pasos que di para llegar a mí mismo. No me interesan los instantes de descanso en aquellos paraísos que disfruté, a los que no quiero regresar y que hoy abandono en la disrancia.

Hablaré únicamente de lo nuevo, de lo que vino hasta mí, como un huracán, desarraigándome.

Las arremetidas brotaron siempre del "otro" mundo, y traían consigo el miedo, la furia y los remordimientos, haciendo tambalear la serenidad en que yo hubiera deseado continuar mi existencia.

Pasado un tiempo, como los demás, percibí en el aflorar del sexo la llegada de un elemento perturbador y prohibido, de la tentación y el pecado. Aquella búsqueda que activaba mis sueños, mezclando temores y placer; y todo lo que conforma el misterio de la pubertad, no cuadraba en absoluto en el orden que regía mi infancia feliz. Entonces tuve que actuar como el resto, soportando la doble existencia del niño que ya no es un niño. Así, mientras mi conciencia permanecía dentro de los márgenes lícitos de nuestro respetable círculo familiar, en mis sueños crecían los subterráneos deseos, y yo vivía el despertar de instintos irrefrenables.

Igual que la mayoría de los padres, los míos no me ayudaron en esta etapa; al contrario, jamás se habló de ella. Apoyaron, en cambio, mis intentos por escapar de la realidad y continuar anclado en el mundo infantil, que se resquebrajaba y se volvía, día a día, más ficticio. No obstante, no les reproché nada a mis padres. Encontrar mi auténtico camino era asunto mío, pero, como al común de los niños que han tenido lo que se considera una "buena educación", no me resultó fácil hallarlo.

Sin embargo, esos sueños y sensaciones que avisaban el fin de mi niñez, no fueron lo más importante. Lo fundamental fue la reaparición del "otro" mundo. Las tinieblas que un día Franz Kromer había arrastrado hasta mí, se agitaban ahora en mi interior, y este fenómeno hacía que también, desde fuera, aquel mundo oscuro volviera a presionarme.

Varios años habían pasado desde el episodio con Kromer, y aquella historia sórdida y terrible parecía haberse esfumado, dejándome el borroso recuerdo de una pesadilla lejana. De repente solía encontrarme con Franz Kromer en la calle y casi no reparaba en él. En cambio, Max Demian, el otro personaje principal en aquel drama, no llegaría a desaparecer jamás de mi horizonte. Por algún tiempo estuvo distante, muy al margen de mi vida, y de pronto empezó a aproximarse, a irradiar nuevamente su poderosa energía y su magnetismo.

Por espacio de un año intercambiábamos un saludo amable cuando nos encontrábamos y no cruzamos más de dos palabras. Yo trataba de evitarlo y él no demostraba interés en verme. En alguna ocasión, en esos encuentros breves y fortuitos, vislumbre un dejo burlón en su amabilidad, o tal vez era un sutil reproche. También podían ser fantasías mías. El hecho

es que todo parecía olvidado entre ambos.

Actualmente, al evocar a Demian en ese período, vuelvo a verlo camino al colegio, solo, o solitario entre sus compañeros de clase, callado, avanzando en medio de los demás como un astro con su atmósfera y su luz propias, regido por sus leyes. No era querido y nadie intimaba con él, salvo su madre. Era un buen alumno, pero no hacía nada por agradar y frecuentemente se escuchaban rumores acerca de alguna réplica o una opinión, expresada a algún maestro, en un tono de provocadora ironía.

Al cerrar los ojos, me parece verlo, como un día, frente a mi casa. Tenía un cuaderno en la mano y dibujaba. Estaba copiando el escudo con el pájaro, que sobresalía en el portón de la entrada al zaguán. Yo me hallaba detrás de una ventana cubierta con visillos y podía apreciar su expresión lúcida, fría, reconcentrada; la expresión de un artista o un investigador, con toda la voluntad entregada a su trabajo y la mirada plena de sabiduría.

Otra vez lo veo. Una tarde, al volver del colegio. Nos hallábamos formando rueda en torno a un caballo que se había desplomado, enganchado aún al carro que tiraba, y resoplaba anhelante, mientras la sangre fluía, por una herida invisible, y las piedras de la calle se reñían de púrpura.

Aparté la vista con desgano y lástima, y encontré a Demian. Se hallaba un poco distante de los demás, y sin perder su serenidad ni su elegancia observaba fijamente la cabeza del animal, con su concentración imperturbable. Me quedé contemplándolo un rato, y entonces, desde muy dentro de mí, en un punto detrás de mi conciencia, surgió una visión diferente de Demian.

Su rostro no pertenecía a un muchacho sino a un hombre, pero no era sólo el de un hombre, ya que unos rasgos de muchacho, como una imagen superpuesta, se entremezclaban a sus rasgos. Luego, por unos instantes, no fue ni mujer ni hombre, ni joven ni viejo. Se volvió milenario; milenarismo, marcado por épocas y edades inmemoriales, como una estrella o un árbol, fuera del tiempo. Quizás era hermoso, no lo sé. Tampoco sé si me atraía o me causaba rechazo. Mi única certeza es que era distinto a los seres humanos, indescriptiblemente distinto.

Tuvieron que pasar algunos años para que mi relación con Demian volviera a estrecharse. Por no haber recibido la Confirmación junto con sus compañeros de curso, sacramento que la tradición de nuestro colegio exigía, recrudescieron los comentarios de que Demian era judío, o que su madre y él pertenecían a una secta clandestina y maldita. También escuché decir que Demian y su madre eran amantes. Pero lo que supongo que lo decidió a recibir la Confirmación, dos años más tarde que sus condiscípulos, fue que su madre pensó que no confesar una religión determinada podría traerle futuras dificultades. Por los motivos que sean, Demian pasó a ser compañero mío en las clases de preparación para ser confirmados.

Por unos días continuamos manteniendo la distancia. Me parecía demasiado enredado en misterios y, más que eso, no me gustaba sentirme en deuda con él. Además, yo estaba envuelto en mis propios secretos.

El curso de preparación para la Confirmación coincidió con mi esclarecimiento de las inquietudes sexuales, lo que me originó desinterés por los temas religiosos. Los asuntos piadosos de que nos hablaba el profesor de religión empezaron a tomar un

lugar secundario, enmarcados en una irrealidad muy venerable, ya que no eran ni excitantes ni de actualidad, y lo que a mí me inquietaba sí lo era. Aquel estado de ánimo aumentaba por un lado mi indiferencia hacia los temas que debían preocuparnos y, por otro, renovaba mi atracción por Demian, como si lazos imperceptibles principiaron a tejerse para unirnos.

Todo se inició en una primera clase de la mañana, estando las luces de la sala aún encendidas. Yo estaba un poco adormilado y prestaba poca atención a la voz del sacerdote que hablaba de Caín y Abel. Pero cuando pasó a referirse a la marca de Caín, sentí una especie de llamado y dirigí la vista al lugar de donde provenía. Vi entonces a Demian. Estaba sentado en una de las primeras filas y volvió la cabeza hacia mí, clavándose por unos segundos su mirada penetrante. A partir de ese minuto presté gran atención a lo que exponía el párroco y tuve la más completa certeza de que ese relato era discutible, criticable, y se le podía dar una interpretación muy diferente.

Fue ese el momento en que se restableció la unión entre Demian y yo. Y lo extraordinario fue que en cuanto brotó esta sensación de haber tomado contacto, principió a reflejarse en hechos materiales. En efecto, muy poco después, Demian fue cambiado de puesto en la clase y ocupó un asiento delante de mí. Aún recuerdo, en medio de la atmósfera pesada de la sala repleta, el placer que me daba respirar el perfume fresco del jabón que él usaba. Algunos días más tarde, cambió otra vez de sitio, y durante todo ese invierno y la primavera, su lugar estuvo allí, a mi lado.

Aquellas clases matinales sufrieron una completa transformación. Lejos de resultarme tediosas, me interesaban. En ciertas

ocasiones, mientras oíamos al párroco, una mirada de Demian me obligaba a poner más atención en un relato singular, y otra me indicaba estar alerta y animaba algunas dudas o mi sentido de crítica. Otras veces decidíamos ser malos alumnos y no escuchábamos una palabra de las disertaciones del cura. Demian se comportaba siempre con gran corrección, tanto con el profesor como con los alumnos, sin hacer bromas tontas de colegial, ni reír o hablar ruidosamente. Pero en voz muy tenue, apoyándose en gestos y en la expresividad de sus ojos, me comunicaba sus preocupaciones; algunas bastante insólitas. Un día me participó cuáles alumnos eran interesantes y cómo los estudiaba. Me dijo:

—En el momento en que levante mi dedo pulgar, Fulano me mirará y se rascará una oreja.

Cuando ya me había olvidado del asunto, levantó el pulgar en forma visible, y vi al alumno indicado, igual que manejado por hilos, realizar lo que se le ordenaba. Le rogué que hiciera la prueba con el profesor, y se negó. Sin embargo, una mañana le conté que esperaba que el cura no me hiciera ninguna pregunta, porque no había estudiado ni una línea, y recibí ayuda de Demian. Los ojos del párroco recorrieron la sala, vacilantes, hasta detenerse en mi rostro culpable. Luego se aproximó y alcanzó a señalarme, con mi nombre a punto de brotar de sus labios, pero inopinadamente recogió la mano para acomodar su alzacuellos, y dio la impresión de pensar en algo muy diferente. Entonces se acercó a Demian, como si fuera a interrogarlo, y se quedó unos segundos allí, inmovilizado por la mirada fija de mi compañero. Finalmente dio media vuelta y nombró a otro muchacho.

Demian también solía realizar conmigo este tipo de juegos. Al encaminarme al colegio, repentinamente intuía que él iba detrás de mí, e infaliblemente, al volverme, lo encontraba.

—¿De veras puedes lograr que los demás hagan lo que tú piensas? —le pregunté una vez.

—Eso es imposible —me contestó con su seguridad de persona madura—. Aunque el párroco insista en el libre albedrío, nadie puede pensar lo que se le antoja, ni menos obligar a que otros lo hagan. Lo que se hace es estudiar con paciencia a alguien. Al cabo de un tiempo, es fácil determinar lo que esa persona siente, o lo que piensa, y adelantarnos a lo que hará de inmediato. Por ejemplo, el olfato entre algunos animales, como los perros de caza, es algo entrenado. Si un ser humano, o un animal, concentra todas sus fuerzas en un objetivo, lo alcanza, y si tú estudias con dedicación a un hombre, es probable que logres conocerlo más de lo que él mismo se conoce.

—Te contradices —objeté—. Dices que verdaderamente no tenemos libre albedrío, y afirmas que si uno concentra sus fuerzas en un objetivo, lo consigue. Si no soy dueño de mi voluntad, ¿cómo voy a concentrarme en algo determinado?

—¡Magnífico! —exclamó, y se puso a reír—. Hay que dudar, y hay que averiguar. Lo único importante es que el objetivo elegido debe tener sentido y ser alcanzable para quien lo elige. Los seres humanos poseemos un radio de acción mucho más amplio que los animales, pero también tenemos límites. Yo puedo soñar con algo fantástico, como viajar al Polo Norte, pero si ese deseo no es profundamente intenso, con poderosas raíces en mí, no conseguí concretarlo. Sólo sucede aquello que impones desde el fondo de ti, enganchando tu voluntad

al carro, como un forzado caballo de tiro. Si me empeñara en que el cura no use anteojos, sería nada más que un juego estúpido. Pero en el otoño, yo determiné cambiar de pupitre, y lo conseguí sin ninguna traba.

—¿Cómo? —averigüé.

—Inesperadamente se presentó a reclamar su sitio un alumno que había estado enfermo. Su apellido quedaba antes que el mío en la lista alfabética, y de inmediato le cedí mi asiento. Era la ocasión que mi voluntad llamaba.

—Yo experimenté una sensación rara cuando eso ocurrió. Sentí que a partir del instante en que habíamos vuelto a interactuar mutuamente, te venías acercando.

—Yo sólo sabía que necesitaba sentarme más atrás, porque mi voluntad era que nos reuniéramos, aunque no tenía conciencia de esto. Por su parte, tu voluntad ayudó a la mía, atrayéndome. Luego, cuando ocupé el puesto delante de ti, comprendí que la verdadera intención era llegar a tu lado.

—Sin embargo, no apareció otro alumno a facilitarte un nuevo cambio.

—Claro que no —Demian rió—. Entonces hice tranquilamente lo que me dio la gana. El muchacho con quien realicé el intercambio, aunque se sorprendió un poco, no reclamó. Y el cura notó que había una mudanza, pero no supo claramente lo que pasaba. Ahora, cada vez que se dirige a mí, vislumbra una irregularidad, ya que si mi letra es la D, no tengo por qué estar junto a la S.

—¿Y por qué no dice nada?

—Porque el sentido de esta irregularidad resbala por su conciencia sin penetrar a fondo en ella. Mi voluntad se opone

a que esto suceda, y cada vez que está al borde de preguntar algo al respecto, le pongo un obstáculo.

—¿De qué manera?

—Lo miro rectamente a los ojos. Poca gente lo resiste. La mayoría se turba, se desasosiega. Si alguna vez pretendes lograr algo importante de alguien, y lo miras de repente, fijamente a los ojos, y ves que no se altera, es mejor que te olvides de lo que querías conseguir. Hasta aquí yo no he conocido más que una persona con la que este sistema no me da ningún resultado.

—¿Quién es? —pregunté rápidamente.

Demian me observó entornando los párpados, como lo hacía habitualmente cuando recapacitaba, y no me contestó. Supongo que se refería a su madre. Entre él y ella parecía existir una comunión espiritual profunda. Pero él no me llevaba a su casa y a ella yo sólo la había divisado de lejos.

*

Por esos días, traté varias veces de imitar a Demian, canalizando todas mis energías en alcanzar un determinado objetivo. Sin embargo no logré nada, aunque mis deseos me parecían importantes y urgentes. No me atreví a confesarle esto a Demian. No podía decirle lo que deseaba y él tampoco me hacía preguntas.

Entretanto, mi fe religiosa se iba debilitando considerablemente, a pesar de que la influencia de Demian me inducía a razonar de manera muy distinta a la de ciertos compañeros, que proclamaban un completo escepticismo. Algunos de ellos llegaban a afirmar que no era una actitud viril creer en Dios, y que los cuentos como la Santísima Trinidad y la Inmaculada

Concepción eran anticuados y risibles. Yo estaba muy lejos de opinar así. Por experiencia conocía el significado de una auténtica vida piadosa y de qué modo actuaban los creyentes como mis padres, y tenía la certidumbre de que su conducta no era en absoluto indigna ni movía a risa. Entonces, como antes, la gente religiosa me inspiraba un respeto enorme. Lo que ocurría es que Demian me había enseñado a considerar los dogmas y la Historia Sagrada en forma muchísimo más libre, más personal y mágica.

Sin embargo, en una de las clases de religión, me atemorizó con una opinión más arrevida aún que las referentes a Caín. El sacerdote acababa de hacer una disertación sobre el Gólgota, y a mí, desde niño, me conmovía hondamente el relato bíblico de la pasión y muerte de Cristo. Recuerdo que cuando mi padre lo leía, en Viernes Santo, la emoción me trasladaba, en un íntimo recogimiento, hasta Getsemaní y el Gólgota, y me agitaba en medio de ese mundo espectral y doloroso. Igualmente, al escuchar la Pasión según San Mateo, de Bach, un místico estremecimiento me recorría mientras penetraba entre las sombras y el esplendor de aquella atmósfera sufriente. Y aún hoy siento esta música y el Actus Tragicus, como la expresión máxima del arte y de la poesía. Recuerdo que al finalizar esa clase, Demian se quedó meditando, y me dijo:

—En esta historia hay algo que no me convence, Sinclair. Analízala con prolijidad y te darás cuenta de que hay algo sin sentido. Te hablo de los dos ladrones. Encuentro grandioso el espectáculo de las tres cruces alzadas sobre la colina, pero la anécdota del buen ladrón me parece falsa. Se trata de un criminal, un ser perverso, que cometió numerosos y graves delitos,

y, de repente, se deshace llorando arrepentido y contrito. ¿De qué vale ese arrepentimiento con un pie en el sepulcro? No es más que una historia sentimental y dulzona, que pretende ser edificante. Si te hicieran elegir a uno de los dos ladrones como amigo, sin duda no elegirías a ese converso gimiente. Lo lógico es escoger al otro, al malo, que es un hombre consecuente, que va por su camino hasta el fin y no reniega a última hora del demonio, ni se entrega a una conversión que, considerando el momento en que se encuentra, no puede ser auténtica. Es probable que el mal ladrón haya sido un descendiente de Cain. ¿Qué piensas tú?

Me sentí consternado. Yo me consideraba verdaderamente compenetrado en el tema de la crucifixión, y de repente descubría que mis conocimientos no iban más allá de la letra de textos bíblicos, que carecían de hondura e imaginación. No obstante, la crítica de Demian me lastimaba porque atentaba contra conceptos que yo creía indestructibles. ¡No, no era lícito que hasta las cosas más sagradas fueran tratadas de ese modo! Antes que yo hablara, él percibió mi reacción.

—Sí, ya sé lo que piensas —dijo—. Siempre nos topamos con lo mismo. Pero déjame agregar una cosa: No niego que el Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento es monumental, extraordinario, pero no es lo que debería ser. Y en este punto radica uno de los defectos más graves de la religión. Dios representa lo bueno, lo paternal, lo justo, lo noble, lo hermoso, lo elevado, lo espiritual, y todas las bondades imaginables. Sin embargo, el mundo también se compone de muchas otras cosas que se ocultan, o que sencillamente se le atribuyen al demonio. Así, la otra mitad de lo que realmente es el mundo, se silencia.

Por ejemplo, veneramos a Dios como padre de todo lo que es vida, y simultáneamente negamos el sexo, que es la fuente de la vida misma, calificándolo de pecaminoso. Yo pienso que lo consecuente sería venerar al dios de un mundo completo, sin límites arbitrarios. Por lo tanto, o se permite también un culto al demonio, o se cree en un dios que integre en sí el bien y el mal, un dios frente al cual no sea necesario cerrar los ojos ni arrepentirse por los actos más naturales.

Aun cuando Demian se mostraba exaltado, lo que era muy desacostumbrado en él, no demoró en sonreír y volver a su estado de serenidad.

Lo expresado por él, sin embargo, había dado en el blanco de todos mis problemas de la infancia, y había golpeado en el centro del misterio que me acosaba. Sus conceptos sobre Dios y el demonio, sobre aquel mundo oficialmente admitido, y el otro encubierto y solapado, equivalían con exactitud a mi concepción de los dos mundos, de las dos mitades; la luminosa y la sombría. Comprobar que mi conflicto era inherente al común de los hombres, a su existencia y su razón, fue una fuerza omnipotente que se alzó sobre mí, inundándome de un temeroso respeto. Entonces sentí que mi vida y mis interrogantes más secretos eran parte de ese oleaje, de ese movimiento continuo, de esa corriente eterna del pensamiento humano. Sin darme alegría, este descubrimiento me trajo sosiego. Y aunque me sentí embargado por una sensación áspera y amarga, entendí que estaba dando un paso adelante, que encaraba una responsabilidad nueva y el advenimiento de una gran soledad; que le decía adiós para siempre a mi infancia.

Por primera vez hablé de mi propio concepto de los "dos

mundos", y Demian comprendió que, en lo más recóndito, yo estaba de acuerdo con sus ideas. Pero él era incapaz de sacar ventaja de esto. Me oyó con sumo interés, mirándome en forma penetrante, y súbitamente me vi obligado a evitar su mirada. Ahí, en el fondo de sus ojos, había encontrado de nuevo aquella extraordinaria imagen de ser milenario, fuera del tiempo.

—Más adelante conversaremos más sobre este asunto —me dijo—. Tú piensas mucho más de lo que expresas. Sin embargo, aquello que piensas no lo vives realmente. Eso no está bien, porque las ideas adquieren valor cuando se convierten en vida. Hasta ahora has entendido perfectamente que el "mundo permitido" es nada más que la mitad, pero has tratado de no ver la otra mitad, de borrarla, igual que los religiosos. Esto es imposible que lo logres. Cuando se comienza a pensar, ya nadie puede lograrlo.

Sentí que me golpeaban sus palabras.

—¡Hay demasiadas cosas repulsivas, infames, degradantes, y eso no lo puedes negar! —exclamé—. ¡Es razonable que estén prohibidas y que renunciemos a ellas! Las depravaciones y el asesinato son una realidad, pero yo no tengo por qué participar de esta realidad y transformarme en un depravado o un asesino!

—No, por supuesto que no vas a estrangular a alguien, ni a violar a una muchacha, y nadie te dice que lo hagas. Lo que hay es que no has llegado aún a la etapa en la que aquilatarás el verdadero sentido de lo "permitido", y lo "prohibido". Conoces una parte de la verdad; el resto se te irá revelando más adelante. Desde hace algún tiempo ha brotado en ti un instinto que se cataloga entre lo "prohibido", en circunstancias que muchos

pueblos, entre ellos los griegos, le rendían culto. Actualmente te puedes acostar con una mujer si te casas con ella, pero hay otras civilizaciones en que se imponen costumbres diferentes. En consecuencia, cada cual tiene que hallar por sí solo lo que puede estarle "permitido" o "prohibido". Hay gente páfida que nunca comete actos "prohibidos". Al fin de cuentas, el problema es la comodidad. Ninguna persona exageradamente cómoda es capaz de convertirse en juez de sí misma. Para los cómodos es más fácil acatar vetos ya establecidos, y, al contrario, para el que conoce sus propias leyes, algo inofensivo para los demás puede resultarle "prohibido" y "permitido" aquello que los otros ven como inaceptable.

Al aproximarse la fecha de la Confirmación y el final de nuestra preparación religiosa, el sacerdote trató el tema de la Comunión al que le dio suma importancia, esmerándose en su interpretación. Así consiguió crear un clima de verdadera unión religiosa. Pero justamente entonces mi atención iba al encuentro de Demian y se centraba en su persona. Íntimamente yo no me disponía a ser confirmado como parte de la comunidad de la iglesia, sino de una orden que rendía culto a la inteligencia y que tenía a Demian por emisario.

Me esforcé por apartar de mi mente esa idea. Yo quería asistir a la ceremonia de mi Confirmación con el debido respeto y dignidad. Pero fue inútil. Al contrario, aquel pensamiento crecía e iba enlazándose la celebración religiosa, que terminó por convertirse en mi entrada solemne en ese mundo intelectual que Demian me revelaba, y en el que me admitía.

Por esos mismos días discutimos de nuevo, y sentí que mis conceptos, un tanto pretenciosos, molestaban a mi amigo.

—Las frases ingeniosas no valen nada y abusamos de ellas —aseveró—. Lo único que se consigue con eso es un alejamiento de sí mismo, y esto sí que es un pecado. Hay que ser como las tortugas y aprender a encerrarse dentro del propio caparazón.

Al principiar la clase, puse atención, y Demian no hizo nada para distraerme. No obstante, después de un rato, empezó a envolverse una sensación de frío, de soledad, que venía desde el puesto que él ocupaba a mi lado; como si el sitio hubiera quedado vacío. Esta sensación aumentó hasta llegar a angustiarme. Entonces me volví a mirar a Demian.

Estaba sentado en su lugar, muy erguido, como era habitual. Pero su aspecto era absolutamente distinto. Pensé que mantenía los ojos cerrados, y enseguida comprobé que los tenía abiertos; aunque eran ojos ciegos hacia el exterior, que no miraban ni veían nada; fijos y vueltos hacia adentro, perdidos en profundidades y lejanías, en lo hondo de sí mismo. Demian permanecía totalmente inmóvil, intensamente pálido, sin ni siquiera respirar; la boca y todos los rasgos parecían esculpidos en mármol o en piedra. Únicamente sus cabellos oscuros retenían algún destello vital, mientras las manos encima del pupitre, reposaban como objetos o descoloridas frutas, inanimadas, rotundamente quietas; no obstante, su actitud no era inerte y blanda, sino firme y dura, protectora de aquellos ámbitos incommensurables de su vida interior.

Pensé que estaba muerto, aunque intuía que no era así. Sobrecojido, observé detenidamente esa máscara pétrea y comprendí que éste era el Demian auténtico. Mi amigo, el que conversaba conmigo, y me guiaba y sonreía, era la mitad de Demian. El verdadero, el total, era éste: de piedra y hielo,

hermoso y primordial, extinguido y pleno de fuerza inaudita: empapado en un silencio espeso, hundido en su espacio sideral, en una envoltura de eternidad y muerte.

“Se encuentra íntegramente recogido en sí mismo”, pensé. Y temblé al comprobar que jamás me había hallado tan desamparadamente solo.

Luego, me pareció increíble que nadie más reparara en Demian ni temblara ante su presencia. El continuaba inmutable como una estatua, o más exactamente como un ídolo. Una mosca revoloteó sobre sus ojos y recorrió su nariz y sus labios, pero no hubo ni la más mínima contracción en su rostro.

¿En qué lugar se encontraba en esos instantes Demian? ¿Qué sentía? ¿Qué pensaba? ¿Era por los laberintos del infierno o del paraíso donde se perdían sus pasos?

Cuando al terminar la clase lo observé revivir, y nuestras miradas se encontraron, era el de siempre, con aspecto levemente cansado. Sus manos recobraban el movimiento y su rostro el color. Sólo su cabello parecía opaco. ¿De qué país misterioso regresaba? No pude formular ninguna pregunta.

Al día siguiente, solo en mi dormitorio, me senté en una silla manteniendo el cuerpo rígido y traté de no hacer el menor movimiento y de fijar la vista en un punto; de concentrarme y aislarme de los ruidos y de cuanto pudiera ocurrir en torno de mí. Pero el experimento no me dio ni el menor resultado positivo. Lo único que logré fue que me ardieran los ojos y que me sintiera muy cansado.

La Confirmación se realizó inmediatamente después y no me dejó recuerdos importantes. Luego, todo sufrió una transformación. Mis hermanas me parecían ajenas y des-

conocidas, y noté que mis padres no conseguían disimular cierta turbación al dirigirse a mí. La infancia se desplomó a mi alrededor. Mis habituales sentimientos y alegrías carecían de fuerza y daban paso a un vago desencanto; los aromas del querido jardín habían perdido su intensidad y el bosque ya no tenía misterio. El mundo que me rodeaba se convirtió en una colección de objetos en desuso, incoloro y desabrido; los libros disminuyeron a la dimensión de papeles y la música se desparramó en ruidos. No es otro el proceso del árbol que se despoja de sus hojas en el otoño, sin sentirlo. La escarcha, el sol, la lluvia, se escurren por su tronco, en tanto que la vida se encoge y se cobija en lo más oculto. El árbol no muere. Espera.

Para el término de las vacaciones, cuando se iniciara el nuevo período escolar, mis padres determinaron que ingresara a otro colegio, lo que me significaría partir lejos de mi hogar por primera vez.

Anticipándose a la despedida, mi madre me colmaba de ternura, esmerándose por dejar dentro de mí caudales de amor, de nostalgias y recuerdos.

Entretanto, Demian se fue de viaje. Yo quedé solo.

4

BEATRICE

No volví a ver a Demian antes de partir hacia la ciudad donde iba a continuar mis estudios. Mis padres me acompañaron hasta allá, dejándome, después de múltiples recomendaciones y advertencias, en una pensión para estudiantes, que dirigía un profesor del Instituto al que yo ingresaría. De haber imaginado los caminos que se abrirían ante mí, se hubieran sobrecogido de miedo; pero no tuvieron la menor sospecha.

Todavía mi dilema principal era si llegaría a convertirme en un hombre útil y respetable, en un buen hijo, o si mi naturaleza me arrastraría por sendas desconocidas y peligrosas. Mi intento final por alcanzar la felicidad, dentro del espíritu y los moldes del hogar paterno, había fracasado.

La soledad, el desconcertante vacío que experimenté en las vacaciones que precedieron a la Confirmación, no desaparecía con rapidez, y por consiguiente, la despedida del hogar no se me hizo difícil. Más bien no me significó ningún sacrificio, y mi indiferencia me avergonzó. Mientras mis hermanas lloraban en forma exagerada, yo estaba sorprendido de no poder hacerlo. En el fondo, hasta entonces había sido un muchacho bueno, sentimental, y ahora era otro. Experimentaba el más completo desapego por el mundo exterior, y sólo me interesaba escuchar dentro de mí, percibir las subterráneas corrientes que me agitaban. En los últimos seis meses había crecido mucho; mi figura era alta y desgarrada, y en ella quedaba muy poco de

la gracia y el encanto del niño. Yo me encontraba físicamente desagradable y estaba convencido de que nadie podría amarme jamás. A menudo echaba intensamente de menos a Demian, y en otras ocasiones lo culpaba por el desmedro de mi existencia, que me agobiaba igual que una enfermedad dolorosa.

En la pensión escolar tampoco motivé simpatías ni afectos. Al comienzo fui objeto de bromas pesadas de mis compañeros, que pronto me dejaron de lado, calificándome de hipócrita, apático y extravagante. Me entregué a la representación de este papel, amurallándome en el aislamiento, que podía confundirse con un varonil desprecio por la vida social. Por dentro, en cambio, sufría verdaderos ataques de melancolía y depresión. En lo concerniente a mis estudios, dado que mi curso actual no superaba los conocimientos adquiridos en el colegio anterior, pude arreglármelas con éstos, y me habitué a dirigirme a mis compañeros como si fueran niños, mirándolos en forma despectiva.

Nada varió durante más de un año. Llegaron otras vacaciones que fui a pasar a mi casa, y que tampoco me significaron nada especial en ningún aspecto. Regresé casi sin pecar al Instituto.

Al principiar noviembre había tomado el hábito de dar largos paseos solitarios, con buen o mal tiempo. Eran caminatas durante las que meditaba, paladeando un raro placer encontrado en la nostalgia y el desapego del mundo. En ese estado de ánimo vagaba aquel atardecer por un parque público, en los extramuros de la ciudad. La ancha avenida se hallaba desierta, y el suelo se hundía bajo una gruesa alfombra de hojas amarillas en las que mis pies desaparecían. Un aroma denso, voluptuoso, a tierra húmeda, me impregnaba. Entre la

neblina, los árboles flotaban espectrales, alargando sus ramas desnudas. Al final de la avenida me detuve y aspiré con deleite ese perfume amargo de ocaso, de vida marchita y declinante, que sentía dentro de mí.

Alguien con una capa agitada por el viento, surgió entonces de un camino lateral, y me llamó:

—Sinclair...! ¡Eh, Sinclair!

Cuando se aproximó lo reconocí. Era Alfonso Beck, el mayor de los que vivíamos en pensión, y también el más grande y fornido. A mí me resultaba simpático. Era el héroe de variados rumores escolares y se decía que dominaba al director.

—¿En qué andas? —preguntó con amabilidad—. ¡No, no me digas! Apuesto a que estás componiendo versos.

—¡Jamás! —exclamé, categórico.

Beck se largó a reír y siguió caminando junto a mí.

—No creas que yo no comprendo la poesía, Sinclair. Siempre que uno se pasea así, al atardecer, entre la niebla, respirando el otoño, cae en la tentación de hacer versos. Por supuesto, poemas que hablan de la naturaleza que agoniza y la juventud que se va. Basta recordar a Heine.

—Yo estoy lejos de ser tan sentimental —repliqué, defendiéndome aún.

—Da lo mismo —admitió, sonriente—. ¿Sabes qué es lo mejor que uno puede hacer con este tiempo? Encontrar un lugar tibio y tomar un vaso de vino. ¿Te gustaría venir conmigo? Si eres un niño modelo, te anticipo que no me interesa pervertirte.

Al poco rato nos hallábamos instalados en una pequeña taberna, bebiendo un vino de dudosa calidad y entrechocando los toscos vasos de vidrio. Yo no estaba acostumbrado a beber

y rápidamente me puse locuaz. Sin darme cuenta, abría las puertas, dejando que la luz de afuera iluminara mi resguardada intimidad. Hacía mucho tiempo que no me comunicaba con nadie, que no conversaba, y me lancé como caballo desbocado en la carrera de hilvanar pensamientos y fantasías. Así, sin saber cómo, brotó la historia de Caín.

Alfonso Beck me oía con evidente atención y agrado. Palmoreándome un hombro, me aseguró que yo era un “muchacho genial”, y entonces sentí que volvía a entregar algo, que se desanudaban todos mis constreñidos anhelos de comunicación, y que mis ideas resurgían de miles de surtidores audaces, alumbrados con el fuego del ingenio. Tuve la impresión de que nos comprendíamos plenamente al hablar tanto de alumnos como de profesores, como de los griegos y el paganismo. También Beck insistió en que le contara mis experiencias amorosas, pero yo no tenía nada que contar. En ese aspecto, todo lo que había vivido era obra de mi imaginación, sueños que ardían en mi mente.

Beck sí que sabía sobre mujeres. Yo escuché sus historias conteniendo la respiración, enajenado. Así me enteré de que las jovencitas sólo querían ser cortejadas y que se conseguía muchísimo más de las mujeres mayores. Según Alfonso Beck, que con sus dieciocho años poseía una vasta experiencia, las casadas eran más inteligentes y sabias. La señora Jaggelt, por ejemplo, la dueña de la librería; varios volúmenes no bastaban para narrar todo lo que había pasado detrás de su mostrador. Aunque yo sentía que no podría desear a la señora Jaggelt, seguía oyendo a Beck, encandilado. No obstante, existía en esas historias un resabio a vulgaridad que distaba mucho de lo que, a mi juicio, debía ofrecer y dejar el amor.

Poco a poco la conversación había ido decayendo, hasta llegar a un nivel muy poco culto, y yo no era ya el "muchacho genial" del principio, sino apenas un chiquillo asombrado que escuchaba a un hombre contar sus intimidades. Pero así y todo, aquellos momentos resultaban gratísimos, comparados con la aridez en que yo vivía desde hacía largo tiempo. Además, por espíritu de rebeldía, sentía la satisfacción de entender que cuanto estaba haciendo, desde encontrarme bebiendo en aquella taberna hasta el tema al que habíamos descendido, era prohibido, terminantemente prohibido.

Muy tarde regresamos a nuestra pensión. Yo me tambaleaba bajo la luz débil de los faroles, en medio del frío y la humedad de la noche. Por primera vez en mi vida iba borracho. Experimentaba una sensación muy desagradable, a la vez que saboreaba el atractivo de la rebelión. Entre burlas y engaños, Alfonso Beck me ayudó a que entráramos por una ventana y me llevó casi en brazos a mi cuarto.

Cuando desperté, después de un sueño corto y pesado, y me incorporé en la cama, descubrí que aún tenía puesta la camisa del día anterior, y que mis zapatos y el resto de mi ropa se hallaban desparrramados por la habitación. Respiré un repugnante hedor a vómitos y a tabaco. Me dolía la cabeza, tenía la boca y la garganta resacas, y una sed quemante. Una tristeza profunda me invadió de golpe. De mi memoria brotaron imágenes con las que no me enfrentaba desde hacía tiempo. Volví a ver mi ciudad, nuestra casa, a mis padres y a mis hermanas; volví a contemplar mi jardín, mi dormitorio confortable y tibio, mi antiguo colegio y la plaza; estuve otra vez en la sala de clases durante los cursos de religión; reen-

conté a Demian. Todo aquello era transparente y empapado de luz, immaculado y perfecto, y había sido mío. Hoy ya no me pertenecía. El inmenso amor de mis padres, las caricias, la ternura, las mañanas de los domingos, las Navidades, las flores, los juguetes... ¡todo se había roto en mil pedazos! ¡Yo lo había pisoteado y destruido! Y si en ese momento hubiesen venido a arrearme por sacrilegio y descastado, lo habría considerado justo.

¡Esto era yo: esta basura! ¡Yo, que desdénaba a los demás! ¡Yo, que me jactaba de los poderes intelectuales y creía haber penetrado en los pensamientos de Demian! ¡Yo, que me deslizaba por ámbitos delicados y prístinos, que me deleitaba con la poesía más exquisita, que me exasaba con la música de Bach! ¡Esto era: un borracho grosero y sucio! Con furia y repulsión, evocé el sonido de mi risa de ebrio, que resbalaba de mis labios, estridente y torpe.

Sin embargo, aquel sufrimiento y aquel desprecio por mí mismo, contradictoriamente, me producían una satisfacción. Ese estado casi vegetal en que vivía se prolongaba ya demasiado, y mi corazón empujé hacia el seco, renovaba sus latidos gracias a este torrente de furia y dolor que me estremecía. Perplejo, vislumbé que detrás de ese estado miserable, podía existir una brecha, una puerta de escape.

Después de aquella borrachera vinieron otras, en cadena. Para alguien que me mirara objetivamente, mi caída era vertiginosa. Entre los alumnos del Instituto, eran numerosos los que gastaban sus noches en faras y otras diversiones no recomendables, y, pese a que yo era de los menores, fui aceptado en ese grupo. Rápidamente me convertí en un cliente asiduo

de las tabernas, integrándome, una vez más, al "otro" mundo, sórdido y tenebroso, en el que alcanzaba popularidad. Pero mi desconcierto aumentaba y subsistía ocultando mi angustia interna, en tanto que me vanagloriaba de mi cinismo y mi descaro. Un domingo por la mañana, a la salida de un tugurio, no pude contener las lágrimas ante unos niños que jugaban en la vereda, recién bañados y peinados, vestidos con sus limpios trajes domingueros, tan semejantes a lo que yo había sido. El respeto y la nostalgia por todo aquello de lo que aparentemente me burlaba, continuaban vivos en lo más hondo de mi alma.

En medio del permanente jolgorio en que nos desenvolvíamos con mis compañeros, yo seguía desesperadamente solo. Entre ellos tenía fama de ser un libertino, irreverente, con mucho ingenio para menoscar a los profesores, a la familia y hasta la religión. Tampoco me quedaba al margen cuando se ventaban algunos relatos decididamente obscenos. Lo que jamás hacía era plegarme a los otros cuando salían a conquistar muchachas. Y si en la calle o en los parques contemplaba a algunas niñas graciosas y alegres, me parecían imágenes creadas por mi fantasía, demasiado perfectas e inalcanzables para mí. En lo más secreto de mi alma yo guardaba inagotables ansias de amor, y en este aspecto era recatado en extremo. No me atrevía, por ejemplo, a entrar en la librería de la señora Jaggelt, y si la veía, casualmente, enrojecía al recordar las cosas que sabía de ella.

Creo que lo que más echaba de menos, en aquel período, era un amigo. Entre mis condiscípulos había dos o tres que me parecían talentosos y dignos de interés, pero ellos me evitaban. Perteneían al círculo de los jóvenes estudiosos y prudentes, y mi desvergüenza era demasiado comentada. Los profesores habían

elevado varias quejas sobre mi comportamiento y mi expulsión del Instituto era algo que todos aguardaban. Yo también, considerando que ya no era un buen alumno, y que la situación en la que me había colocado mi mala conducta no podía prolongarse.

Para conducirnos a nosotros mismos, Dios puede llevarnos por diversos caminos. El mío, en esa etapa, fue una callejuela sucia, un mal sueño, en el que aún puedo verme, enajenado, arrastrándome entre pantanos y basura. Fue un proceso innoble, por el que tuve que atravesar corriendo el riesgo de quedar deteriorado definitivamente, pero gracias al que conseguí cerrar una puerta, levantar un muro entre el paraiso de mi infancia y yo, y asomarme al despertar de la nostalgia de mí mismo.

Cuando mi padre, alarmado por las cartas del director de la pensión y las comunicaciones del Instituto, llegó inesperadamente, me asusté. Pero cuando repitió la visita, a fines de ese invierno, se estrelló con mi desfachatez y mi indolencia. Fueron tan inútiles sus reproches como invocar el sufrimiento de mi madre. Al final se descontroló y me amenazó con internarme en un reformatorio. Al verlo partir sentí compasión. No había descubierto ni el menor resquicio por donde aproximarse a mí.

Y seguí sosteniéndome sobre un terreno movedizo, utilizando las borracheras, los escándalos en la taberna y la autodestrucción como mi forma de protesta y rebeldía.

Ese año resultaron tristes las vacaciones de Navidad. Yo había crecido más, y mi rostro pálido y demacrado mostraba sobre el labio superior un atisbo de bigote. Además usaba anteojos. Mi aspecto era extraño y un poco ridículo, y mis hermanas, al verme, principiaron a intercambiar risitas y secretos. La Nochebuena tampoco fue apacible. Tuve una enojosa con-

versación con mi padre, y me resultó fastidioso saludar a los familiares que vinieron a darnos sus deseos de felicidad. Igual que en años anteriores, mi padre nos leyó el Evangelio de "los pastores que cuidan a sus rebaños", pero su voz sonaba lenta y áspera, y su rostro se veía notoriamente envejecido. El pesebre y el árbol de Navidad representaban momentos pasados, y hasta los pasteles y las tortas, y todo lo dulce, que olía a dulce, exhalaban recuerdos dulces cuyo sabor era amargo.

Así prosiguió el invierno, y experimenté cierto indefinible rencor por Max Demian. No lo había vuelto a ver, aunque le escribí numerosas cartas que quedaron sin respuesta.

Y fue en aquel parque, el mismo en el que un año antes había tropezado con Alfonso Beck, donde ahora, cuando los setos principiaban a volverse intensamente verdes y los arbores florecían anunciando la primavera, yo encontré a la única niña que me atrajo apenas la vi. Era muy alta, delgada, vestía con elegancia, y su rostro era semejante al de un muchacho; despejado, inteligente y gracioso. Me encantó, y empezó a ocupar mi imaginación y a despertar mi fantasía.

Jamás me había atrevido a presentarme a una joven y tampoco lo hice en esta oportunidad, aunque me impactó. Sentirme enamorado de ella fue muy importante. La bauticé como Beatrice. Pese a que aún no había leído a Dante, el nombre me era familiar por una pintura inglesa, de la que tenía una reproducción: una figura prerrafaelista, de cabeza alargada y rasgos finos y espirituales. Mi bella Beatrice no era idéntica, pero poseía la espiritualidad y esa esbeltez un tanto masculina. Jamás conversé con Beatrice. Sin embargo ejerció una poderosa influencia sobre mí. Su sola presencia me abrió una

especie de santuario, del que me transformé en devoto. De un día para otro abandoné la vida desenfrenada de las tabernas. Me recogí entonces en mi soledad, recuperando la afición por las largas caminatas y la lectura.

Aunque esta inopinada transformación motivó risas y sarcasmos de mis compañeros, nada consiguió hacerme variar de conducta. Tenía un ideal y me sentía invadido por presagios de un nuevo y misterioso amanecer. Volví a hallarme a mí mismo, a saberme mi propio dueño. Nuevamente me esforzaba por edificar un "mundo luminoso" sobre las cenizas de una etapa de mi existencia que se había desintegrado, comencé a vivir sólo con el afán de exterminar la maldad y las penumbras que subsistían dentro de mí, y entregarme plenamente a la luz. Lo más importante era que este "mundo luminoso" no equivalía a cobjarme en el regazo materno, ni en una seguridad gratuita; no, éste era creado por mí, por un sentido de disciplina y obediencia. Nada turbio ni escabroso me atormentaría ya; desaparecerían las noches de insomnio, los latidos desordenados del corazón ante ciertas figuras impúdicas o los murmullos al otro lado de una puerta prohibida; se apagaría la lujuria. Todo esto fue reemplazado, en aras de Beatrice, por la grandeza espiritual y la pureza.

Esta veneración a Beatrice originó una metamorfosis absoluta de mi vida. El joven libertino se volvió devoto ferviente de un culto, con aspiraciones de santidad. El vuelco fue tan radical que mis hábitos variaron drásticamente. Mis mañanas se iniciaban con duchas frías y aprendí a caminar muy erguido, con paso controlado; a expresarme, en todo momento, con gran corrección; a vestirme de manera cuidadosa. Esto debe haber

parecido risible a los que me observaban. Para mí respondía al firme propósito de purificar y enaltecer todos mis actos.

Entre las actividades con las que intenté dar salida a mi nuevo ánimo, la pintura fue la más importante. La necesidad de pintar nació porque la Beatrice de la reproducción inglesa no era bastante parecida a "mi Beatrice". Así es que decreté realizar el retrato con mis manos. Pleno de entusiasmo desconocido, adquirí colores, lápices, tela y pinceles, y me entregué a mi tarea. Antes de comenzar con Beatrice, ensayé con otros temas, como paisajes imaginarios, flores y diversos juegos en los que participaba entusiasmado con mi caja repleta de tubitos multicolores.

Los primeros intentos del retrato fracasaron. Mientras más confiaba en que podría reproducir los rasgos de Beatrice, más lejos estaba de conseguirlo. Un día renuncié y me decidí a pintar un rostro cualquiera. El resultado me dejó satisfecho; de inmediato me puse a trabajar en otro cuadro, dejándome guiar por mi invención. El resultado fue una cara de facciones idealizadas, casi un ensueño, que me pareció muy atrayente. Proseguí ensayando, una y otra vez, comprobando que me aproximaba al tipo buscado, aunque no al modelo original.

Me fui habituando, de este modo, a utilizar un pincel independiente de mi voluntad, mágico, que hacía aflorar figuras de mi inconsciente. Por cierto, no era Beatrice. Se aproximaba más a la cabeza de un muchacho, y sus cabellos no eran rubios sino castaños oscuros con reflejos rojizos. La boca era aterciopelada y roja como una flor, y contrastaba violentamente con la energía y la dureza del mentón. Había algo de ídolo en este rostro; algo que transmitía experiencias y escondía misterios.

Al contemplar el cuadro, después que lo terminé, quedé fuertemente impresionado. Se trataba de una máscara ritual, mitad masculina y mitad femenina, sin edad, enigmática y dominante, ocultamente viva en su aparente dureza y rigidez. Aquellos rasgos me comunicaban y me exigían cosas que yo no podía descifrar, y se parecía notoriamente a alguien, pero yo no sabía a quién.

Este retrato avasalló mi pensamiento y se adueñó de mi existencia. Lo escondí en un cajón de mi escritorio, para que nadie lo viera. Sin embargo, estando solo en mi habitación, sostenía largas conversaciones con él. Por las noches lo colocaba frente a mi cama para contemplarlo hasta quedarme dormido, y al despertar le dirigía mi primera mirada.

En aquel período comencé a soñar de nuevo, igual que en mi infancia. Pero los sueños regresaron renovados, con otras imágenes, entre las que se presentaba el retrato, vivo, amigable o agresivo, en algunos instantes deformado por una contorsión desagradable, o extremadamente hermoso, deslumbrante de armonía y nobleza.

Una mañana desperté de uno de mis sueños y creí identificarlo. Su expresión me era familiar; daba la sensación de estar me llamando y aguardando desde años siderales. Mi corazón golpeó con fuerza cuando salté de la cama y corrí a examinarlo, mirándolo rectamente a los ojos; aquellos ojos verde-musgo, muy fijos, con las pupilas dilatadas, de los cuales el derecho quedaba apenas perceptiblemente más arriba que el izquierdo. Sorpresivamente, ese ojo derecho tuvo un sutil estremecimiento, luego parpadeó. Y fue ese leve parpadeo el que me lo mostró en su verdadera dimensión: ¡era el rostro de Demian!

Al iniciarse el verano, durante un atardecer en que el sol antes de esconderse caía en diagonal por la ventana, y la habitación se iba poblando de sombras, inventé sujetar el retrato al marco de la ventana. Observé entonces cómo lo atravesaban las luces del crepúsculo: primero se esfumaron los contornos del rostro y quedaron los ojos, circundados por un rojo fulgor; luego, la boca ardió como una llamarada; por último, la frente resplandeció con un destello final, deslumbrante. Permanecí un rato largo delante de la pintura, aun después que la penumbra avanzó inundando los rincones, y percibí que ese retrato no correspondía ni a Beatrice ni a Demian. No, aquél era un autorretrato, aunque no se me pareciera en mi aspecto exterior. Era yo íntimamente, en lo más secreto: eran mis dioses y mis demonios.

Si alguna vez volvía a tener un amigo, sería así, y también así sería la mujer amada si lograba encontrarla. Mi vida y mi muerte serían así. Este era el rostro de mi destino.

Fue precisamente en aquella primavera cuando leí un libro que, con excepción de las obras de Nietzsche, es el que más me ha impactado en mi vida. Era un tomo de Novalis, con sentencias y cartas. Aunque no lo entendí profundamente, me causó fascinación, y escribí, al pie del retrato, una de esas sentencias: Destino y espíritu son nombres de un solo concepto. La había entendido.

Muy seguido me solía tropezar con Beatrice. Ya no me emocionaba verla. "Te hallas ligada a mí; no por ti sino por ese retrato, que te convierte en parte de mi destino", le decía con el pensamiento.

La nostalgia de Demian retornó con insistencia. En esos años lo había visto una sola vez, en las vacaciones. Fue antes

de Beatrice. Yo paseaba aburrido por mi ciudad, jugando con mi bastón y observando con insolencia a los "despreciables burgueses", cuando me encontré con mi amigo. Esperé a que yo lo saludara; después me estrechó la mano con un apretón firme, amistoso, viril y, a la vez, inexplicablemente distante.

—Estás mucho más alto, Sinclair —anotó.

En él no existía ni el menor cambio. Era tan joven y tan maduro como antes. Dimos un paseo conversando sobre temas insustanciales, sin ni siquiera rozar el pasado. Lo invité a una taberna y, con mi habitual descaro, pedí una botella de vino. Brindé por él, vaciando mi copa.

—¿Andas mucho por estos lugares? —me preguntó.

—Y qué otra cosa puede hacer uno! —contesté—. Es lo único divertido.

—¿Tú crees? Sí, la exaltación báquica tiene belleza, pero esa exaltación murió entre la gente que deambula por las tabernas y los cafés. Aplaudo una noche de orgía, bajo la luz de las antorchas, pero angulosarse sentado a una mesa, tragando copa tras copa, no lo comprendo. No puedo imaginarme a Fausto inmovilizado una y otra noche en una terrilla de café.

—¡No todos podemos ser Fausto! —exclamé molesto.

Demian tuvo un segundo de desconcierto, pero enseguida se largó a reír, mostrándome su superioridad.

—¡No te alteres y no discutas! La vida de un libertino debe ser más intensa que la de un buen burgués. Por otra parte, ser un desfachado sinvergüenza es la más infalible preparación para el misticismo. Basta leer a San Agustín.

—¡Lo mejor es que cada uno haga lo que mejor le parezca! —contesté—. Personalmente, no me intereso por ser santo.

—Querido Sinclair, yo no pretendo decirte cosas desagradables —aseveró Demian—. Por otra parte, ni tú ni yo sabemos cuál es la finalidad por la que bebes. Pero hay alguien en el fondo de ti, alguien que va tejiendo y anudando tu vida, alguien del que hay que tener conciencia, que sí lo sabe todo, lo reclama todo y lo realiza todo. Discúlpame, debo regresar a mi casa.

Se marchó. Yo me quedé en la taberna bebiendo solo el resto de la botella, molesto y resentido. En el momento de pedir la cuenta, supe que Demian ya la había pagado.

Detenido ahora en aquel encuentro, subían hasta la superficie de mi memoria esas palabras: “Alguien del que hay que tener conciencia, que sí lo sabe todo, lo reclama todo y lo realiza todo”.

Mi necesidad de conectarme con Demian aumentaba. Suponía que estaba en alguna universidad y que había dejado la ciudad al finalizar los años escolares. Vino la noche y yo seguí evocando cada acercamiento, cada situación. Lo último que recordé fue el primero de nuestros encuentros. ¿Cuál fue el tema que nos aproximó en aquella oportunidad? Demian se había referido al escudo que sobresalía en el portón de nuestro zaguán...

Aquella noche tuve una pesadilla con Demian y el escudo. Este variaba de forma y tamaño; en ciertos instantes era grande y abigarrado, y de pronto perdía el color y se empequeñecía. Demian lo sostenía en sus manos y me aseguraba que era siempre uno y el mismo, y luego me impulsaba a tragármelo. Yo obedecía, y al hacerlo experimentaba pavor. El pájaro heráldico revivía dentro de mí y me devoraba las entrañas.

Desperté temblando, aterrado, y escuché llover. Al levantarme para cerrar la ventana, tropecé con algo en el suelo. Era el

retrato que estaba arrugado y húmedo. Lo coloqué entre papeles secantes, aplastado por libros. Unos días más tarde lo saqué del lugar donde lo tenía, y lo encontré totalmente restaurado. Pero había experimentado un cambio: la boca era mucho más fina y ya no tenía el color rojo; era exactamente la boca de Demian.

Esa mañana decidí dibujar el pájaro del escudo. No conservaba un recuerdo muy nítido, y ni aún teniéndolo a mi lado habría podido reproducir muchos detalles imprecisos, borrados por el tiempo, e innumerables veces refaccionados. Creí acordarme de que se encontraba sobre un nido, o un cesto, en la copa de un árbol, pero realmente no me interesó. Me entregué a pintar todo lo que evocaba nítidamente, y luego, empujado por un ímpetu indefinible, fui empleando sólo colores fuertes. Terminé el cuadro en muy pocos días. El pájaro era un ave de rapiña con una cabeza de gavilán, a la que di un tono de oro encendido. La mitad del cuerpo la tenía en el interior de un globo terráqueo, del que emergía como de un gigantesco huevo, sobre un fondo azul claro y brillante. Lo observé con atención: sí, era el del sueño.

Sentí que me era muy difícil escribirle a Demian aunque conociera su actual dirección. Así es que, dejándome conducir por la intuición que ordenaba la mayoría de mis actos, recorté los bordes de la pintura, la metí en un sobre grande, y, sin escribir ni siquiera mi nombre, la eché al correo, colocando sólo las señas del antiguo domicilio de Demian, en mi ciudad.

Las fechas de los exámenes se acercaban; estaba urgido a estudiar mucho. Al mejorar mi comportamiento y dejar la vida censurable, los profesores empezaron a tratarme con afabilidad. Ya nadie se acordaba de que había estado al borde de ser expulsado del Instituto.

tizábamos, debíamos leer a Heródoto. Esta lectura me atraía, pero en ese momento no conseguí retener mi atención. Con el libro abierto ante mí, seguí hundido en mis cavilaciones. En diversas oportunidades había obedecido las instrucciones de Demian, sumergiéndome en mis propias reflexiones, y, en efecto, el profesor no se ocupaba de mí. Igualmente me daba resultados mirar fijamente a los ojos, cosa que antes, en los tiempos de mi amistad con Demian, nunca conseguí. En cambio ahora tenía cierta experiencia de que con el pensamiento y la mirada se lograba mucho.

Esa mañana me encontraba muy ajeno a Heródoto y al Instituto, cuando, sorprendentemente, la voz del profesor horadó como un rayo en mi conciencia. Creía que decía mi nombre, pero me equivocaba, no se había fijado en mí. Alcancé a respirar, y escuché de nuevo. Pronunciaba muy claramente una palabra: Abraxas.

Luego continuó con una disertación cuyo principio yo no había oído: "La Antigüedad no poseía un concepto de la ciencia en el sentido actual. En cambio había una gran actividad en el terreno de las verdades filosófico-místicas. En parte, esto degeneró en magia y superficialidad, pero también la magia tuvo un origen noble y pensamientos profundos, como en la doctrina de Abraxas, que hace un momento mencioné como ejemplo. En varias fórmulas mágicas de la antigua Grecia se cita a Abraxas, y a menudo se le toma como el nombre de un hechicero. Sin embargo, pareciera ser que Abraxas es mucho más importante, ya que otras hipótesis lo señalan como el dios encargado de la función simbólica de unir lo divino y lo demoníaco."

Aquellas palabras retumbaron dentro de mí como un eco: "Unir lo divino y lo demoníaco". Gracias a mis conversaciones

con Demian, ese concepto no me era desconocido. Era justamente lo que él sostenía: unir las dos mitades, los dos mundos separados, y adorar a un dios que fuera simultáneamente demonio. Este era Abraxas, que aunaba en sí al demonio y a Dios.

Con verdadero tesón me empecé a saber más sobre Abraxas. Llegué a revolver una biblioteca buscando datos. Sin embargo, no avancé ni llegué a nada.

Entretanto, la singular vida de sonámbulo que yo llevaba, enclaustrado en mí mismo, tuvo otro vuelco. Sin buscarlo, floreció en mí el deseo del amor. Y el instinto sexual, adormecido mediante la adoración a Beatrice, estalló, exigiendo nuevas imágenes y caminos. Nuevamente comencé a soñar, en el día más que por la noche. Ideas, deseos, fantasías, surgían apartándose del mundo exterior, a tal punto que estos sueños conformaban una realidad más vital que la del mundo verdadero.

Cierto sueño, o fantasía, recurrente llegó a tener un importantísimo significado para mí. Este sueño es el más insistente, el más perdurable de cuantos he soñado. Regresaba a mi casa, en mi ciudad, y veía sobre el portón del zaguán el pájaro con su cabeza de oro, fulgurando sobre el fondo azul. Mi madre salía a encontrarme, pero en el momento en que nos íbamos a abrazar, descubría que no era ella. Era alta, majestuosa, muy parecida a Max Demian y al retrato que yo había realizado. Sin embargo, su porte y su arrogancia no disminuían su femineidad. Esta mujer me atraía, y nos estrechábamos en un abrazo ardiente, amoroso, apasionado; un abrazo que me causaba placer y miedo; un abrazo en que se confundían un culto divino y un delito. La persona que me abrazaba unía a mi madre y a Demian en una sola raíz, y el abrazo atentaba

contra lo respetable, pero me llenaba de felicidad. Así despertaba colmado de dicha, exultante, o enfermo de remordimientos.

Lentamente se fue estableciendo el enlace entre el sueño y el mensaje sobre Abraxas. En mi sueño yo invocaba a Abraxas: unión de placer y miedo, hombre y mujer entremezclados, y lo sagrado y lo abyecto, la inocencia y la culpa. Descubrí, entonces, que el amor no era la adoración piadosa a una Beatrice, ni un desenfrenado instinto sexual. Eran esas y muchas cosas más: demonios y ángeles, hombre y mujer en uno, animal y hombre, bondad ilimitada y maldad profunda. Sentía que debía vivir todo eso, probarlo.

Sobre mi labio superior crecía ya un bigote y la barba naciente oscurecía mis mejillas. Era un hombre y en la próxima primavera tendría que ingresar a la Universidad. Pero ignoraba en cuál ni en qué facultad; lo único claro, en mí, era mi sueño y esa voz interior que sentía el deber de seguir. Estaba totalmente desconcertado. Aunque podía resolver problemas de trigonometría y leer a Platón, no conseguía proyectar hacia fuera mi finalidad, siempre velada dentro de mí. Observaba a mis compañeros; todos sabían que deseaban ser médicos o abogados, profesores o artistas, el tiempo que demorarían en lograr su meta, las ventajitas que ello les depararía y las dificultades que necesitarían vencer. Yo no. Probablemente tendría que buscar a ciegas durante muchos años, dándome vueltas en círculos, sin arribar a ninguna parte. O quizás alcanzaría un fin peligroso y maléfico. Sólo anhelaba vivir lo que brotaba desde lo más profundo de mí mismo. ¿Por qué me resultaba tan difícil?

Realicé numerosas tentativas de pintar a la majestuosa mu-
jer de mi sueño, pero jamás lo conseguí. Si lo hubiera hecho,

le habría enviado el retrato a Demian. ¿A qué lugar? No lo sabía, ni tampoco cuándo volvería a encontrarlo. Sólo tenía la seguridad de que nos hallábamos muy unidos.

Era inútil que añorara aquella paz en la que me había refugiado bajo la influencia de Beatrice. Vivía ahora como un enajenado, entre una espera incesante y un volcán de deseos insatisfechos. La imagen amada de mis sueños aparecía delante de mí con tanta precisión y claridad, como si hubiera sido un ser real. Yo le hablaba entonces, y la insultaba llorando; o me arrodiaba ante ella, y era mi madre; o se convertía en mi amante y recibía su beso ávido y saciante, que lo colmaba todo. La llamaba demonio y prostituta; me provocaba raudales de amor y ternura, y las más desvergonzadas y atroces obscenidades. Para ella nada era demasiado bueno y maravilloso, ni demasiado vil y depravado.

*

Una tormenta interior me agitó durante todo ese invierno. Compartía mi soledad, a la que ya estaba habituado, con Demian, con el gavilán simbólico y con la amante de mi sueño. Mi vida se llenaba con ellos y sentía que me impulsaban hacia Abraxas. Pero yo no gobernaba mis sueños o mis pensamientos. Eran éstos los que se apoderaban de mí, los que me vivían.

Contra el mundo exterior estaba bien protegido. Los hombres no me provocaban ningún temor, y mis compañeros, que lo adivinaban, me demostraban un respeto que me causaba un poco de risa. Bastaba que lo quisiera para penetrar en sus preocupaciones más íntimas, dejándolos llenos de asombro. Sin embargo, eran escasas las ocasiones en que me prestaba

a esas experiencias, ya que estaba siempre atareado conmigo mismo. No obstante, tenía ansias de vivir, de entregar algo de mí al mundo, de relacionarme y batallar con él. Al vagar por las calles, cuando el desasosiego me impedía regresar a la pensión antes de medianoche, solía creer que ella, la mujer amada, vendría a mi encuentro, y que la hallaría al doblar la esquina, o me llamaría desde lo alto de un balcón. A veces me sentía tan agobiado por esta situación, que tenía no resistir más y terminar con mi existencia.

Durante estas caminatas por la ciudad, al pasar por una iglesia en las afueras, había oído música de órgano. En esta oportunidad me detuve, y al reconocer un coral de Bach, me acerqué con la intención de entrar. La puerta se encontraba cerrada, pero como la callejuela estaba desierta, me senté en uno de los salientes laterales del edificio, subí el cuello de mi abrigo, y me quedé escuchando. Aunque el órgano no era muy potente, la persona que tocaba transmitía una fuerza espiritual, una hondura mística, que sonaba como una gran oración. Ese organista sentía que aquella música albergaba un tesoro, e intentaba desentrañarlo, elevarlo a la luz, como si su vida dependiera de ello.

Cuando la música terminó, me quedé esperando. Sólo un leve resplandor escapaba a través de algún ventanal de la iglesia oscura. Por fin vi al ejecutante, un hombre joven, un tanto rechoncho, que se alejó de prisa, con pasos firmes, y desapareció entre las sombras.

A partir de esa vez estuve muchos anocheceres sentado en aquel lugar, o paseándome frente a la iglesia. En una ocasión hallé la puerta abierta y entré, y durante más de media hora

sopporté el intenso frío, oyendo, feliz al hombre que tocaba en lo alto de ese espacio en penumbras, iluminado apenas por una lámpara pálida. Toda la música que ejecutaba, me daba la impresión de estar enlazada entre sí, formando un torrente misterioso. Los antiguos italianos, y los maestros anteriores a Bach, eran interpretados con devoción, en la que el organista expresaba una separación violenta del mundo unida a la nostalgia, la introspección de su propia alma, y una poderosa y honda inquietud por todo lo prodigioso.

Di paso a mi curiosidad y un día lo seguí hasta una taberna en los extramuros. Allí lo vi claramente, sentado en un rincón ante una jarra de vino, sin haberse despojado del sombrero de feltro negro, de alas anchas. Era un hombre feo, de aspecto irascible, violento, inquieto y obstinado, pese a que su boca mostraba un gesto de indecisión casi infantil. La virilidad y la fuerza se concentraban en sus ojos y su frente, contrastando con la parte inferior del rostro, que se suavizaba volviéndose tierna y blanda. Me encantaron sus ojos castaños, radiantes de hostilidad y orgullo.

Los únicos parroquianos de la taberna éramos nosotros, y fui a sentarme frente a él. Me observó exasperado. Yo no me alteré; mantuve mis ojos clavados en los de él.

—¿Por qué me mira así? —preguntó con rudeza—. ¿Qué quiere de mí?

—No quiero nada —contesté—. Ya me ha dado bastante. Arrugó el entrecejo con mezcla de violencia y desdén.

—¿Es un fanático de la música? Siempre me han parecido estúpidos los melómanos.

—Lo he estado escuchando desde hace varios días —dije,

imperturbable—. Pensaba que hallaría algo en usted, algo extraordinario, aunque aún no sé realmente qué. Pero no tiene que preocuparse por mí. Lo seguiré oyendo en la iglesia.

—Cierro con llave siempre.

—Hace poco lo olvidó y entré. Otras veces me quedo afuera.

—De aquí en adelante puede entrar; no tiene más que golpear la puerta. Golpee fuerte, eso sí, y no mientras yo esté tocando. Y ahora dígame eso que quería decirme. Es usted muy joven. ¿Estudia música?

—No. Sólo me gusta escuchar música, pero únicamente como la que toca usted; absoluta, en la que se percibe al hombre llamando tanto a las puertas del cielo como a las del infierno. La música me fascina porque carece de moral, y la moral no me ha dado más que dolor. Ojalá me entienda...; sé que no me expreso bien. ¡Tiene que haber un dios que sea dios y demonio al mismo tiempo! Me han dicho que hay uno.

El hombre echó hacia atrás su sombrero alón, y se inclinó hacia mí por encima de la mesa, mirándome con profundo interés. En voz baja preguntó:

—¿Cómo se llama ese dios?

—Lamentablemente sé muy poco sobre él, más bien nada. Se llama Abraxas.

Con recelo, el organista observó en torno de sí. Luego se me aproximó más.

—¡Ya me lo imaginaba! ¿Quién es usted?

—Me llamo Sinclair. Soy alumno del Instituto.

—¿Y cómo ha llegado a saber de Abraxas?

—Por casualidad.

—¡No! —dijo un puñetazo en la mesa, haciendo saltar el vino

de su vaso—. ¡No hable idioteces! ¡Jamás se llega a tener noticias de Abraxas por casualidad! Yo sé algunas cosas sobre él. —Lo miré expectante—. ¡No, aquí no! —murmuró, y metiendo la mano al bolsillo de su abrigo, sacó una bolsa con castañas cocidas que dejó sobre la mesa—. ¡Coma! ¿cómo se ha enterado usted de... él?

No vacilé y le conté absolutamente todo. El hombre me oyó en silencio.

—“El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. El que quiere nacer tiene que romper un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios se llama Abraxas” —repetí.

Seguimos pelando castañas y bebiendo vino.

—¿Otra jarra? —me preguntó al cabo de un rato.

—No, gracias. No me gusta beber.

—Como quiera. A mí me ocurre lo contrario —aseguró sonriendo—. Si desea irse, hágalo. Yo me quedaré unos momentos más.

En el encuentro que vino, fui a esperarlo a la iglesia, y me guió por una calle solitaria hasta un caserón pero muy bien mantenido. Allí me invitó a subir a una habitación amplia y sombría en la que, con excepción de un piano, nada hacía recordar la música. Grandes estanterías repletas de libros, y la mesa escritorio, daban un aspecto severo y erudito a aquella sala.

—¿Qué cantidad de libros tiene! —exclamé.

—Parte de ellos es de la biblioteca de mi padre. Vivo aquí con mis padres —me informó—. Pero sería un desatino que se los presentara, porque mis amistades son muy mal miradas en esta casa. Es que yo soy lo que se llama el hijo descarriado de un señor sumamente respetable ¿comprende? El es un importante pastor y predicador en esta ciudad, y yo, su hijo,

considerado un joven muy inteligente y que prometía muchísimo, me aparté del buen camino. Y, según se comenta, estoy un tanto loco. Estudié teología, pero antes de licenciarme me retiré de esa espantosa y honradísima Facultad. Aunque, con mis estudios particulares, sigo dentro de mi carrera. Todavía considero que los dioses que la humanidad ha inventado, en las diversas épocas, son importantísimos. Por otra parte, soy músico, y estoy por obtener un puesto de organista, así es que de todas maneras perteneceré a la iglesia.

Pese a que la lámpara que estaba sobre el escritorio iluminaba muy débilmente la habitación, examiné las estanterías. Había títulos en latín, en griego, en hebreo. Mi nuevo amigo, entretanto, se había recostado en el suelo, junto a la pared, en la semipenumbra.

—Venga aquí—me invitó—. Vamos a hacer un poco de filosofía. Valga decir, tendernos boca abajo, en silencio, y pensar.

Los leños en la chimenea estaban dispuestos, entremezclados con papeles, y bastó acercarlos un fósforo para que las llamas se elevaran. Me tendí sobre la alfombra descolorida, y ambos mantuvimos los ojos clavados en la hoguera. Por más de una hora nos quedamos así, en muda contemplación del fuego, oyéndolo crepitar, viéndolo achicarse y crecer, retorcerse, hasta no ser más que el susurro de las brasas.

—Adorar el fuego no es lo más tonto que se ha inventado—masculó mi compañero en un momento.

Después de esta frase ninguno de los dos agregó nada. Yo navegaba entre silencio y ensueños. Desde el humo surgían imágenes, y una y otra figura se dibujaba y cambiaba de forma. Animales, rostros humanos, flores y reptiles brotaban y se

disolvían. De repente mi amigo tiró un trozo de resina, y de las brasas creció una llama delgada de la que nació la dorada cabeza del gavilán. Al volver en mí, vi a mi compañero con el mentón afirmado entre las manos, y la mirada fanática, ardiente, concentrada en las cenizas.

—Debo irme—musité.

—Sí, váyase. Hasta pronto.

No se incorporó. Tuve que caminar con dificultad a través de corredores y escaleras, en completa oscuridad, buscando la salida. Cuando conseguí llegar a la calle, me volví a observar la fachada del caserón. De ninguna ventana venía ni el menor rayo de luz. Pero en la puerta, junto a un farol vecino, relucía una placa de bronce. Leí: Pistorius. Párroco.

Ya en mi cuarto de la pensión, tomé conciencia de que no había indagado nada con respecto a Abraxas y que había intercambiado pocas palabras con Pistorius. No obstante, aquella visita me dejaba contento. También porque mi amigo me había prometido, para nuestro próximo encuentro, un pasacalle de Buxtehude, un exquisito trozo de música antigua para órgano.

El organista Pistorius me dio la primera lección, sin que yo me diera cuenta, mientras estábamos tendidos ante la chimenea, en su habitación en penumbras. Aquella contemplación del fuego me confortó, a la vez que vino a confirmarme propensiones que yo sentía desde siempre, pero que no me preocupaba de desarrollar. Desde niño me atraía observar las formas caprichosas de la naturaleza y no me bastaba miratlas con detención; necesitaba sumergirme en su barroca expresividad, en su íntima magia. Las fosilizadas raíces de los árboles, las fisuras del cristal, las gotas de aceite sobrenadando en el agua,

las vetas jaspeadas de las piedras, tenían un atractivo singular para mí; especialmente el fuego y la lluvia, las nubes, el humo, y esas luminosas manchas que, al cerrar los ojos, giraban en forma veriginosa. Después de mi primera visita a Pistorius, comencé a evocar todo esto, ya que comprobé una sensación de alegría y vigor, de mayor intensidad en mi conciencia, que provenían de la enriquecedora contemplación del fuego.

Observar estas imágenes es una de las experiencias más importantes que he realizado en el camino hacia mi verdadera meta. Penetrar en esas figuras irracionales, causa una sensación de afinidad entre lo inconsciente y la voluntad que las hace nacer, y repentinamente se desintegra la frontera entre la naturaleza y uno mismo, y no logramos distinguir si las formas que captamos provienen de impresiones internas o externas. En ese momento se aprecia la medida de nuestra creatividad, y cómo nuestra alma está continuamente participando en el proceso de creación de todo lo que es vida. Así, si el mundo exterior se extinguiera, cualquiera podría edificarlo de nuevo, ya que las plantas, las flores, los ríos, las montañas y los mares, se encuentran ya representados dentro de uno mismo. Puede que esto escape al conocimiento, pero emerge de una esencia que es eterna, y que se manifiesta como energía creadora.

En mi siguiente encuentro con Pistorius, él afirmó:

—Consideramos que únicamente lo individual y distintivo es lo que pertenece a cada cual, en circunstancias que estamos conformados por la totalidad del mundo. Y tal como nuestro físico guarda la trayectoria de muchas evoluciones, también el alma esconde lo que desde los inicios ha existido en las almas de los hombres. Dioses y demonios, ya sean chinos, cañes o

griegos, todos habitan en nosotros; todos representan posibilidades, caminos, o inexplicables deseos. Si un cataclismo acabara íntegramente con la humanidad, y sobreviviera sólo un niño más o menos inteligente, ese niño podría encontrar el curso de los acaeceres y volver a ordenarlo todo: paraísos, dioses, demonios, Viejos y Nuevos Testamentos, mandamientos y prohibiciones.

—Si es así, ¿qué significado tienen los valores individuales? —rebatí—. ¿Para qué luchar, si dentro de nosotros ya están todas las batallas terminadas?

—¡Un momento! —gritó Pistorius—. Hay un abismo entre llevar en el interior de sí mismo un mundo ignorado y poseer el contenido de ese mundo. Las ideas de un loco pueden evocar a Platón, y un colegial devoto es capaz de reproducir conexiones mitológicas que hallamos en los gnósticos o en Zoroastro. ¡Pero ni el loco ni el colegial lo saben! Y el hecho de no saberlo, los reduce a la condición de árbol, piedra o animal. ¿O usted piensa que por caminar erguidos, los bípedos que van por la calle son hombres? La mayoría son todavía peces, o avispas, u hormigas; algunos son ovejas. En cada uno hay una posibilidad de convertirse en hombre, pero sólo lo conseguirá cuando alcance una mínima luz de conciencia y vislumbre sus posibilidades.

Las conversaciones que vinieron fueron siempre parecidas, pero cada una de ellas me ayudaba a despojarme de una capa de piel, a ir, poco a poco, rompiendo el cascarón, a permitir que mi frente se levantara más alta y más libre. Así, un día, la radiante cabeza dorada del pájaro emergió, altiva, en medio de los cascarones del mundo.

Pistorius y yo solíamos contarnos nuestros sueños, y él los interpretaba. Una vez le conté uno en el que volaba lanzado por el espacio, con un impulso incontrolable. Aquel vuelo me causaba una sensación de grandiosidad que repentinamente se transformaba en angustia: una inevitable fuerza me atraía hacia una altura que me aterraba, pero casi de inmediato yo descubriría que, conteniendo o soltando el aire de los pulmones, podía dirigir la ascensión o el descenso.

—El patrimonio de la humanidad es lo que le permite volar —me aseveró Pistorius—. Es el sentido que nos enlaza a toda energía. Pero surge el miedo al peligro de entregarnos, de confiar en esa fuerza, y la mayoría renuncia a volar. Entonces optan por deslizarse apoyados en el bastón de la moral y los preceptos legales, tranquilos, como buenos burgueses con caras de ovejas, por las aceras. Usted, Sinclair, descubre su propio timón, y se adueña del espacio. ¡Eso es lo perfecto! Sin embargo, usted no ha inventado un aparato que le permita subir y bajar; simplemente está utilizando la vesícula natatoria de los peces, que ocasionalmente también les sirve para respirar; ese pulmón que usted maneja en su sueño.

En un libro de zoología que me prestó Pistorius, leí sobre aquellos peces primitivos, y, estremeciéndome, reviví el movimiento de etapas subterráneas, encogidas, y, sin embargo, vitales, primarias y eternamente vigentes.

6

LA LUCHA DE JACOB

Me es imposible resumir las revelaciones de Pistorius con respecto a Abraxas. Lo importante es que aprendí a avanzar un poco más en el camino hacia mí mismo. A los dieciocho años yo no me parecía a los muchachos de mi edad. En muchos aspectos era precoz y maduro, y en otros me mostraba retrasado e indefenso. Al establecer comparaciones con los demás, había ocasiones en que me consideraba realmente conforme conmigo mismo, y hasta orgulloso, y otros momentos en que me sentía menoscabado y me deprimía. En la misma medida, a veces creía ser un genio y a veces un loco. Me resultaba imposible compartir las preocupaciones o los esparcimientos de la gente joven, y me reprochaba y hacía innumerables conjeturas, suponiendo que todas las puertas se cerraban para mí, y que me hallaba definitivamente aislado de mis semejantes.

Mi extravagante amigo Pistorius me inculcaba una profunda estimación por mí mismo, haciendo resaltar lo valioso que encontraba en mis ideas, en mis fantasías y en mis sueños.

—A usted le atrae la música porque carece de moral, según sus propias palabras, y yo estoy de acuerdo —me dijo una tarde—. ¿Para qué se esfuerza, entonces, en ser moralista? ¡Es un gravísimo error que se compare con los demás! Si ha sido creado para mucléago, no se empeñe en ser avestruz. Se siente usted diferente y se reprocha por no avanzar por los caminos por donde va la mayoría. ¡Olvídese de eso! Contemple las

nubes y el fuego, y cuando aparezcan las señales y escuche las voces de su alma, obedézcales a ellas, sin detenerse a averiguar la opinión del señor padre o del señor profesor, o de un buen dios. Haciendo eso uno se deteriora, desciende a la acera burgesa y se transforma en un fósil. El nombre de nuestro dios es Abraxas, querido Sinclair, y es dios y demonio; contiene en sí el mundo luminoso y el mundo de tinieblas. Abraxas no tiene reproches para sus sueños o sus pensamientos. Sin embargo, lo abandonará si usted se convierte en una persona irreprochable y adocenada.

El más fiel de mis sueños era mi inconfesable sueño de amor; el único que jamás pude contarle a mi amigo. Equivalía al rincón en el que nadie podía penetrar, al secreto imposible de compartir, a mi gran refugio.

De vez en cuando, en ciertos instantes en que me deprimía, le pedía a Pistorius que tocara el pasacalle de Buxtehude, y me quedaba sentado en la pequeña iglesia, mecido por las sombras del crepúsculo, perdido en esa extraña música que parecía consumirse ensimismada en sus propios sonos. Esa música me impulsaba a acatar las voces de mi alma.

En algunas oportunidades permanecíamos todavía en la iglesia después que el órgano se había silenciado, mirando la despedida de la luz en las ventanas ojivales.

—Actualmente me parece increíble pensar que estudié teología y que estuve a punto de ser un eclesiástico —reflexionó Pistorius—. Pese a que mi equivocación radicó en la forma solamente, porque mi vocación persiste. El error consistió en que antes de conocer a Abraxas, me puse a disposición de Jehová. ¡Pero no hay religión que no tenga belleza! Y, en el

fondo, es igual recibir la comunión cristiana que ir en peregrinación a la Meca.

—Si es así, podría haber sido un religioso sin problemas.

—¡Imposible, Sinclair! Hubiera tenido que mentir. Nunca podría haber afirmado que, para mí, Cristo no es una persona sino un héroe, un mito, una sombra gigantesca sobre el mundo de la eternidad, en la cual el hombre se ve proyectado a sí mismo. ¿Y qué podría haberles dicho a los que van a la iglesia a cumplir con un deber, o a escuchar un buen sermón, o por otras razones como éstas? ¿Qué hubiera hecho con ellos? ¿Convertirlos? ¡No, un verdadero sacerdote no está para convertir, está para vivir entre creyentes, iguales a él, para ser expresión y sustancia del sentimiento con el que construimos nuestros dioses! —Calló unos segundos, y enseguida continuó—. Nuestra fe, a la que llamamos Abraxas, es lo mejor y lo más hermoso que tenemos, Sinclair, aunque todavía está en pañales. No le han crecido las alas aún, y una religión solitaria no es válida. Es necesario que se vuelva colectiva, que cuente con sus devotos, sus misterios, sus ritos, su propio culto y ceremonias.

—¿No es posible celebrar los misterios a solas, o entre pocos iniciados? —pregunté.

—Por cierto que es posible —admitió—. Yo lo hago desde hace tiempo, y he efectuado ritos que, si se conocieran, me significarían algunos años de cárcel. ¡Pero el camino verdadero no es éste! —Repentinamente afirmó sus manos en mis hombros, con tanta fuerza que me hizo tambalear—. ¡También usted celebra misterios, Sinclair! Sé que existen sus sueños secretos y no quiero que me los cuente. Sólo le pido que oiga esto: ¡Viva esos sueños y levánteles altares! Aunque no sea lo más

completo y excelente, es un camino. Está por verse si usted y yo, y otros más, lograremos renovar el mundo, pero de lo que sí estoy seguro es de que no conseguiremos nada si no lo renovamos en nosotros mismos, día a día. Usted cumplió dieciocho años, Sinclair, y no anda persiguiendo prostitutas porque tiene sueños de amor. Es probable que sean de una índole que le provoca miedo. ¡No, no debe temerles! ¡Son lo más perfecto que tiene! ¡Créame! Yo he perdido demasiado por reprimir mis sueños cuando tenía su edad. Eso no lo hace el que conoce a Abraxas. ¡Nada de lo que nos exige el alma es temible ni prohibido!

—¡No se puede llevar a cabo todo lo que uno quiere! —objeté—. Que alguien nos cause problemas no es razón para matarlo.

—Depende de las circunstancias —dijo, acercándose más—. Yo no pretendo que usted realice cuanto se le pase por la mente; no, no se trata de eso. Lo que quiero decir es que no debe emponzoñar sus pensamientos y deseos, ni utilizar pretextos moralizantes para acallarlos, porque es entonces cuando se vuelven perversos. Es más fácil beber juntos en la misma copa, levantando el espíritu, y evocando el misterio del sacrificio, que crucificarnos o crucificar a los demás. Igualmente, aquellos instantos llamados “tentaciones de la carne” son dignos de respeto, ya que sólo a través de ese respeto nos revelarán su sentido, su razón de ser. Si piensa o sueña algo que le parece aberrante, envilecedor, si siente el impulso de asesinar o cometer un acto brutal, recuerde que es Abraxas el que se manifiesta dentro de usted, y que fulano o mengano es un disfraz, no el hombre al que desea matar. Cuando llegamos a odiar a alguien, estamos odiando, en la imagen de esa persona, algo íntimo que reside

en el fondo de nosotros. Jamás preocupa lo que no se lleva en lo hondo de sí mismo.

No contesté. Nada de lo conversado con Pistorius antes me había tocado en forma tan intensa. Y lo que más me conmovía era que su pensamiento coincidía plenamente con el de Demian. Ambos se expresaban en forma idéntica sin conocerse.

—No hay otra realidad que la ya configurada en nosotros —susurró Pistorius, con voz fatigada—. Gran parte de la gente vive fuera de ella por esta causa. Casi todos están convencidos de que lo exterior es lo real e impiden que el mundo interior se manifieste. No podemos elegir el camino despejado de la mayoría, Sinclair; es tan despejado como tortuoso el nuestro. ¡Caminemos!

Después de haberlo esperado inútilmente en dos oportunidades, encontré a Pistorius una noche, en la calle. Apareció empujado por el viento y el frío, como un fantasma borracho, desde una esquina. Y se fue dando traspiés, sin mirarme, oyendo un llamado desde lo desconocido, con ojos alucinados y fijos en cosas misteriosas que únicamente él veía. No sirvió que lo persiguiera hasta el final de la calle. Pistorius se escapaba igual que un juguete atrapado por un hilo invisible.

Volví a la pensión profundamente triste. Pensé: “De esta manera él renueva su mundo”. Entonces, inmediatamente, tomé conciencia de que este pensamiento era un crítica pequeña y moralizante. ¿Sabía yo acaso qué sueños lo impulsaban? El sendero por el que se encaminaba, ebrio, era quizás más auténtico que mis rutas zigzaguentes entre crepúsculos y miedos.

En los patios del Instituto, durante los recreos, me di cuenta de que un compañero me buscaba con cierta insistencia. Era

un muchacho pelirrojo, bajo y delgado, de aspecto frágil, de cuya mirada y gestos emanaba un aire fuera de lo vulgar. En la calle, a la salida del colegio, me dejó pasar adelante, y luego caminó detrás de mí. Se detuvo cuando llegamos a la puerta de la pensión.

—¿Se te ofrece algo? —averigüé.

—Sólo hablar contigo —respondió con timidez—. ¿Puedes acompañarme un poco?

—No tengo inconveniente.

Me puse a caminar con él y noté que sus manos temblaban. Parecía expectante y agitado. Bruscamente se detuvo y preguntó:

—¿Tu eres espiritista?

—No, Knauer —contesté, sin contener la risa—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo tan raro?

—¿Y teósofo? ¡Eso sí, no lo niegues!

—Tampoco soy teósofo.

—¡Por favor, no te cierres, Sinclair! ¡Yo lo veo en tus ojos, y me atrevería a jurar que mantienes comunicaciones con los espíritus! ¡No lo pregunto por simple curiosidad! ¡Yo estoy en una búsqueda, y... me encuentro tan terriblemente solo!

—Puedes confiar en mí, aunque no sé nada de los espíritus —afirmé—. Yo vivo en mis sueños, Knauer, y eso es lo que tú has captado.

—Es posible, pero... ¿en qué clase de sueños? —susurró—. ¿Has escuchado sobre la "magia blanca"? —Ante mi gesto negativo continuó—: Hay que alcanzar un dominio total de sí mismo. Los que lo consiguen adquieren poderes sobrenaturales. ¿No conoces ejercicios para esto?

Lo interrogué acerca de esos ejercicios. Respondió con

evasivas, intentando dar una atmósfera de misterio. Cuando intenté despedirme principió a hablar.

—Por ejemplo, para concentrarme pienso en una figura geométrica, o en alguna palabra, y con todas mis fuerzas me la represento dentro de mí, en el interior de mi cabeza, hasta que percibo que está allí, hasta que me inunda por entero. Esto me da una seguridad que nada puede alterar.

Entendí lo que quería explicarme. Sin embargo, vislumbré que esto no era lo fundamental. Lo que lo tenía en ese estado de excitación era otra cosa. Procuré incentivarlo a confiarme la verdad, y por fin lo hizo:

—Tú... ¿te abstienes? —indagó con una mezcla de timidez y ansiedad.

—¿En lo sexual?

—¡Sí, sí! Yo lo hago desde hace dos años gracias a esa magia de que te hablaba. Antes practicaba un vicio... ¿De veras, no te acuestas nunca con una mujer?

—No, no he hallado todavía a la mujer que espero.

—¿Y te acostarías con ella si la hallaras?

—Por cierto. Siempre que ella esté de acuerdo —contesté con tono burlón.

—¡Oh, ése es un grave error! Es indispensable ser casto para desarrollar las fuerzas interiores. ¡Yo a menudo siento que ya no puedo soportarlo! ¡Es tan difícil!

—La castidad no me parece tan primordial, Knauer.

—¡Esa es la disculpa que da la mayoría, pero no la acepto viniendo de ti! —alegó—. Nadie puede discutir que es necesario conservarse puro para ser espiritualmente superior.

—Consérvate tú. Lo que es yo, no entiendo que la pureza

radique en las represiones sexuales. ¿Es que has conseguido acallar el sexo en tus pensamientos y en tus sueños?

Me observó con desesperación:

—¡No, Sinclair, no! ¡Sueño cosas espantosas de las que me aterra acordarme!

A mi memoria volvió todo lo que me había dicho Pistorius. Lamentablemente no podía hacer uso de ello para aconsejar a Knauer, porque no formaba parte de mi experiencia. Me quedé en silencio, abatido por mi incapacidad para ayudar a alguien.

—He probado todas las fórmulas —prosiguió Knauer, casi llorando—: ejercicios violentos, duchas heladas, fricciones con nieve. ¡Nada sirve! Y lo más doloroso es que esos sueños repugnantes me hacen retroceder y voy perdiendo todo lo ganado espiritualmente. Ahora me paso las noches enteras sin dormir, tratando de evitarlos, pero no podré resistir mucho tiempo. Y si finalmente me deajo vencer, y caigo en la impureza, voy a ser más asqueroso que los que jamás han opuesto ni la menor resistencia. ¡Dime que me entiendes, Sinclair, dímelo!

Hice un gesto de asentimiento, aunque no tenía qué agregar. Un poco asustado de mí mismo, sentí que principiaba a hastiarme y que su infelicidad y su angustia no me conmovían.

—¿De veras no tienes nada que decirme? —inquirió, muy triste, notoriamente agotado—. ¿Cuál es tu solución, Sinclair?

—Debes hacer lo que auténticamente brote de lo más hondo de tu ser. No existe otra solución. No hallarás ningún espíritu que te guíe si no te hallas primero a ti mismo.

Knauer permaneció unos segundos mudo; luego vi fulgurar el odio en sus ojos.

—Eres un hipócrita, un asqueroso hipócrita! —gritó, y su

rostro se distorsionó en una mueca de ira—. ¡Te das aires de superioridad, y en el fondo eres un vicioso! ¡Sí, un vicioso y un mugriento! ¡Una basura, como yo y los demás! ¡Todos somos basuras!

Me alejé de su lado caminando sin prisa. El día todavía unos pasos detrás de mí, pero enseguida giró y se marchó corriendo.

Una sensación de repugnancia y pena me inundó hasta que llegué a mi habitación. Entonces, con íntimo fervor, me abandoné a mis propios sueños.

Casi de inmediato aparecieron el portón y el escudo, y mi madre, que se confundió con mi amante, y se entretujieron formando una sola mujer. La claridad y precisión con que surgió la figura amada, me impulsó a comenzar un retrato aquella noche. Apenas lo terminé, lo colgué en una pared, coloqué una lámpara iluminándolo, y aguardé, como si se tratara de una entidad con la que debía luchar hasta dar con mi camino definitivo. Era un rostro similar al retrato anterior, con rasgos de Demian y también míos. Uno de sus ojos estaba ahora nítidamente más arriba que el otro, y la mirada ausente se elevaba por encima de mí, portadora de ineludibles presagios.

En total inmovilidad permanecí ante la imagen, mientras sentía que mi sangre se helaba. Le formulé preguntas, le hice acusaciones, la besé, y arrodillado, le elevé oraciones. Una vez más la llamé madre y prostituta, y también, Abraxas. Evoqué las lecciones de Pistorius ¿o pertenecían a Demian? Ignoraba cuándo, o quién había pronunciado aquella frase de la lucha de Jacob con el ángel: "No te dejaré hasta que me hayas bendecido".

El retrato, encendido por la luz de la lámpara, atravesaba por distintas metamorfosis ante cada una de mis invocaciones. Tan

pronto resplandecía luminoso, como se apagaba y entrenebrecía; bajaba los párpados lívidos, velando los ojos muertos, y los abría de nuevo descubriendo miradas abrasadoras; era mujer y era hombre, era un niño, era una muchacha, era un animal; se esfumaba en un manchón de colores revueltos y volvía a tomar formas. Impelido por un íntimo mandato, cerré los ojos y contemplé el retrato en mi interior, poderoso y magnífico. Traté de arrodiillarme frente a él, pero no pude; se encontraba tan adentrado en mi alma, tan intensamente amalgamado en mí, que me resultaba imposible separarlo. Habíamos pasado a formar un solo yo.

Escuché entonces el grave y furioso bramido de un vendabal que se desataba con violencia, y me estremecí, agitado por una sensación de miedo y angustiosa espera. Estrellas refulgentes estallaron y se extinguieron, y, como de un surtidor de imágenes subieron los recuerdos de mi primera infancia ya olvidada, de épocas anteriores, de otras existencias, de períodos más primitivos. Todo pasó ante mis ojos de manera vertiginosa, pero el torrente de imágenes no terminó ni ayer ni hoy, fue más lejos, arrastrándome hacia etapas futuras, cuya visión, pese a ser nítida y rutilante, no perduró más tarde en mi memoria.

Bastante avanzada la noche, volví de un sueño pesado y profundo. Estaba encima de la cama, todavía vestido. Encendí la luz y busqué el retrato, pero no lo vi ni en la pared, ni en la mesa. Tuve un sobresalto y recordé haberlo quemado. ¿Realmente lo había hecho o era un sueño? ¿Era un sueño que lo quemaba y me comía las cenizas?

Un angustiante desasosiego me embargó. Apremiado por un ímpetu irrefrenable, salí a la calle y me puse a caminar sin

rumbo. Atravesé plazas y callejuelas, y me detuve unos instantes frente a la iglesia de Pistorius, hundida en las penumbras, y seguí adelante, envuelto en un torbellino, buscando algo impreciso, urgido por un presentimiento indescifrable. Crucé un arrabal con casas que eran en su mayoría prostíbulos y aún mostraban retazos de luz detrás de las ventanas. Llegué hasta unos sitios eriazos, cerca de los cuales se amontonaban materiales de construcción y se levantaban las estructuras de algunas viviendas a medio edificar. Entonces me sobrevino el recuerdo de otro edificio similar a éstos, en mi ciudad natal; aquel a donde me había arrastrado mi verdugo Kromer. Ahora me hallaba detenido ante el frontispicio de una obra similar, en cuyos muros sólo se veían los huecos de las puertas y las ventanas. Sentí que una fuerza me atraía desde el interior, y retrocedí, tropezando con unos montones de ladrillos y arena. No obstante, fui incapaz de resistir y entré por aquel boquerón en tinieblas.

Tambaleándome, encima de las vigas y escombros, me aventuré en aquel lugar frío y desolado, respirando el inconfundible olor a humedad. Una voz, aterrada, me llamó de pronto:

—¡Sinclair...! ¡Sinclair, Dios mío! ¿Eres tú, Sinclair? —De la oscuridad, como un fantasma, apareció la figura delgada y pequeña de mi compañero Knauer—. ¿Por qué has venido hasta aquí? ¿Cómo pudiste hallarme?

—Yo no te buscaba —murmuré. Las palabras salían con dificultad de mis labios.

—¿No me buscabas? —preguntó atónito.

—No. Algo como un imán me atrajo hasta este sitio. ¿Tú estabas llamándome?

Se abrazó a mí, desesperado:

—Sí! ¡No te has olvidado de mí, Sinclair! ¿Cómo pudiste perdonarme? ¡Me porté tan injusto contigo!

Recién en ese momento me volvió a la memoria aquella conversación con Knauer. No sabía cuántos días habían pasado desde entonces, pero ahora, de golpe, sí sabía por qué me encontraba allí.

—¿Pensabas quitarte la vida?

—Sí, aunque no sé si habría podido —confesó, temblando de miedo y de frío—. Iba a esperar a que amaneciera.

Salimos de allí. Cogí a Knauer del brazo y echamos a andar. Las primeras luces del amanecer rompían al cielo.

—Regresa a tu casa, Knauer, y no hables de esto con nadie —le pedí—. Te equivocaste de camino. No somos una basura, como tú supones. Simplemente somos hombres y forjamos dioses, y luchamos con ellos y también recibimos su bendición. Llegamos al término de nuestro camino, donde nos despedimos sin más palabras.

Sin duda lo mejor que yo anduve de ese tiempo, fueron las horas vividas con Pistorius contemplando el fuego de su chimenea, o escuchándolo tocar el órgano. Sin embargo, pese a que estudiamos juntos un texto griego sobre Abraxas, y fue él quien me leyó parte de una traducción de los Vedas, y me enseñó a recitar la sagrada Om, lo que realmente me conducía hacia delante era avanzar en mi interior, con plena conciencia del poder que contenía en mí mismo, confiando en mis pensamientos, intuiciones, y en mis propios sueños.

La mutua comprensión que existía entre Pistorius y yo era profunda. Me bastaba pensar en él para que viniera o me

mandara un mensaje. Igual que a Demian, podía formularle preguntas mentalmente, sin necesidad de su presencia, recibiendo, convertida en inmediata respuesta, toda la fuerza síquica volcada en la interrogación. Pero al llevar a cabo estas experiencias, no me representaba la imagen de Pistorius, ni la de Demian; yo veía esa figura onírica mitad mujer y mitad hombre, que ya no sólo existía en un retrato o en mis sueños, sino en el fondo de mi ser, como el gran poder de mí mismo.

Entretanto, la relación con Knauer tomó un cariz muy singular. A partir de esa noche, en que sentía que yo le había sido enviado, y en que mi llegada lo apartó de sus intenciones suicidas, empezó a seguirme como un esclavo o como un perro, pretendiendo encadenar su existencia a la mía. Continuaba formulándome preguntas extrañas, anhelando aprender la cábala y conectarse con los espíritus, sin creer que yo no sabía nada al respecto. El me veía dotado de amplias facultades sobrenaturales. Sin embargo, solía ocurrir que Knauer acudía a mí con sus ideas raras o sus consultas, en circunstancias en que yo me encontraba buscando la solución de algún asunto, y eran justamente sus absurdas teorías las que, inopinadamente, me empujaban hacia la respuesta que yo necesitaba.

Aunque la mayoría de las veces me importunaba y le ordenaba que se marchara, percibía claramente que también él me había sido enviado, y que todo lo que yo le diera redundaría en beneficio para mí. De un modo diferente, Knauer era un guía o un camino. En esos días aprendí mucho más de lo que podía sospechar en esos libros extravagantes que me prestaba, y de los que él esperaba obtener el mensaje de salvación.

Knauer se fue separando de mí poco a poco, hasta que

salió de mi destino imperceptiblemente, sin aclaraciones ni despedidas. No ocurrió lo mismo con Pistorius. Con él me quedaba aún un suceso importante por vivir antes que se cerrara el ciclo de mi vida escolar.

Por bondadoso que sea un hombre, es prácticamente imposible que, a lo largo de su existencia, escape de faltar a las virtudes de la gratitud y la caridad, por lo menos alguna vez. Tarde o temprano todos están compelidos a cortar las amarras con los padres y los maestros, y conocer la soledad. Yo me había despegado de mi familia y del mundo diáfano de mi infancia, apaciblemente. Por cierto, en las oportunidades en que visitaba mi hogar, me conmovía y experimentaba una inevitable nostalgia, pero se trataba de un sentimiento muy soportable.

El corte no es tan fácil cuando el lazo del respeto y el afecto no proviene de corrientes ancestrales, ni hábitos, ni principios; cuando ha nacido de una inclinación propia e independiente y ha sido, por voluntad propia que hemos ocupado el lugar del discípulo y amigo. En este caso, el momento y el acto de efectuar el rompimiento son terribles; todos los argumentos que justifican el rechazo refluyen, y los estiletes con que herimos se vuelven contra nosotros. Yo no tomaba conciencia de que también había llegado mi hora de cortar este cordón y consumir esta ruptura.

Muy lentamente, y sin que yo mismo lo clasificara, empezó a crecer en mí una resistencia a continuar aceptando como guía absoluto a mi amigo Pistorius. No podía desconocer lo valiosos que habían sido sus consejos y su permanente apoyo, que la voz divina me llegaba a través de él, que le debía el haberme descifrado muchos sueños, y especialmente el haberme

comunicado el impulso y la fuerza para sumergirme en lo más hondo de mí mismo. No obstante, ahora sentía que sus palabras estaban demasiado saturadas de lecciones y que él sólo me entendía a medias.

No se produjo ningún desacuerdo ni altercado entre nosotros, y tampoco hubo aclaraciones. Fue únicamente una palabra mía, inofensiva, la que alcanzó una dimensión imprevista y explotó, destrozando en mil pedazos un encantamiento.

Yo presentía que aquello iba a ocurrir en algún momento. Ese momento llegó un domingo. Como tantas veces nos hallábamos recostados frente a la chimenea y Pistorius se explayaba acerca de los dogmas religiosos y los misterios, reflexionando sobre ellos y el futuro, y, de pronto, todo lo que exponía dejó de parecerme realmente vital. Tuve la sensación de que su boca dejaba escapar borbotones de erudición, pero que todo eso no era más que hurgar entre los escombros del pasado, y tanto la actitud de Pistorius frente a la vida como ese amasijo de antiguas doctrinas religiosas y la devoción por la mitología, me causaron fastidio.

—Me gustaría que volviera a contarme un sueño; un sueño que en verdad usted haya soñado por la noche, Pistorius —expresé de repente, en un súbito estallido de maldad, que me asustó—. Todo lo que está diciendo es abrumadoramente “arqueológico”.

Pistorius palideció y se quedó mudo. Luego de un silencio prolongado, acomodó un leño en la chimenea, y con un tono exageradamente calmado aseveró:

—Usted es muy inteligente, Sinclair, y le encuentro razón. No lo aburriré más con mis arqueologías.

Debajo de su aparente serenidad, yo capté el dolor agudo de la herida que le había ocasionado. Me dieron ganas de llo-

rat, de suplicarle que me perdonara, de asegurarme que seguía siendo su amigo. Conceptos de gratitud y cariño llenaron mi pensamiento, pero no pude expresarlos. Permanecí callado, mirando el fuego, y ambos nos quedamos contemplando cómo se desplomaban los pequeños castillos de leña. Al extinguirse cada llama yo veía evaporarse y desaparecer vivencias de inmensa profundidad y belleza que ya no se repetirían.

—Creo que usted me interpretó mal —susurré pasado un rato—. La estupidez que dije no tiene sentido...

—No se preocupe. Yo lo comprendo muy bien —dijo Pistorius—. Usted tiene toda la razón —Tomó aire y añadió, con suavidad—: En la medida en que un hombre puede tener razón contra otro.

Habría querido gritar que nada de eso era cierto, pero fui incapaz de hacerlo. Estaba consciente de haber desnutrido la esencia de su debilidad, el punto clave de su desconfianza en sí mismo.

La búsqueda de Pistorius era mirando al pasado y sus ideales eran "arqueológicos". Entonces tuve la seguridad de que todo lo que él significaba para mí, para sí no podría significarlo jamás, ni entregar el propio Pistorius ni siquiera una ínfima parte de lo que a mí había llegado a entregarme. A él, al guía, lo dejaba atrás el camino que señalaba.

No sé qué habría dado porque Pistorius reaccionara de otro modo: enfureciéndose, defendiéndose, protestando. Sin embargo, su reacción fue tan distinta. Quiso sonreír y no pudo hacerlo, porque estaba herido en lo más hondo; herido por el golpe asestado por un discípulo traidor. Mi equivocación fue creer que atacaba a un hombre fuerte, siempre en posición

de alerta, en circunstancias que se trataba de un ser indefenso que aceptaba en silencio la derrota.

Cuando ya no resistí más, me levanté y salí de la habitación. Largo tiempo aguardé detenido en la oscuridad de la escalera, frente a la puerta, y, luego, delante de la casa, anhelando que me siguiera. Finalmente me alejé y caminé muchas horas por la ciudad y sus extramuros, por el parque, por calles sin luz. Por primera vez, esa noche, sentí la marca de Caín sobre mi frente.

En cuanto fui capaz de reflexionar, me acusé y justifiqué a mi "maestro"; no obstante, concluí dándome la razón y juzgándolo. Me esforcé por arrepentirme, pero no lo conseguí. Lo que sí logré fue un análisis objetivo del imposible sueño de Pistorius: llegar a ser el supremo sacerdote de una religión nueva, fabricar otros mitos y establecer normas diferentes de fervor y adoración. Desgraciadamente este cometido no le correspondía, porque estaba anclado en un tiempo pretérito, y su amor se volcaba en viejas y conocidas imágenes, aunque él entendía que debía surgir de una tierra intacta y no de libros ni museos. Pistorius podía ser el guía para que uno se adentrara en sí mismo, pero su omisión no era la renovación de los dioses.

Una revelación categórica me sobrevino en aquellos momentos: todos teníamos una "misión", pero nadie podía elegir y manejar la suya a su arbitrio. Era una equivocación perseguir nuevos dioses, y falsa la ambición de aportar algo al mundo. El único deber era apoyarse en sí mismo y explorar hacia adelante por el camino correspondiente, olvidándose de la meta. Esta convicción me remeció. A menudo yo barajaba imágenes del futuro y posibilidades de destinos, como el de

profeta, o pintor, u otros ensueños. Todo esto era secundario. Nadie había venido al mundo para predicar, o pintar, o dictar cátedras. Era factible llegar a ser criminal, o loco, o sacerdote, o maestro, y daba lo mismo, porque lo único importante era hallar el propio e inalienable destino y vivirlo a fondo; ésa era la "misión". Lo demás eran fugas, refugios, acatamiento a las normas; era miedo, terror a la individualidad. Yo no era más que parte de una fuerza esencial, impelida hacia lo desconocido, quizás hacia la nada, y mi cometido consistía en dejar que ese ímpetu que emergía de profundidades elementales me arrastrara hasta fundirme en esa fuerza, identificándome con ella por entero.

Mi experiencia me hacía pensar que yo conocía lo que era estar solo. Sin embargo, ahora intuía una soledad mucho más honda e ineludible.

No realicé ningún intento de acercamiento a Pistorius. Aparentemente continuamos tratándonos como amigos, pero nuestra relación había variado radicalmente. En una sola ocasión se tocó aquel tema; más exactamente, fue él quien lo tocó.

—Usted sabe que yo quería ser sacerdote de la nueva religión —me dijo—. Y sé, desde hace tiempo, aunque no me atrevía a reconocerlo, que no lograré serlo nunca. Por lo tanto, serviré a Dios mediante otras actividades, como tocar el órgano. Porque es indispensable para mí hallarme en medio de lo que considero sagrado y hermoso: música, símbolos, mitos, misterios. ¡A nada de esto voy a renunciar! Creo que ésta es mi debilidad, Sinclair. Tengo conciencia de que esta necesidad es un lujo y que sería más digno si me entregara, sin ambiciones, al destino. Pero me confieso absolutamente incapacitado para

hacer eso. Es demasiado difícil, aunque es posible que usted lo consiga. A mí me da pavor. ¡No tengo fortaleza para existir tan desnudo y tan solo! Soy como un perro flaco que a veces requiere estar con sus semejantes, y busca comida y un poco de calor. El hombre que no anhela más que su destino está definitivamente solo entre espacios infinitos; solo sobre la tierra helada. Como Jesús en Getsemaní. También hay mártires que han ido al sacrificio contentos, pero no han sido héroes, no han estado liberados, y han obedecido a ideales y a modelos. El que pretende únicamente cumplir su destino no dispone de nadie ni de nada que inspire cariño o consuelo, y ése es el camino que se debe andar. Pese a que la gente como nosotros es terriblemente sola, usted y yo hemos tenido nuestra amistad, la secreta alegría de la rebelión y la búsqueda de lo extraordinario. Pero hay que dejar atrás todo esto. También sería inconsecuente soñar con dar ejemplo y con ser un mártir o un revolucionario.

Sí, era inconsecuente. No existían posibilidades de anhelos o elecciones. Ansiar el propio destino era el único deseo posible.

En los días siguientes fui de un lado a otro, enajenado, con una tormenta desatada rugiéndome en el alma, y era un peligro cada paso que daba. Abismos tenebrosos se abrían ante mis ojos y confundían todos los caminos que había recorrido. Desde el interior vino entonces la imagen del guía, que se asemejaba a Demian y en cuya mirada vislumbre mi destino.

Escribí: Un guía me ha dejado. Estoy en las tinieblas. Solo no puedo avanzar. ¡Ayúdame!

Quise mandarle este mensaje a Demian, pero no lo mandé. Cuando estaba a punto de enviarlo lo encontraba incoherente.

Sin embargo lo aprendí de memoria, como una oración que repetía íntimamente. Así entendí lo que significaba rezar.

Llegó el fin de mi etapa escolar. Mi padre decretó que me fuera en viaje de vacaciones antes de ingresar a la Universidad. Como yo no sabía a qué Facultad, decidieron que estudiara filosofía durante el primer semestre. Cualquiera otra asignatura me habría dado lo mismo.

7

EVA

Durante aquellas vacaciones, antes de irme de viaje, fui un día a visitar la casa que antes habitaba Max Demian. En el jardín encontré a una anciana que resultó ser la actual dueña de la propiedad. Recordaba a Demian y a su madre, pero ignoraba el lugar donde residían ahora. Considerando mi interés por ellos, me hizo entrar para mostrarme una fotografía que conservaba en un álbum. Yo no guardaba en la memoria una imagen clara de la madre de Demian, y al ver aquella fotografía tuve la sensación de que mi corazón se paralizaba.

¡Ahí estaba, exactamente como en mis sueños! Alta, con algo masculino, muy parecida a su hijo; hermosa y arrogante, maternal y apasionada, mujer y demonio, bella e indescifrable; mi amante, mi destino. ¡Ella!

Me sentí trastornado. ¡Esa mujer, la que representaba mi destino, la visión que afloraba desde las zonas más secretas de mi mundo interior, vivía fuera de mí! ¿En qué lugar? ¿Dónde? ¡Y era la madre de Demian!

Muy poco después partí de viaje. ¡Aquel viaje anhelante! Obedeciendo a impulsos ajenos a toda reflexión, iba de un sitio a otro, impaciente, buscando a esa mujer. Ocasionalmente troppezaba con alguna que se le parecía, e iniciaba verdaderas persecuciones por ciudades y calles desconocidas, recorriendo tiendas y estaciones, empujando manparas, como en una enredada pesadilla. Otras veces, cuando lograba detenerme a

pensar, llegaba a la conclusión de que esa búsqueda era absurda, y, desanimado, me dejaba caer en el banco de un parque, o en el sofá de una sala de espera. En las habitaciones de los hoteles, trataba de revivir en mí la imagen amada, y ésta se volvía por momentos más brumosa e inalcanzable. Una noche, en Zurich, se me aproximó una joven bonita y desfachatada, y me aparté de ella como si no la viera. No habría podido interesarme ni siquiera un minuto en otra mujer.

Mi destino tiraba de mí como de la punta de un hilo, y presentía que la búsqueda estaba por terminar, pero era imposible apurar este fin, y la ansiedad me enfermaba. Entonces ella regresó en un sueño, y desperté avergonzado por todo este inútil acecho. Después de esto, decidí regresar a casa.

Me matriculé en la Universidad, y quince días más tarde me despedí una vez más de mi familia, y marché hacia la ciudad en la que debía residir. Allí me sentí completamente defraudado. Los cursos de historia de la filosofía eran tan insípidos como la existencia de los alumnos. Todo estaba encuadrado en un molde, y todos se regían por los mismos esquemas; hasta las risas sonaban impersonales. Afortunadamente yo era libre, y me instalé en una casa en los extramuros, acompañado por Nietzsche sobre mi escritorio, compartiendo la soledad de su alma y sus sufrimientos. Me reconfortaba saber que había existido ese hombre, capaz de resistir que el destino lo arrastrara, y seguir su camino en forma consecuente.

El viento del otoño principiaba a barrer las hojas de los árboles, aquella noche en que sentí la necesidad de salir a caminar. Por las ventanas de las cervecerías escapaban el humo del tabaco y las canciones de los estudiantes, aunque

acompañadas, ruidosas, planas y sin brillo. Me detuve en una esquina a escuchar, más por sentido de crítica que por agrado. Esa era la alegría de la juventud: mecanizada, con sus bromas ensayadas puntualmente y sus carcajadas uniformes. Por todos lados florecía el compañerismo, aquel sistema para evadir al destino, mimetizándose con la pandilla, aturdiéndose en grupos. Dos hombres que venían detrás de mí, pasaron a mi lado, y escuché un fragmento de lo que hablaban.

—Observe, ésta es la Europa joven: idéntica a una cabaña de célibes en una tribu africana. Y todo es igual, hasta los tatuajes que están de moda.

Sentí resonar en mis oídos esa voz, como una suave campana del pasado; un llamado o un aviso especial. Eché a andar detrás de esas dos personas, y al pasar junto a un farol, vi el rostro de uno de los hombres. Era un japonés de aspecto sonriente. El otro prosiguió la conversación:

—En el Japón me imagino que ocurrirá lo mismo. La gente que se escapa de ir en el rebaño es muy poca. Aquí hay algunos.

Un estremecimiento de alegría me agitó. Reconocía la voz. ¡Era Demian! Los seguí por diversas calles, en medio del viento que crecía, disfrutando con la voz de Demian, colmándome con su sonido que en nada había cambiado, percibiendo su seguridad, y el poder sobre mí, que se mantenía intacto. ¡Lo había encontrado!

El japonés se despidió frente a un edificio, y abrió el portón de un zaguán, mientras yo esperaba a Demian en la mitad de la calle. El corazón me latió aceleradamente al verlo avanzar, muy erguido, flexible, cubierto por un impermeable negro. Vino directamente a mi encuentro, caminando acompañada-

mente, con su habitual tranquilidad, y volví a ver la expresión inteligente, la sonrisa, y su amplia frente iluminada por ese especial resplandor.

—¡Demian! —exclamé.

El abrió los brazos dándome la bienvenida:

—¡Por fin, Sinclair! ¡Te he esperado tanto!

—¿Sabías que me encontraba aquí?

—No exactamente, aunque tenía la certeza de que vendrías. Pero no te he visto hasta esta noche, cuando empezaste a seguirnos.

—¿Me reconociste de inmediato?

—Por supuesto. Y no porque no hayas cambiado. Siempre tienes la señal.

—¿La señal?

—La marca, o el estigma de Caín, como la llamábamos antes. Nuestra marca. Ya en ese tiempo la tenías, y por eso fui tu amigo. Actualmente se te ha acentuado, es mucho más notoria.

—Hice un retrato tuyo, una vez, y me sorprendió hallarlo parecido a mí. ¿Fue por la señal?

—Sin duda. ¡No te imaginas hasta qué punto me alegra estar nuevamente contigo! Mi madre también se alegrará mucho.

—¿Tu madre? ¿Está aquí? —pregunté sobresaltado—. Ella no me conoce...

—Te conocerá sin necesidad de decirle quién eres.

Demian me tomó del brazo, y caminamos sin prisa, y pronto me sentí envuelto en la serenidad que él transmitía. Recordamos los viejos tiempos: el colegio, las clases para la Confirmación, y aquel desgraciado encuentro durante esas vacaciones. Sin embargo, tampoco esta vez dijimos una sola

palabra sobre Franz Kromer, que era el lazo de unión más antiguo entre los dos.

Luego, sin buscarlo, nuestra conversación se enhebró con el tema que Demian sostenía con el japonés, y, principiando por hablar de la vida de los estudiantes, pasamos a referirnos al estado de la Europa actual.

—La manada crece y avanza por toda la tierra, reprimiendo la libertad y el amor —dijo Demian—. El sentido de las asociaciones, desde las estudiantiles y los coros, hasta los Estados, nace del miedo y la cobardía, y es algo que está en proceso de desintegración. La adhesión a la causa del otro, que puede ser un gesto noble y hermoso, sólo renacerá de un conocimiento profundo entre individuos, para lo cual tendrá que cambiar el mundo por un período largo. Lo que existe hoy es únicamente espíritu gregario. Los hombres remen unos de otros y el temor los empuja a unirse, y los grandes empresarios se asocian, y hasta los sabios y los intelectuales se asocian. Y lo que aterra a todos estos hombres atincherados en su colectividad, es el desconocido que cada uno lleva agazapado dentro de sí. Sin embargo, persisten en vivir conforme a leyes, a normas morales, a preceptos religiosos y a principios de todo orden que están caducos. Por más de un siglo, una de las preocupaciones primordiales de Europa ha sido la construcción de fábricas de armamento, y nadie ignora la cantidad de pólvora que se requiere para fusilar a alguien. ¿Y quién sabe rezarle a Dios? ¡Nadie sabe ni siquiera cómo entretenerse durante una hora! Examina la cervicería de los estudiantes o el elegante cabaret donde va la gente rica. ¡Es deprimente! ¡Los que ríen, y bailan, y cantan en esos lugares, están hundidos en la maldad y el miedo,

ahogados en la desconfianza, recelando los unos de los otros! Sobrevendrán conflictos graves, Sinclair, muy pronto. Y sólo significará un cambio de dueños que los obreros maten a los empresarios y se apoderen de las fábricas, o que Rusia dispare sobre Alemania y uno u otro bando gane una guerra. Pero no será inútil. Este mundo agonizante pide su fin, y el fin vendrá.

—¿Y qué pasará con nosotros? —pregunté.

—También nos pueden matar. La diferencia es que eso no terminará con nosotros, porque de lo que quede de ti o de mí, o de otros como tú y yo, surgirá la voluntad del futuro.

Seguí escuchando a Demian, hasta que llegamos a un jardín al lado del río.

—Aquí vivo —dijo—. Ven cuanto antes a vernos. Te estaremos esperando.

Cuando llegué a mi casa, y subí a mi habitación, y me metí en mi cama, todas las ideas, todos aquellos claros y precisos conceptos de mi amigo, se esfumaron, y el centro de mi pensamiento fue la esperanza que por fin se cumpliría.

¡Lo antes posible, mañana mismo, estaría frente a ella, oiría su voz, tocaría su mano al saludarla! ¡Vería a la mujer tan amada y perseguida, la madre de Demian! Ya no me interesaba que el mundo putrefacto se desintegrara. Aguardaba que una nueva imagen de mi destino apareciera.

Dormí hasta tarde, y desperté en el mismo estado de ánimo que en aquellos días de las grandes festividades de mi niñez: agitado e inquieto, pero con una inquietud alegre, totalmente ajena al temor. Sabía que ése era un día fundamental para mí, y vi caer la lluvia al otro lado de la ventana, transparente, apacible, musical. Esta era la primera vez que sentía que el mundo de

afuera se unía a mi mundo íntimo en plena armonía. Cuando salí a la calle experimenté un fenómeno similar. Ningún rostro, ningún ruido, ninguna actitud me causó desagrado. Nada de lo que me circundaba tenía el borroso y gastado aspecto usual. Al contrario, todo era genuino y puro, tal como en las mañanas de Navidad del pasado. No me imaginaba que todavía lo exterior pudiera ser tan hermoso. Pensaba que los colores luminosos se alejaban con la infancia, y, que en parte, se apagaban la madurez y la libertad del alma, renunciando a este fulgor. En ese momento, comprendía que era una nube, una especie de velo lo que tapaba y ensombrecía el mundo, y que también el hombre libre puede ver los mismos resplandores que ve un niño.

Y por fin volví a encontrarme ante el jardín donde me había despedido de Demian. La casa se hallaba oculta detrás de los árboles, y era confortable y luminosa. Frente a los ventanales crecía una gran variedad de flores y plantas, y al otro lado divisé estanterías con libros, y cuadros.

Una vieja criada con delantal blanco sobre el vestido negro, me hizo pasar directamente a una pequeña sala tibia y acogedora, y me quitó el abrigo. Luego se marchó, y yo me sentí de inmediato transportado a mis sueños. Sobre la pared de madera oscura, en lo alto de una puerta, enmarcado por una fina moldura y resguardado por un cristal, colgaba un cuadro: el pájaro dorado con su cabeza de gavilán, saliendo del cascarón del mundo. Me quedé inmóvil, lleno de emoción. Todo lo vivido hasta ese instante se agitaba dentro de mí, y era contestado, reafirmado y aprobado.

Sintiendo que las lágrimas se agolpaban en mis ojos, con-

templé la pintura, como si allí viera reflejada mi alma. De pronto tuve que desviar la mirada. Debajo del cuadro, en el hueco de la puerta abierta, se encontraba una mujer vestida de oscuro, altiva y majestuosa. Era ella.

Me quedé alelado, sin palabras. Su hermoso rostro, sin edad, como el de su hijo, se iluminó con una sonrisa. Tendí hacia ella mis manos, y las recibí entre las suyas, tibias y firmes:

—¡Bienvenido, Sinclair!

Reconocí el timbre profundo y cálido de esa voz, y contemplé los grandes ojos serenos, la boca madura y fresca, perfecta, y aquella frente despejada, que ostentaba la señal con arrogancia.

—¡Soy inmensamente feliz! —exclamé, besando sus manos—. He pasado mi vida entera navegando hasta aquí y por fin he anclado en mi puerto.

—Jamás se llega al puerto —afirmó con dulzura—. Sin embargo, cuando dos rutas afines encuentran un punto de unión, cualquier lugar del universo es, por unos instantes, ese puerto.

Lo que decía podría haberlo dicho Demian; su voz y sus palabras se asemejaban, aunque en ella todo era más afectuoso y espontáneo. Y así como él nunca había dado la impresión de ser un niño, ella tampoco parecía la madre de un hombre ya adulto. Era más esplendorosa que en mis sueños y mis visiones, con su piel dorada y tersa y la cabellera resplandeciente. En su mirada se hallaba el cumplimiento de todas las promesas, y sentirla tan cerca me rebasaba de dicha y amor.

—No sabe cuánta alegría le dio a Max al enviarle ese cuadro —dijo, señalando mi pintura—. Estábamos esperando que usted apareciera, y la pintura nos avisó que venía en camino. Era usted un chico todavía, Sinclair, el día en que mi hijo me

comunicó: "Hay un niño en el colegio que tiene la señal en la frente. Será mi amigo". Ese niño es usted. Sabemos que ha pasado por pruebas muy duras, pero hemos tenido absoluta confianza en que las vencería. Durante unas vacaciones usted tuvo un encuentro con Max...

—¡Oh, no debió contárselo! —la interrumpí—. Ese fue el período más estúpido y desagradable de mi vida.

—Tiene razón. Max me dijo que usted trataba de hallar refugio confundiendo con la mayoría, y que había llegado a ser un asiduo de las tabernas y los bares, pero que nada de eso importaba, porque, a pesar de que su estigma se hallaba opacado, borroso, secretamente continuaba iluminándolo. ¿Es verdad?

—Sí, ha sucedido exactamente así! Primero encontré a Beatrice, y la convertí en un símbolo, y después apareció un guía; su nombre es Pistorius. El me ayudó a entender la atadura que me unía a Max Demian. Ha sido difícil. Muchas veces he pensado en matarme. ¿Para todos es tan difícil?

Ella me acarició el pelo suavemente, y fue como una tibia ráfaga de aire.

—Nacer es siempre muy difícil. El pájaro debe esforzarse mucho para romper el cascarón. ¿Pero fue realmente tan difícil el camino? ¿No fue igualmente muy hermoso y pleno? ¿Cree que podría haber hallado otro más fácil y tan hermoso?

—Fue difícil hasta que llegó el sueño —musité.

—Sí, cada cual tiene que hallar su sueño para despejar su camino —expresó, mirándome al fondo de los ojos—. Sin embargo, no existen sueños permanentes. Unos a otros se van renovando, y no hay que empeñarse en retener alguno.

Me pregunté si aquélla era una advertencia. No obstante, decidí no preocuparme, no hacer preguntas, y, simplemente, dejar que ella me guiara.

—Yo desearía que mi sueño durara eternamente, pero ignoro cuánto va a durar —dije—. Mi destino me recibe como una madre y como una amada, y yo pertenezco únicamente a mi destino.

—Mientras el sueño sea su destino, tiene que guardarle fidelidad —aseveró ella, bajando aún más el tono grave de su voz.

Un súbito deseo de morir allí, en ese instante mágico, me dominó, y también una incontenible tristeza. Las lágrimas brotaron a raudales. Me aparté de ella y fui junto a la ventana. Miré por encima de las flores, con los ojos turbios, anegados de llanto. Hacía mucho tiempo que no lloraba. Escuché, detrás de mí, su voz en calma, derramando ternura.

—Usted es un niño, Sinclair. Su destino lo ama, y si usted le es fiel, un día le pertenecerá íntegramente.

Como por encantamiento me serené, y me volví hacia ella. Me tendió una mano.

—Tengo un par de íntimos amigos que me llaman Eva —me comunicó—. Usted puede llamarme así, simplemente.

Me llevó hasta la puerta, y me indicó hacia el final del jardín.

—Allá encontrará a Max.

Me detuve unos momentos bajo los altos árboles. Las gotas de lluvia resbalaban de las ramas, blandas y transparentes. Lentamente me adentré en el jardín que se extendía al borde del río. En un pequeño cobertizo hallé a Demian.

Estaba con el torso desnudo, practicando box con un saco de arena que colgaba de unas vigas. Su figura era espléndida. Tenía la cabeza muy erguida, el tórax dilatado, los fuertes brazos con

los músculos tensos, y todos los movimientos que le nacían de la cintura, las caderas, los hombros, eran armoniosos, como agua que brotara de una vertiente.

—Le prometí al japonés que pelearía con él —me contó—. Es ágil como los gatos, y astuto como ellos. Pero lo venceré. Es una humillación mínima que me debe —Se puso la camisa y la chaqueta—. ¿Estuviste con mi madre?

—Sí, Demian. ¡Es extraordinaria! ¡Eva! El nombre es perfecto para ella. Es como la madre inicial.

Él me observó durante unos segundos, serio.

—¿Ya sabes su nombre? Eres el único al que se lo ha dicho al verlo por primera vez. Puedes estar orgulloso.

Después de la visita, entré y salí de aquella casa como un hermano y un hijo, y también como un enamorado. Al abrir la verja del jardín, me sentía colmado de felicidad. Atrás quedaba la “realidad”, con sus calles, y sus casas, y sus bibliotecas y sus aulas, sus tabernas, y sus hombres, y sus instituciones. Adentro estaban el alma y el amor, el sueño y el encantamiento. Pero no vivíamos marginados del mundo; en nuestros pensamientos y conversaciones, a menudo estábamos en medio de él, aunque en un terreno diferente. No nos hallábamos separados de la mayoría por cercados ni barreras, sino por una visión y un entendimiento distintos. Nuestra labor consistía en crear una isla dentro del mundo, y anunciar la posibilidad de una existencia nueva. Allí aprendí el significado de la comunión que sólo se produce entre gente que ha conocido una soledad total. Y ya nunca más volví a experimentar ni siquiera una leve nostalgia por las agrupaciones de los demás. Paulatinamente fui siendo iniciado en el misterio de los que llevan “la señal”.

No sin razón los marcados con ella éramos considerados extraños, enajenados, o peligrosos. Mientras los demás subordinaban sus obligaciones y su pensamiento a los del rebaño, nosotros habíamos despertado, y nuestro esfuerzo estaba encaminado hacia una conciencia y vigilia más perfectas. Para los otros, la humanidad, a la que por cierto amaban, estaba enferma, y era un deber conservarla y protegerla. En cambio, nosotros representábamos la voluntad de la naturaleza hacia lo individual y nuevo, y la humanidad era un futuro lejano rumbo al que caminábamos, con leyes aún no escritas en parte alguna.

Además de Eva, Demian y yo, participaban de nuestro círculo otros hombres en permanente búsqueda, aunque por diversos senderos. Entre ellos había un discípulo de Tolstoy, caballistas, astrólogos, y otros individuos sensibles, tímidos en apariencia. Lo único que verdaderamente nos acercaba era el profundo respeto al sueño vital de cada uno. Los que estudiaban en el pasado el resurgimiento de dioses y la renovación de ideales, traducían textos de lenguas antiguas y, a través de mitos y símbolos, nos descifraban ese tesoro común de la humanidad, que hasta hoy consiste en los sueños; sueños que provienen del alma inconsciente, mediante los cuales el hombre persigue, vislumbrándolas apenas, las posibilidades de su existencia futura. Así viajábamos por el laberinto multiforme de dioses de la antigüedad, hasta las primeras luces del amanecer cristiano, y de todo el material reunido resultaba la más dura crítica al presente, y a la Europa del presente; esta Europa que no escatimaba esfuerzos en entregarnos las armas más poderosas, en tanto que nos dejaba rodar por el abismo de una tenebrosa desolación espiritual, y que en su batalla por

ganar el mundo, perdía el alma.

Para los que estábamos más estrechamente unidos, las diversas tendencias y doctrinas de los otros, no eran más que símbolos. A los que ostentábamos la señal, no tenía por qué inquietarnos lo que viniera más adelante. Nuestro deber único era que cada cual llegara a ser el mismo, y viviera tan entregado a la voluntad de su naturaleza, que, ignorando lo que el futuro pudiera depararle, lo hallara siempre preparado para enfrentarlo.

Sin embargo, todos intuíamos que el derrumbe del presente se encontraba próximo, y que un nuevo amanecer rendría que despuntar. Demian solía decirme:

—Es impredecible lo que se acerca. El alma de Europa es como una fiera encadenada, y sus primeros impulsos, cuando recobre la libertad, no serán tranquilizadores. Sin embargo, nada importa si por fin van a asomarse a la luz las auténticas necesidades de esa alma aprisionada y negada por demasiado tiempo. Y entonces llegará el día en que recurrirán a nosotros; no como legisladores ni guías, sino como individuos dispuestos a ir donde lo pida el destino. En general, los hombres lo arriesgan todo si algo amenaza sus ideales, pero ninguno haría lo mismo si se tratara de un ideal nuevo, de un desconocido impulso de expansión que puede significar peligros. Nosotros somos los únicos preparados, y por eso llevamos la señal, como la llevaba Caín, para inspirar aversión y miedo, y arrancar al hombre de su inercia y su pequeñez, y empujarlo hacia horizontes amplios y amenazantes. Todos los que han tenido influencia en los vuelcos de la humanidad, lo lograron porque no escaparon del destino, al contrario. Igual Moisés o Buda,

Bismarck o Napoleón. No es posible seleccionar la corriente que nos empuja, ni el centro desde el que se es regido. Cuando las mutaciones de la corteza terrestre lanzaron a los animales de la tierra a los mares, y a los del mar a la tierra, únicamente los ejemplares aptos para acatar al destino pudieron adaptarse a lo insólito y salvaron sus especies mediante nuevas adaptaciones.

Frecuentemente, Eva se hallaba presente en estas conversaciones, pero rara vez tomaba parte en ellas. Se limitaba a escucharnos con suma atención, y a comunicarnos, sin necesidad de palabras, una sensación de confianza y paz. Nuestros pensamientos parecían nacer de ella y retornar a ella. La máxima felicidad era, para mí, quedarme a su lado, escuchando a intervalos su voz, impregnándome de esa atmósfera de madurez y espiritualidad.

Cualquier cambio, renovación, o turbación, que me agitara, Eva lo percibía de inmediato, y tuve la impresión de que todo lo que yo soñaba eran inspiraciones suyas. Cuando le contaba mis sueños, los explicaba con una intuición certera, como si fueran absolutamente transparentes. Hubo días en que soñar se redujo a revivir lo que habíamos, y otras en que me encontré solo, o con Demian, en un mundo convulsionado, aguardando el llamado del destino. Este se mantenía en una nebulosa, pero yo sabía que Eva se encontraba al otro lado de la neblina. Mi destino era ser elegido o rechazado por ella.

En algunos momentos deseaba angustiosamente, y creía que no podría resistir más; entonces me escapaba de su lado, me escondía. Una tarde, al regresar, después de haber desaparecido algunos días, Eva me llevó aparte y me dijo:

—Sé lo que desea, y es malo que se entregue a deseos en los

que no cree. Tiene que renunciar a ellos, o desear verdaderamente. —La miré asombrado, y Eva continuó: —Si usted pide, con la absoluta convicción de que su deseo se realizará, sucederá así. Pero usted mezcla el deseo, el miedo y el arrepentimiento, y eso es una contradicción.

Entonces me relató el cuento del muchacho enamorado de la estrella. La amaba, sin embargo creía que un ser humano no podía estrechar en sus brazos a una estrella, y edificó su vida sobre el renunciamiento, imaginando que siempre debería amar sin esperanzas. Una noche en que se hallaba sentado junto al mar, en un acantilado, contemplando a la estrella adorada, saltó al vacío, intentando alcanzarla, pero pensó que esto era imposible, y cayó encima de las rocas, despedazándose. Si en el instante de saltar, hubiera creído firmemente en que lograría su deseo, habría volado hacia el cielo.

—El amor no tiene por qué pedir, ni exigir; debe hallar en sí mismo la seguridad —expresó—. Y a partir de ese instante ya no es atraído sino que atrae. Cuando usted me atraiga, yo iré hacia usted, no lo dude. Quiero ser ganada; no hacer regalos.

La verdadera razón de mi vida era amar a Eva. No obstante, este amor sufría transformaciones cada día. De repente se me ocurría que lo realmente amado era el símbolo que ella encarnaba; el símbolo que me impulsaba cada vez más hacia mí mismo. Frecuentemente la escuchaba decir cosas, que me daban la sensación de ser contestaciones exactas de mi inconsciente a interrogantes que yo me hacía.

En otros momentos, me atormentaba un deseo sexual violento, y besaba los objetos que ella besaba. Luego se fueron entremezclando el amor espiritual, los deseos sexuales, el sím-

bolo y la realidad, hasta fundirse en un todo. Entonces podía pensar en Eva, sentirla junto a mí cuando me hallaba solo en mi habitación, y percibir la tibieza de su boca, y retener su mano en la mía. Y también, a veces, estando a su lado, observaba su rostro muy cerca del mío, y oía su voz inconfundible, y no distinguía con certeza si aquel instante era real o sólo el fragmento de un sueño. Poco a poco comencé a entrever cómo un amor podía ser eterno: al descubrir una idea nueva en un libro, era igual que si Eva me diera un beso; y si me ofrecía una de sus cálidas sonrisas y me hacía cariño en el pelo, yo sabía que era un avance espiritual. Absolutamente todo lo que yo reconocía como mi destino, y era definitivo para mí, lograba tomar su imagen. Cada uno de mis pensamientos podía convertirse en Eva, y Eva en cada uno de mis pensamientos.

Con temor había visto acercarse las vacaciones de Navidad, que debía pasar con mis padres. Suponía que iba a ser un tormento insoportable resistir dos semanas sin Eva. Sin embargo, fue muy agradable volver a sentirme en casa, y pensar siempre en ella. Y cuando regresé, dejé pasar dos días sin ir a visitarla, sólo para gozar de la certidumbre de que mi existencia no dependía de su proximidad física.

Símbolos nuevos se tejieron en mis sueños. Yo era un río, y ella un mar al que iba a desembocar. Ambos éramos estrellas que mutuamente se atraían hasta encontrarse, y girábamos el uno en torno al otro, con una sensación de dicha completa.

Le conté este sueño apenas acudí a visitarla.

—Es un sueño hermosísimo —dijo—. ¡Convértalo en realidad! Un día que jamás podré olvidar, vino al llegar la primavera. Pasé a la sala, y respiré el intenso perfume de los jacintos que

penetraba por una ventana, envuelto en una brisa tibia. Como no había nadie, subí al estudio de Demian. Llamé a la puerta, al no recibir respuesta, entré. La única luz provenía del pequeño cuarto en que él tenía su laboratorio, cuya puerta se hallaba entreabierta. El resto de la habitación estaba en penumbras, con las cortinas de las ventanas corridas. Convencido de que no había nadie, descorrí una cortina.

Entonces lo vi, y retrocedí instintivamente, con la sensación de haber vivido antes ese momento. Max Demian se hallaba sentado en una butaca, transformado, totalmente inmóvil, con el torso ligeramente inclinado hacia adelante, los brazos caídos, y las manos apoyadas sobre los muslos, inertes pero conservando su firmeza. Sus ojos ciegos eran dos trozos de cristal, fijos y duros, en los que la luz que venía de afuera ponía un frío reflejo. El rostro inexpresivo, tan pálido y rígido como si fuera de piedra blanca, parecía una carátula milenaria de un antiquísimo templo. No respiraba.

El recuerdo me estremeció. Hacía muchos años lo había visto así, totalmente inanimado, con las pupilas vueltas hacia adentro. Y en aquellos días, su rostro era exactamente el de hoy, tan joven y tan viejo; ni un solo rasgo había cambiado. Igual que antes, era absolutamente ajeno al tiempo.

Un miedo súbito me invadió, y salí apresurado de la habitación. En la sala encontré a Eva. Tenía un aspecto de cansancio que no le conocía. Una sombra se deslizó al otro lado de la ventana, y repentinamente el sol huyó.

—Vi a Max —murmuré—. Está ensimismado o dormido. Una vez lo vi así, antes.

—¿No intentó despertarlo? —preguntó ella con ansiedad.

—No. ¿Qué le ocurre? ¡Dígamelo, Eva!

Eva hizo un gesto, llevándose el dorso de una mano a la frente, como para aliviar el cansancio.

—No le pasa nada. Está abstraído, ausente. Luego volverá en sí. Tranquílicese.

Comenzó a llover, y ella se levantó y fue hacia el jardín.

Yo presentí que era mejor no acompañarla, y me quedé en la sala, paseándome de un extremo a otro, mirando mi cuadro encima de la puerta, sintiendo que el perfume de los jacintos me ahogaba. La sombra que se había deslizado al otro lado de la ventana, crecía y penetraba invadiendo toda la casa. ¿Qué sucedía? ¿Qué presagiaba?

Poco más tarde volvió Eva. Traía fulgurantes gotas de lluvia, como luciérnagas, prendidas a su pelo negro. Se dejó caer en un sillón, y yo me incliné y besé esas gotas que temblaban, sin deshacerse, en sus cabellos. Les encontré sabor a lágrimas, pero los ojos de ella estaban serenos y claros.

—En este minuto no puedo hablar —me dijo, tratando de sonreír—. Váyase ahora, y regrese en un rato más.

Le obedecí, y fui rumbo a las montañas. La fina lluvia se hacía más tupida, y las nubes pasaban muy bajas, como presionadas por una fuerza silenciosa que las obligaba a descender. A lo lejos, en la cumbre de los cerros, se iniciaba una tormenta, y abajo, en el valle, no se percibía ni el menor sople de viento. En algunos instantes, el sol asomaba en medio de la lluvia, rasgando los grises nubarrones.

Sorpresivamente, una nube de color amarillo, solitaria, afloró en lo alto, y se precipitó encima del paño gris que formaban las otras. Entonces brotó el viento, y en pocos segundos construyó

una gigantesca imagen, con los tonos amarillos y azules del cielo. Era un enorme pájaro, que se desprendió del azul que lo aprisionaba, y, aleteando, poderoso, se perdió en el espacio. Como si hubiera esperado a que el pájaro emprendiera el vuelo, la tempestad bajó de la montaña, con el viento rugiente y desatado, y una lluvia torrencial mezclada con granizo. Un trueno breve y violento estremeció la tierra, y resonó como un estampido. Y otra vez resurgió el sol, derramando una luz violeta, irreal, en los picachos de la montaña.

Pasadas algunas horas volví a la casa, empapado y jadeante. Demian me abrió la puerta, y fuimos a su habitación. Había estado trabajando en el laboratorio.

—Pareces agotado —me dijo—. Hace un tiempo horrible, y debes haber caminado mucho. Enseguida nos traerán el té.

—No es sólo la caminata y la tormenta —expliqué—. Están ocurriendo hechos muy extraños.

—¿Has visto algo especial? —me preguntó, observándome con una mirada que traspasaba.

—Sí. Vi una imagen en el cielo. La vi nítidamente.

—¿Una imagen? ¿Qué era?

—Un pájaro.

—¿El gavilán?

—Sí. Mi gavilán amarillo. Era gigantesco, y desapareció volando entre las nubes.

Demian suspiró como si le faltara el aire. Hubo un silencio durante el cual la criada entró con la bandeja del té y salió de nuevo.

—¿No habrá sido un fenómeno casual?

—¿Mi gavilán? ¿Crees, Demian, que podría verlo por casualidad?

—¡No, claro que no! —exclamó—. Esa visión tiene un significado. ¿Sospechas cuál?

—No sé por qué intuyo que puede anunciar una especie de catadismo —murmuré.

—Equivale a lo mismo que yo soñé anoche —confió él—. Mi madre también tuvo un augurio similar. Yo soñé que trepaba por una escalera a lo alto de una torre, y desde arriba veía incendiarse la tierra. Era una extensa llanura y ciudades en llamas. Aún no lo tengo muy claro.

—¿Y existe una relación contigo en el sueño?

—Por supuesto. No se sueña nada que no esté relacionado con uno. Pero este sueño no se refiere únicamente a mí. Puedo diferenciar perfectamente los sueños que me indican oscilaciones de mi propio mundo interior, de los otros, los extraordinarios, que muestran el acecer de la humanidad. En algunas ocasiones he tenido esta clase de sueños, y, aunque ninguno ha sido exactamente una revelación que se haya cumplido hasta aquí, éste es continuación de esos otros, en los que se basan los vaticinios de que hemos hablado. Hace años que estoy soñando cosas que me pronostican que el fin del mundo viejo se aproxima, y a pesar de que la interpretación es todavía confusa, cada vez se va clarificando más. Sé que se viene encima algo inaudito; algo que, en parte, me concierne directamente. Pero viviremos lo que hemos conversado tanto, Sinclair. Hay olor a muerte. ¡Es mucho más tremendo de lo que me imaginaba!

De pronto sentí verdadero pánico.

—¿Puedes contarme cómo termina tu sueño? —le rogué.

—No. —Acentuó la respuesta con un gesto negativo.

Casi de inmediato se abrió la puerta y apareció Eva.

—¿Por qué no bajan, niños? ¿Están tristes? —averiguó con dulzura.

No había huellas de cansancio en su rostro. Se aproximó como una madre que ve a sus hijos atemorizados, y Demian sonrió.

—No, madre, no es tristeza. Hemos estado reflexionando acerca de las premoniciones y los nuevos signos que se manifiestan. Sin embargo, no hay razón para inquietarse. De pronto sobrevendrá lo que ahora sólo vislumbramos, y cuando eso pase, lo sabremos todo.

Las palabras de Demian no me calmaron. Me sentía inquieto, trastornado. Al marcharme percibí el perfume de los jacintos; un perfume marchito, fúnebre, pegajoso. Sobre nosotros había caído una sombra.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Al llegar el verano, aplacé el regreso a mi casa y me quedé en la ciudad. El discípulo de Tolstoy, el japonés, y otros amigos, habían partido, y nosotros pasábamos gran parte del día en el jardín, junto al río. Demian tenía un caballo, y salía diariamente a dar largos paseos. Así, yo permanecía mucho tiempo a solas con Eva.

La calma en que se desarrollaba mi existencia me sorprendía, y a menudo pensaba que era como el preámbulo de la vida nueva en aquella comunidad superior que esperábamos formar. No obstante, presentía que esa felicidad no podía durar demasiado, y entonces me envolvía una agobiante pena. Mi destino no era plácido ni dichoso; era atormentado y lleno de sobresaltos, y comprendía que, un día no lejano, me hallaría nuevamente en la más completa soledad.

En esos momentos de depresión, me acercaba con mayor ternura a Eva, agradecido de que todavía el destino tuviera ese rostro tan hermoso. Pero el verano se fue, y la hora de la despedida estaba próxima. Trataba de no pensar en eso, y seguit gozando esos días, olvidándome de que se iban acortando con rapidez vertiginosa. Esa era mi etapa de felicidad. ¿Qué vendría más adelante?

Aunque intentaba evadirme de la verdad, el sentimiento de que pronto dejaría de ver a Eva, que ya no escucharía sus pasos ni su voz, ni hallaría sus flores en mi mesa, hizo que el amor

estallara dentro de mí, como una hoguera incontenible, y me pregunté ¿qué había alcanzado? En vez de dejarme acunar en aquella apacible dicha, tendría que haber luchado y haberla atraído, uniéndola a mí para siempre.

Pensé en Eva, concentrando toda mi conciencia; la llamé con todo el poder de mi voluntad. ¡Tenía que responder a mi llamado, y sentir el mismo deseo que yo tenía, con igual intensidad e igual urgencia!

En máxima tensión, permanecí inmóvil por mucho rato. Un frío congelante me iba penetrando desde la punta de los dedos, mientras percibía la fuerza que emanaba de mí. El hielo me rebasó entonces el pecho, y experimenté la sensación precisa de tener un cristal en el corazón. Era mi yo.

Volví de este esfuerzo terriblemente cansado, y lentamente me fui adaptando a la realidad. Escuché el galope de un caballo que se detuvo bruscamente, y corrí hacia la ventana. Ahí estaba Demian, desmontándose. Bajé la escalera y fui a su encuentro:

—¿Le ha pasado algo a tu madre, Demian?

No me oyó. Amarró las riendas de su caballo a la verja del jardín, me cogió del brazo y me llevó con él por la calle. El sudor le empapaba la frente, y estaba muy pálido.

—¿Ya lo sabes?

No, yo no sabía nada.

Demian oprimió mi brazo, y sus ojos oscuros me miraron con lástima.

—Pero estás al tanto de los problemas que tenemos con Rusia.

—¿Qué...? ¿Me hablas de la guerra? —pregunté incrédulo.

—Es inevitable, aunque aún no la han declarado oficialmente. Te lo digo con absoluta seguridad. He tenido tres revelaciones

más. No será el fin del mundo, ni un terremoto, Sinclair. ¡Es la guerra! La gente estará contenta. ¡Tan insulsa les parece la vida! Sin embargo, aunque se trata de una guerra espantosa, significa únicamente el comienzo. Se inicia lo nuevo, y lo nuevo será monstruoso para los que son incapaces de cortar las ataduras con lo viejo. ¿Tú, qué vas a hacer?

—No sé... ¿Y tú? —pregunté confundido.

—Soy oficial. Esperaré órdenes.

—¿Eres oficial? No tenía la menor idea...

—Fue una de mis adaptaciones. En una o dos semanas más supongo que me encontraré en el frente.

—¡Dios mío!

—No te alteres. En el fondo no me será agradable ordenar que maten a otros hombres, pero eso no tiene mayor importancia. Es una gran rueda en que todos tendremos que girar, Sinclair. También a ti te llamarán a las filas.

Recordé que recién, unos minutos atrás, yo había aunado todos mis poderes para invocar a la mujer que representaba mi destino; la más hermosa, la más tierna, la más perfecta. Y repentinamente el destino se ponía, sobre ese rostro, una máscara amenazadora y cruel.

—¿Y qué será de tu madre, Demian? —pregunté, angustiado.

—Mi madre está completamente a salvo, más que nadie en la tierra. No debemos preocuparnos por ella. ¿Tanto la amas?

—¿Lo sabías, Demian?

Se puso a reír con alegría.

—¿Qué niño eres! ¡Por supuesto que lo sabía! Nadie la ha llamado por su nombre, nadie le ha dicho Eva, sin amarla. —Me miró unos segundos, recapacitando—. ¿Qué pasó hoy?

Nos invocabas. ¿A mí o a ella?

—A ella, a Eva.

—Lo percibí. Estábamos hablando de la inminencia de la guerra con Rusia, y me pidió que corriera a tu lado.

Regresamos. Demian desató su caballo y partió al galope. Yo subí a mi habitación y me sentí extenuado. Más que por las noticias de Demian, por el esfuerzo extraordinario que había realizado llamando a Eva. ¡Pero ella me había escuchado! ¡Mi pensar y mi sentir habían acortado la distancia, llegando hasta su corazón! Dejó de afectarme que se declarara la guerra, y que sucediera, por fin, lo que tenía que suceder. Se cumplirían los pronósticos de Demian, y, como él decía, todos tendríamos que girar en esa gran rueda. Nos veríamos atrapados en la violencia y la aventura, y hoy o mañana, el mundo en transformación nos necesitaría. Era razonable lo que me aconsejaba Demian: no tenía por qué alterarme. Lo que resultaba extraño era que algo tan individual como el destino debiera compartirlo con el resto del mundo. “¡Adelante!” me dije. “¡Estoy preparado!” Al anochecer, crucé la ciudad. Estaba convulsionada, con los lugares públicos atestados de gente, y en todos los ámbitos resonaba el grito de “¡Guerra!” Me dirigí a casa de Eva. Nos hallábamos sólo Demian, ella y yo, y sirvieron una cena fría en el jardín. Ninguno de los tres mencionó el tema de la guerra. Al despedirnos, Eva me dijo:

—Usted me llamó hoy, querido, y creo que sabe por qué no fui yo misma. Pero siempre que usted necesite a alguien que lleve la señal, llámelo. No se olvide.

Caminó delante de nosotros, y millares de estrellas refulgieron sobre su erguida cabeza, mientras avanzaba, alta y majestuosa,

en medio de los árboles silenciosos.

Y estalló la guerra. Los acontecimientos se desarrollaron rápidamente. Demian partió, extraño dentro de su uniforme y su capote militar; fuimos con su madre a despedirlo a la estación, y regresamos juntos a la casa. Muy poco después, vino el momento de mi propia despedida. Eva y yo nos abrazamos estrechamente y, mientras el resplandor de sus grandes ojos penetraba en los míos, me besó en la boca.

Todos los hombres parecían compartir un mismo objetivo e iguales pensamientos. Hablaban del honor y de la patria, y los jóvenes abandonaban apresurados los cuarteles y subían en los trenes. En muchos de ellos observé la señal; no la nuestra, pero una hermosa señal de muerte y amor. Algunas personas, a las que no había visto nunca, me llamaban hermano y camarada, y yo les correspondía con verdadero agrado. Era una embriaguez la que empujaba e inflamaba a la gente; una divina embriaguez que provenía de estar mirando por primera vez al destino, cara a cara, aunque no aceptándolo verdaderamente.

Llegué al frente en los primeros días de otoño, y al comienzo me sentí desengañado. A menudo yo me había preguntado por qué eran tan pocos los hombres capaces de vivir por sus ideales, y de pronto descubriría que eran demasiados, en cambio, los dispuestos a morir por un ideal. Eso sí, siempre y cuando se tratara de un ideal masivo, heredado a través de generaciones, de la tradición y de la historia, y no de uno individual, indeciblemente elegido. No obstante, poco a poco tuve que admitir que había subestimado a demasiada gente. Aunque los deberes militares y el peligro nos hermanaban a todos, conocí a muchos que enfrentaban con decisión al destino y distinguí

en ellos esa mirada abierta y alucinada que no se dirige a meta alguna, y que revela la entrega absoluta a lo monstruoso. No interesaba que el mundo siguiera obcecado con sus añejos principios sobre la guerra y el heroísmo, y los conceptos de honor y patria, y que, entretanto, todo gesto verdadero de humanidad se perdiera en el vacío. Esto era tan superficial como los motivos económicos o políticos de la guerra, y había innumerables soldados que entendían que el odio al enemigo no iba dirigido a él, que era sólo un reflejo del alma disociada, que para renacer necesitaba destruir y destruirse. Muy por debajo del conflicto bélico, en una dimensión considerablemente más profunda, estaba germinando el hombre nuevo. Un pájaro gigantesco batallaba por romper el cascarón. El cascarón era el mundo, y el mundo tenía que desmoronarse, hacerse añicos, estallar.

Vino la primavera, y una noche me tocó hacer guardia frente a una granja ocupada por nuestras tropas. Soplaban tenues ráfagas de viento empujando blancos ejércitos de nubes por el despejado cielo de Flandes, en el que asomaba tímidamente la luna. Sin saber por qué, me había sentido inquieto durante todo el día, y ahora, en mi puesto de centinela, repasaba las imágenes que dibujaban mi existencia. Afirmado en un ánimo, pensaba en Eva y Demian, y, por las intermitencias de mi pulso, la falta de sensibilidad de mi piel a fenómenos tan simples como la lluvia, y especialmente por la poderosa luz que me alumbraba interiormente, percibí que se hallaba un guía muy próximo a mí.

Una inmensa ciudad se extendía en las nubes, y de ella brotaban multitudes que se desgranaban en el espacio. Entonces,

en medio del cielo, surgió una figura grandiosa, con el cabello salpicado de estrellas, enorme como las montañas, que arrajo a las multitudes y las absorbió. La figura ciclópea era Eva, y la señal resplandecía en su frente. De pronto cerró los ojos, y su rostro gigantesco se contrajo en una mueca de angustia; lanzó un grito desgarrador, y miles de estrellas saltaron desde su cabeza, y cubrieron el cielo negro con dibujos fulgurantes. De esos millares de estrellas, una descendió y se me vino encima, lanzando destellos, rugiendo, haciendo tremolar la tierra, y el mundo se desintegró. Me hallaron mal herido, cerca del álamo.

Mientras los cañones retumbaban, feroces, atronadores, yo me hallaba en un hoyo, y luego fui en un carro, zarandeándome, dando brincos. Dormía gran parte del tiempo, y bruscamente regresaba del sueño pesado, percibiendo que una fuerza me atraía, me llamaba.

Luego, tendido de espaldas encima de un montón de paja, en medio de la más completa oscuridad, sentí que me pisaban una mano, pero mi alma tenía que seguir adelante, atraída cada vez con mayor fuerza. Y volvieron a meterme en un carro, y fui sobre una camilla, y el llamado era más impecioso, más urgente, y sólo me embargaba el anhelo de llegar, de terminar ese viaje.

Y por fin el viaje terminó aquella noche. Me hallaba en una sala, acostado en un colchón sobre el suelo, en total estado de conciencia, y sabía que ése era el lugar de donde me llamaban. Observé en torno de mí. A mi lado había un hombre en otra colchoneta. Se incorporó un poco, y vi la señal en su frente. Era Max Demian.

La luz de un farol que colgaba en la pared le daba directa-

mente en el rostro. Me miró fijamente, y sonrió. Durante un largo rato no hablamos. Sólo nos miramos a los ojos. Luego, él acercó lentamente su cara a la mía, hasta rocarlos.

—Sinclair... —susurró.

Moví los párpados, dándole a entender que lo escuchaba, y él sonrió de nuevo, con ternura. Su boca se hallaba junto a mi boca, y preguntó en voz muy baja.

—¿Niño, te acuerdas de Franz Kromer?

Hice un gesto, y también sonreí.

—¡Sinclair, niño, escúchame! Ahora tengo que irme. No sé si un día volverás a necesitarme, para librarte de Kromer o de otro. Lo importante es que si me llamas, acudiré; no en un tren, o a caballo... Tendrás que oír mi voz en ti mismo, y sabrás que estoy dentro de ti. ¿Entiendes? Algo más... Eva me dijo que si tenías algún problema te diera el beso que ella me dio para ti. Cierra los ojos.

Obedecí, sentí su beso sobre mis labios, en los que aún tenía un poco de sangre.

Muy temprano me despertaron para curarme las heridas. Entonces me volví hacia el colchón del lado. Un hombre desconocido se encontraba allí.

La curación me dolió mucho, y desde ese día todo me ha dolido mucho. Sin embargo, en los momentos en que consigo hundirme en mi interior y contemplar en el negro espejo donde reposan las imágenes de mi destino, sólo tengo que inclinarme sobre su luna oscura para ver mi propia imagen, por fin idéntica a él, mi amigo y mi guía.

LA LEYENDA DEL REY INDIO

En la antigua India de los dioses, muchos siglos antes del advenimiento de Gotama Buda el Excelso, sucedió que los brahmanes ungieron a un nuevo rey. Este joven monarca gozó de la confianza y de las enseñanzas de dos hombres sabios, quienes le enseñaron a purificarse mediante el ayuno, a someter a la voluntad los impulsos borrascosos de su sangre y a preparar su mente para el entendimiento del Todo y Uno.

Por esa época habían estallado entre los brahmanes arduas polémicas sobre los atributos de los dioses, sobre las relaciones de unas divinidades con otras y sobre las de estas con el Todo y Uno. Ciertos pensadores empezaban a negar que existieran muchas divinidades, y pretendían que los nombres de estas no eran más que denominaciones de los aspectos sensibles del Uno invisible. Otros negaban con apasionamiento estas ideas y se aferraban a los antiguos dioses, a sus nombres y a sus imágenes; eran justamente ellos quienes no creían que el Todo y Uno fuera un ser concreto, sino que solo un nombre que abarcaba a la totalidad de las divinidades. Del mismo modo, para algunos las palabras sagradas de los himnos eran creaciones terrenales, y por tanto temporales, mientras que para otros eran originarias o primitivas, y, por lo tanto, las únicas versiones auténticas e inalterables.

En estos aspectos del conocimiento de lo sagrado, lo mismo que en lo terrenal, se revelaba el afán de los brahmanes

por llegar a conocer las verdades últimas. Por ello dudaban y discutían sin descanso si existía el espíritu como tal, o si solo este era un nombre; otros rechazaban esta distinción entre el espíritu y la palabra, considerando que el ser y su imagen eran entidades inseparables.

Cerca de dos mil años más tarde, los mejores ingenios de la Edad Media occidental discutirían casi exactamente los mismos temas. Y tanto aquí como allá, hubo pensadores serios y luchadores desinteresados, pero también los hubo corruptos y desprovistos de espíritu y de caridad, a los que solo interesaba que esas discusiones no terminaran en el desprestigio del culto o del templo, ni que la libertad de pensamiento o de discusión sobre la naturaleza de las divinidades pudiera mermar el poderío y las rentas de la casta sacerdotal. Lo que ellos pretendían era continuar viviendo como parásitos del pueblo. Así, cuando el hijo o la vaca de alguno caían enfermos, los sacerdotes se introducían en su hogar durante semanas, chupándole todos sus haberes en forma de ofrendas y de sacrificios.

También los dos brahmanes de cuyas enseñanzas disfrutaba el rey, siempre ávido de conocimientos, estaban peleados con respecto a las verdades últimas. Pero como ambos tenían fama de ser muy sabios, el rey, entristecido por tal discordia, solía decirse: "Si ni siquiera estos dos sabios logran ponerse de acuerdo en cuando a la verdad, ¿cómo yo podré llegar a conocerla, con mi pobre razón? No dudo de que debe existir una verdad única e indivisible, pero temo que ni siquiera los brahmanes puedan llegar a conocerla con exactitud".

Cuando los interrogaba con respecto a aquello, sus dos preceptores contestaban:

—Los caminos son muchos, pero el destino es uno solo. Ayuna, mortifica las pasiones de tu corazón, recita las estrofas sagradas y medita acerca de ellas.

El rey hizo de buena gana lo que le aconsejaban, y realizó grandes progresos en la sabiduría, pero sin alcanzar nunca su meta de lograr aprehender la verdad última. Es cierto que logró superar las pasiones de la sangre, así como aborrecer los deseos y los placeres animales. Hasta cuando comía y bebía tomaba solamente lo indispensable (un plátano y unos granos de arroz al día). De este modo purificaba su cuerpo y su espíritu, y enfocaba en su objetivo último todas las fuerzas e impulsos de su alma. Las palabras sagradas, cuyas sílabas antes le parecían monótonas y vacías, ahora las sentía llenas de los encantos de su magia y le proporcionaban un íntimo consuelo. En estos desafíos y ejercicios de la razón, iba conquistando premio tras premio. Pero continuaba sin hallar la clave del secreto final y de todos los misterios del ser, y eso lo tenía triste e infeliz.

Decidió, entonces, disciplinarse mediante una fuerte penitencia. Para ello se encerró durante cuarenta días en la más apartada de sus habitaciones, sin probar bocado y durmiendo en el suelo, sin manta ni almohada. Su cuerpo enflaquecido exhalaba un aroma de pureza, su rostro delgado se iluminaba con un brillo interior y su mirada avergonzaba a los brahmanes, por la serenidad purísima que traslucía.

Terminada la prueba de cuarenta días, convocó a todos los brahmanes en el atrio del templo, para que ejercitaran su inteligencia en la solución de las cuestiones más difíciles. Y ordenó traer vacas blancas, con las frentes adornadas de cadenas de oro, como premio para los vencedores del torneo.

Los brahmanes y los sabios acudieron, tomaron asiento y se enzarzaron sin demora en la batalla de las ideas y de las palabras. Paso a paso, demostraron la exacta correspondencia entre los dos mundos: el sensible y el del espíritu, afilaron sus inteligencias en la interpretación de los versículos sagrados y disertaron sobre el Brahma y el Atman. El ser primigenio de cien brazos fue comparado con el viento, con el fuego, con el agua, con la sal disuelta en el agua, con la unión del hombre y la mujer. También idearon parábolas e imágenes para describir al Brahma creador de dioses, dioses mayores que el propio Brahma, y distinguieron entre el Brahma creador y el Brahma que encierra en sí lo creado, de manera que intentaban compararlo consigo mismo. Y razonaron brillantemente acerca de si el Atman es anterior a su nombre, o si su nombre es idéntico a su esencia o solo una creación de esta.

El rey intervino en varias ocasiones, planteando problemas y nuevas interrogantes. Sin embargo, cuanto más prodigaban los brahmanes sus respuestas y sus explicaciones, más solo y abandonado entre ellos se sentía el rey. Mientras más preguntaba y asentía al escuchar las respuestas, y ordenaba que se premiaran las más ingeniosas, más ardía en su interior la necesidad de la verdad misma. Pues se daba muy bien cuenta de que todos aquellos dichos y análisis no servían sino para dar vueltas alrededor de ella, sin jamás tocarla. Nadie lograba entrar en el círculo interior. De modo que, a medida que iba proponiendo preguntas y repartía premios, se iba viendo a sí mismo como un niño dedicado, junto con otros niños, a una especie de juego. Un hermoso juego, sí, pero de esos que producen sonrisas indulgentes en los hombres adultos.

Día a día, el rey fue ensimismándose más y más, pese a que se hallaba en medio de la gran asamblea de brahmanes. Selló todos sus sentidos y dirigió su ardiente voluntad a ese único objetivo: la verdad, pues sabía que todos los seres participan de ella y que ella duerme en el interior de cada uno, también en el interior de los reyes. Y como ahora era un ser puro, en cuyo interior no subsistían suciedades, fue hallando dentro de sí mismo suficiencia y claridad. Cuanto más se sumía en su interior, mayor era la luz que percibía, como el que camina dentro de una caverna y cada paso lo acerca más al resplandor de la salida.

Entretanto, los brahmanes habían continuado largo rato hablando y discutiendo, sin darse cuenta de que el rey estaba como sordo y mudo. Se exaltaban, alzaban las voces cada vez más alto, y no pocos mostraban la envidia que les daban quienes habían recibido vacas como premio a sus respuestas.

Finalmente, uno de ellos se dio cuenta de que el monarca estaba como en otro mundo. Interrumpiendo sus dichos, levantó una mano y lo señaló con el dedo, y su interlocutor calló e hizo lo mismo, y el vecino de este también. En el fondo del atrio, algunos grupos alborotaban y conversaban aún, pero la mayoría guardaba un silencio sepulcral. Hasta que callaron todos, mudos en sus asientos, mirando al rey, que se mantenía erguido, el rostro impassible, la vista dirigida a lo infinito. Su faz irradiaba una luz fría y clara, como la de una estrella. Entonces todos los brahmanes se inclinaron ante su éxtasis y comprendieron que cuanto estaban haciendo era solo un juego de niños, mientras que el rey estaba habitado por el propio Dios, el compendio de todos los dioses.

Pero el rey, cuyos sentidos se habían fundidos en la unidad y vueltos hacia lo interior, seguía contemplando la verdad misma, indivisible, en forma de luz pura, que infundía en su interior una certidumbre dulcísima, tal como cuando un rayo de sol atraviesa una piedra preciosa y la convierte en luz y sol, con lo que la criatura y el creador se hacen uno.

Cuando volvió en sí y miró a su alrededor, sus ojos reían y su frente brillaba como un lucero. Despojándose luego de sus ropas, abandonó el templo, salió de la ciudad y del reino, y se adentró desnudo en la selva, donde desapareció para siempre.